

NORA



Belén Míguez Ferro

NORA

Belén Míguez Ferro

Copyright © 2019. Belén Míguez Ferro.
Todos los derechos reservados.

Dedicado:

A Javier y mis niños, mis amores.

A mi hermana, LA MEJOR, con mayúsculas.

A Santi, mi hermanito.

A Jose, Liz y Amado por estar ahí siempre.

Por último y no menos importante a Alex “michicoguapo”.

Contenido

[Title Page](#)

[Dedication](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

CAPÍTULO I

EL COMIENZO

Acababa de mudarse a aquella gran ciudad. Había dejado a su familia, a sus amigos y no conocía a nadie allí. Se decía a sí misma que era lo mejor, que debía de tener paciencia y que poco a poco todo se iría recolocando por sí solo.

Había alquilado un apartamento en la ciudad, cerca del museo, en el que empezaría a trabajar el lunes. Era suyo, la primera vez que viviría sola. Lo había deseado tanto que le parecía mentira que ya se hubiera hecho realidad.

Preparó la cena, le encantaba cocinar, se relajaba mucho haciéndolo. Se preparó unas hamburguesas de tofu con una ensalada. En ese momento sonó el teléfono.

—Buenas noches, cariño. ¿Qué tal el apartamento? ¿Has cenado?

—Sí, Mamá, estaba a punto de hacerlo. El apartamento, genial. Cuando vengáis os va a encantar, lo sé. ¿Qué tal la abuela? —preguntó Nora.

—Dentro de la edad que tiene y con sus achaques, sigue como siempre. Con más vitalidad que tú y yo juntas. Ja, ja, ja. —Rieron las dos.

—No hace falta que lo jures, Mamá. Os echo de menos. Ahora voy a cenar, que mañana toca madrugar y quiero estar descansada en mi primer día.

—Mañana me cuentas. Descansa, Cielo, y no te olvides de quién eres. Toma precauciones y no te confíes.

—Lo haré. Sé muy bien qué debo hacer.

Nora se había graduado en Historia con una de las mejores notas de la promoción y por eso había conseguido realizar el máster en Egiptología en el Museo.

La abuela de Nora fue profesora de Arqueología y había trabajado en las más prestigiosas excavaciones, universidades y museos del mundo, siempre rodeada de misterio, ya que estuvo desaparecida durante tres largos años.

Desapareció en Egipto, mientras trabajaba en unas excavaciones cerca del Templo de Karnak. Ella desapareció un buen día sin dejar rastro, la buscaron por todas partes sin obtener ningún resultado era como si se hubiera volatilizado hasta que reapareció al cabo de tres años, de la misma manera, a la misma hora y con la misma ropa que el día de su desaparición. Todo era igual, salvo por una cosa: apareció con una niña de apenas un año que aseguraba que era su hija. Nunca dio explicaciones públicas de lo sucedido a nadie. Era el secreto familiar, aunque Nora desconfiaba. Algo le hacía pensar que no les había contado toda la verdad de lo sucedido en esos tres años.



La alarma del móvil vibró y al cabo de un segundo comenzó a vibrar también su pulsera de actividad. Nora se fue directamente a la ducha. Había dormido mal, estaba nerviosa. Le hacía tanta ilusión trabajar en el Museo de Historia... Al fin podría empezar a descubrir lo que era en realidad y de dónde provenía. La Abuela siempre contaba la misma historia, pero en su interior sabía que les ocultaba algo.

Entraba por la puerta del museo con un café y la acreditación que le habían dado la semana anterior para poder pasar. Se dirigió a las oficinas, allí estaba el director y unos cuantos estudiantes más. Era un máster muy importante, no podía cursarlo cualquiera, se codearía con los mejores estudiantes del País.

El máster también incluía un viaje al Museo del Cairo y la visita a alguna de las excavaciones que allí se realizaban.

Pasó la semana adaptándose a la ciudad, los compañeros y también trabajando mucho. Había hecho buenas migas con una chica y un chico del máster que también vivían solos en la ciudad.

Estaba desayunando el sábado por la mañana cuando llamaron al timbre de la puerta. No esperaba a nadie. “¿Quién será?”, pensó. Miró por la mirilla de la puerta, cerró los ojos y sacudió la cabeza. “No puede ser”. Volvió a mirar.

—¿Quieres dejar ya de mirar por la mirilla? ¿No reconoces a tu abuela?

—Sí... —dijo Nora abriendo la puerta—. ¿Qué haces aquí?

—Pues venir a ver a mi nieta. ¿No puedo? ¿Quién mejor que yo para ayudarte con en el máster? Soy la persona viva que más sabe de Egipto de este mundo. ¿Tengo que recordarte quién es tu madre y quién eres tú?

—Ya que lo mencionas, deberíamos hablar de lo que sucedió durante tu desaparición. Yo sé que no nos has contado toda la verdad. Olvidas que soy capaz de hacer cosas que otros no pueden ni imaginar.

—No lo he olvidado; de hecho, lo tengo muy presente, pero temo que si sabes la verdad pondrás en peligro a toda la familia.

—No digas tonterías. ¿Por qué os iba a poner en peligro?

—Porque recuerdo todo lo que sucedió durante esos tres años. No es cierto que tenga lagunas y haya olvidado cosas. Todo está nítido en mi cabeza.

Entonces se tumbaron las dos en la cama y la abuela empezó a recordar todo lo sucedido hacía ya tantos años...

—Yo trabajaba en unas excavaciones que se estaban realizando cerca del Templo de Karnak. Ese día no tenía que trabajar y había decidido ir a ver el Recinto de Mut. Como ya sabrás, no es un monumento muy visitado en Egipto. Los turistas suelen hacer visitas guiadas a los templos de Karnak y Luxor y este lugar suele pasar bastante desapercibido. Siempre me había atraído la historia de este templo dedicado a la Diosa Mut, la diosa madre que da origen a todo lo creado, esposa de Amón.

—Sí he estudiado algo de ese recinto. ¿Es al que le rodea un lago en forma de media luna? ¿Como si el lago sagrado le protegiese? —dijo Nora.

—Exacto, ese es. El caso es que me acerqué a la zona del lago. Ya sabes que las indicaciones de “No pasar” mi cerebro las interpreta como “Haz el favor de pasar”.

—No me digas, nunca había oído eso de ti —dijo Nora, en tono burlón.

La abuela le sacó la lengua en tono de burla y continuó recordando.

—Vi algo que brillaba en la orilla del lago y se metía dentro de el agua. Me acerqué e intenté mirar qué era, pero las aguas del lago estaban sucisimas y no podía ver nada. Saqué un boli y empecé a escarbar un poco cuando, de repente, empecé a marearme y caí al lago. Era consciente de que algo me arrastraba al fondo pero no podía moverme y tampoco me estaba ahogando. El caso es que no sentía miedo. Era una sensación de paz, como si flotara en el aire o, más bien, en el agua.

Nora estaba alucinando. Si no fuera porque ella había sido especial toda su vida, pensaría que su abuela estaba perdiendo la cabeza.

—Perdí el conocimiento del todo y al despertar estaba en una cama magnífica, las sábanas eran de una suavidad extraordinaria, blancas como la nieve. A los pies de la cama había una mujer que vestía unos ropajes que parecían sacados de cualquier grabado de los templos antiguos. La mujer me habló.

“—Hola Alma. No tengas miedo. ¿Cómo te encuentras? La llegada a nuestro mundo puede ser un poco traumática.”

—Le pregunté dónde estaba y quién era ella. Pero no estaba nerviosa, algo en mi interior me decía que ya la conocía y debía confiar en ella.

“—Tranquila, no te estás volviendo loca, si eso es lo que te preocupa. Te enseñaré donde vivimos y te explicaré quiénes somos. Aunque en tu interior tú sabes todo de nosotros. Solo debes dejar que los recuerdos vuelvan a tu mente. No debes de bloquearlos más.”

—Tenía una voz tan dulce y me transmitía tranquilidad. Me vestí con una túnica color blanco y unas sandalias doradas que al caminar me hacían sentir como si flotase en el aire. Ella estaba esperándome fuera de la habitación. Recorrimos un pasillo de techos altos. Era un antiguo Palacio egipcio.

—Esta historia es muy diferente de la que nos has contado siempre, Abuela. Voy a preparar un té porque me da la impresión de que esto va para largo.

Nora preparó un té con hielos para las dos y se tumbó al lado de su abuela otra vez. Podía sentir que su abuela le decía la verdad. Desde pequeña, ese había sido uno de sus “poderes secretos”. Sabía siempre perfectamente si alguien intentaba engañarla.

—Sigue, Abuela. —Le dijo Nora, besándole la frente. La quería tanto...

—¿Por dónde iba...? ¡Ah, ya me acuerdo! Salimos de Palacio. La mujer que iba conmigo se llamaba Lasir. Me fue enseñando la ciudad. Te parecerá una locura, pero estaba literalmente en el Antiguo Egipto. Cuando llevábamos un rato caminando, me di cuenta de que conocía ese lugar y la gente que lo habitaba. Al pasar me saludaban por mi nombre y a mi cabeza venían los nombres de ellos. Era todo natural y lo que más me desconcertaba era lo tranquila que estaba. Llegamos a un templo y nos sentamos en una gran sala rodeada de columnas. Empezaron a entrar hombres, mujeres y niños. Todos muy sonrientes y todos conocidos. Empezó a hablar la mujer más mayor de todas.

“—Bienvenida, Alma. Te hemos echado mucho de menos. Voy a intentar explicarte quiénes somos y dónde estamos..., a refrescarte un poco la memoria. Hace miles de años nuestra civilización decidió abandonar el Mundo de los Humanos. Nosotros no somos humanos exactamente, nacemos y morimos como ellos, pero poseemos una serie de características que nos hacen especiales. No podemos hacer daño deliberadamente a otro ser vivo; solo cazamos para comer y no usamos nunca la violencia, a no ser que no tengamos más remedio que protegernos. Aunque antes de la violencia física podemos usar el poder de nuestra mente, para bloquear a nuestro enemigo.

Conseguimos hacer un pasadizo a través del Lago de Mut y fundar nuestro mundo, alejado de los Hombres. Al principio de los Mundos convivimos respetándonos mutuamente, pero con el tiempo terminamos temiendo por nuestras vidas y nuestra civilización. Los hombres cada vez se hacían más poderosos e intolerantes con lo diferente.”

—Entonces lo vi claro en mi mente. Todos los recuerdos de mi vida en aquel mundo. Todo lo sucedido milenios atrás lo recordé. Yo viví con ellos y fui muy feliz. Cuando morimos volvemos a la vida como humanos y solo algunos de nosotros logramos regresar a Mut, así se llamaba aquel mundo.

—Entonces, yo también pertenezco a Mut. ¿Por eso soy diferente? —dijo Nora.

—Tú eres diferente a tu madre y a mí. Las tres somos Mut pero sólo tú posees los poderes especiales de nuestra civilización. A lo largo de las diferentes reencarnaciones se van perdiendo los poderes. Solo algunos los conservan, por eso ellos nos buscan y no dudarán en utilizar cualquier medio para que volvamos a Mut. Es muy peligroso, Cariño. Son capaces de todo para preservar su civilización. Su apariencia bondadosa quizá fuera cierta hace millones de miles de años, pero ahora probablemente debido a su encierro se han convertido en monstruos.

—Por eso no has querido volver nunca a Egipto, a pesar que yo te he insistido tantas veces —dijo Nora.

—Es muy peligroso. No debes ir a Egipto con el máster, Cariño. Si pones los pies en Egipto, ellos te atraparán y te llevarán a Mut. Yo logré escapar con tu madre, pero no es sencillo. Algunos de los que me ayudaron a lograrlo murieron.

—Tiene que haber una forma de ir a Egipto y evitarlos. No será para tanto, Abuela... ¿Cómo conseguiste escapar? ¿Quién es el padre de Mamá...? Ahora voy a preparar algo de comer y mientras tanto, tú sigue contándome toda la historia.

—Esto es muy serio, NORA —dijo Alma alzando la voz. Estaba muy seria y enfadada.

—Vale, Abuela, no te enfades. Me lo tomaré en serio. Prometo que te daré una respuesta cuando sepa toda la verdad. Si es como dices, buscaré una excusa para no ir a Egipto. Nunca os pondría en peligro.

Alma se serenó un poco. Mientras Nora preparaba la comida, ella le contaba la historia, sentada en el sofá.

—El caso es que el primer año que pasé allí no eché de menos nada ni a

nadie. Mi padre nunca se había preocupado por mí y mi madre estaba demasiado ocupada con sus compromisos sociales. Crecí de internado en internado, sin tener nunca amigos de verdad. Era la primera vez en mi vida que me sentía parte de una comunidad. Me querían, me respetaban y pasábamos mucho tiempo juntos. Yo les contaba cosas del mundo exterior y ellos me informaban de lo pasado en mi “ausencia”.

—Siiii..., Abuela. ¿Cómo conociste al Abuelo? —dijo Nora arrastrando las palabras como si se aburriera.

—No tienes remedio, Nora. Le conocí en una cena que hicieron en mi honor. Cuando conseguían traer a alguno de los nuestros de vuelta a Mut, Hacían siempre unas cenas maravillosas. En los tres años que pasé allí solo consiguieron recuperar a cinco. Allí estaba hablando con sus amigos, me miró y se acercó a mí lado.

—*Hola, tú eres Nora ¿verdad? Has regresado. ¿Cómo te sientes? Es raro al principio, sabes que eres tú, pero no eres lo que habías pensado que eras toda tu vida y, de repente, todo cobra sentido. ¿Quieres que te enseñe los alrededores del pueblo?*”

—Me enamoré de él en el mismo instante en que abrió la boca. Desde ese día no nos separamos más. Vivíamos juntos en su casa. Cada habitante del pueblo tenía casa, aunque no existía la propiedad privada. Todos formaban parte de La Comunidad. No existía el yo individual. Los más ancianos del lugar y los que aún conservaban los poderes de los Antiguos vivían en Palacio. No podían salir de allí nunca.

—Pero, ¿estaban encerrados? ¿Prisioneros? —preguntó Nora.

—Los descendientes con poderes eran cada vez menos y los que regresaban no los poseían, ya que eran más humanos que Mut. Tenían que impedir que nadie se escapase. Su obsesión era hacer que naciesen niños en Mut. Y cuantos más, mejor. Por eso, cuando me quede embarazada decidimos que tenía que sacar de allí a Lia. Si tenía poderes la separarían de mí y no volvería a verla nunca más, y lo peor de todo es que al alcanzar la mayoría de edad le asignarían un “compañero” con poderes para tener hijos. Hijos con poderes.

A Nora se le acababa de cerrar el estómago. Más bien, tenía náuseas. Ni por un momento podía imaginar que la historia de la Abuela fuese tan dura. Tenía razón. No podía ir a Egipto. Era muy peligroso.

—¿Ahora entiendes por qué me fuí? ¿Por qué no quiero que vayas a Egipto? Esa gente es capaz de todo Nora.

Nora no dijo nada solo se quedó en silencio abrazando a su abuela. Sentía que ahora, después de conocer todo lo que había pasado por salvar a su hija la quería y admiraba todavía más, sí es que eso era posible. Y así se durmieron.

CAPÍTULO II

EL ABRAZO

La abuela de Nora volvió a casa con su madre al día siguiente. Nora entendió perfectamente que su madre y su abuela no le hubieran contado la verdad de lo sucedido en Mut. Debían proteger la familia y aunque ella resultó ser especial, no por eso dejó de llevar una vida lo más normal posible.

Volvió a sus estudios de máster en el Museo, aunque no dejaba de preguntarse qué habría sucedido en Mut. Le había prometido a su abuela que no iría a Egipto, pero algo dentro de ella la llevaba una y otra vez a aquellas maravillosas y misteriosas tierras.

El director del máster le propuso a ella y a otros dos alumnos más hacer un viaje a Egipto y trabajar en colaboración con el Museo Egipcio. Una fundación había decidido estudiar el Recinto de Mut.

Había quedado en casa de Anur y Naira. Los tres eran muy amigos y los mejores estudiantes del Museo. Anur y Naira vivían juntos, a unas manzanas de la casa de Nora.

—Hola, llego un poco tarde. Lo siento —dijo Nora, enseñando la botella de vino y sonriendo cuando Naira le abrió la puerta.

—Ja, ja... No te preocupes, Nora, cuando quedamos contigo siempre te decimos que vengas quince minutos antes de la hora real. Así nos aseguramos de que llegas a la hora.

—Totalmente cierto. —Se oyó decir a Anur desde la cocina.

—Pues no deberíais haberme dicho nada. Ahora siempre sabré que tengo quince minutos más y volveré a llegar tarde de nuevo.

Se sentaron en los pufs del salón a comer. Anur había preparado su famosa pizza casera. Nunca, jamás en la vida, había probado una pizza más rica que esa. Hablaban de los preparativos para el trabajo en Egipto. Nora había decidido ir. Aunque le daba mucho miedo, no podía dejar pasar esa oportunidad. No le había dicho nada a su familia, aunque ese fin de semana

tenía pensado hacerles una visita sorpresa y contarles sus planes. Debía partir a Egipto en tres semanas.

—No te veo muy ilusionada con ir a Egipto. Ese es el sueño de cualquier egiptólogo. ¿Te preocupa algo Nora? —preguntó Naira.

—Yo sé lo que le ocurre —dijo Anur.

—¿Lo sabes? —respondió Nora, con los ojos abiertos como platos.

—Pues claro. Cuando vi por primera vez tu nombre y apellidos en clase pensé que conocía a algún familiar tuyo, pero no conseguía recordar a quién. Hasta que un día, hablando con mi padre, le comenté tu nombre y apellidos y me dijo de qué me sonaba. —Les explicó Anur.

—¿Y de qué te sonaba? —preguntó Naira.

—Nora es la nieta de Alma, la más prestigiosa egiptóloga de todos los tiempos. Su figura siempre ha estado envuelta por el misterio. Desapareció en Egipto durante tres años. Reapareció con una niña y nunca contó lo que le había sucedido. Tampoco volvió a pisar nunca más Egipto. ¿Qué le sucedió a tu abuela?

—Prefiero no hablar de eso, si no te importa, Anur. Es algo muy personal.

—Pues claro, ¡pero qué tonto eres Anur...! —dijo Naira, tirándole un cojín a la cara—. ¿Cómo se te ocurre hacerle esa pregunta?

—Lo siento, pero me duele un poco la cabeza. Si me disculpáis debo irme a descansar, mañana me espera un largo viaje en coche. Voy a ir a visitar a mi familia —dijo, cogiendo su bolso.

Al cerrar la puerta, oyó como Naira le echaba la bronca a Anur por haber hecho que se fuera de esa manera. Ellos la apreciaban, pero no debían saber nada de sus secretos. Si algo había aprendido siendo una niña es que nadie debe de conocer sus “habilidades”. Nadie, excepto su familia, podía entenderla y protegerla.

Esa noche, antes de acostar, recordó la primera vez que fue consciente de que era especial. Estaba en la primera casa en la que vivió con su abuela y su madre. Nora no tenía padre... Bueno, sí, lo tendría, pero no sabía quién era. Su madre recurrió a la fecundación in vitro para tenerla. Había tenido varias parejas, pero con ninguna había llegado a nada tan serio como para tener hijos. Se hacía mayor y decidió que era hora de ser madre ella sola.

Nora y su abuela estaban en el jardín de los vecinos. Tenían una niña de su misma edad, unos cuatro años. La madre de la niña le había pedido a Alma que cuidase de la niña y como la madre de Nora trabajaba, se la llevó también a la casa. Las dos niñas estaban regando las flores del jardín cuando la vecina

empezó a llamar a Alma, llorando. Al mirar dónde habían estado las niñas, Alma vio a Nora. De cada planta que tocaba brotaban las flores más hermosas, como por arte de magia. La niña estaba tan asombrada por lo que sucedía que no se había dado cuenta que sus pies se habían elevado un par de palmos del suelo. Alma cogió a Nora en brazos y le explicó a la niña de los vecinos que su amiguita no estaba volando, saltaba muy deprisa y a ella le pareció que volaba. Las dejó en la casa merendando mientras llamaba a Lía, que se presentó en apenas media hora en la casa. Lía dejó las plantas del jardín como estaban antes de que Nora las tocara y luego se fue sin que las niñas pudieran verla. Al acabar de merendar y salir al jardín la niña creyó que todo había sido producto de su imaginación.

El caso es que su madre y su abuela hablaron con ella esa noche y le dijeron que nadie podía saber de su poder especial. Poco a poco empezaron a aparecer más poderes nuevos. Con el tiempo, entre las tres lograron que pudiera controlarlos en público, pero siendo niña tuvieron que mudarse un par de veces de pueblo para no levantar sospechas.



Había pasado una noche horrible, se había despertado mil veces. Era muy temprano cuando decidió meterse a la ducha. Se tomó un café y salió hacia su casa. Tenía que contarles que había pensado ir a Egipto y también abrazarlas. Necesitaba un abrazo grande a tres. La Abuela, Mamá y ella... Nadie más.

Era temprano cuando Nora llamó a la puerta de la casa. Había parado en la pastelería del centro para coger algunos bollos para desayunar. Su madre se quedó de piedra al abrir la puerta y verla allí.

—¡Pero!, ¿qué haces tú aquí a estas horas?

—Pues traeros el desayuno, ¿te parece poco? —dijo Nora, dándole un beso a su madre.

Estaban terminando de preparar el café cuando apareció la abuela por la puerta de la cocina.

—¡Qué sorpresa, Cariño! ¿Qué tal los estudios? ¿Cómo es que has decidido venir a vernos?

—Tengo algo que contaros con respecto al máster. Abuela, sé que te prometí que no iría a Egipto, pero nos han propuesto a tres estudiantes realizar un trabajo sobre el Recinto de Mut, en colaboración con el Museo de El Cairo.

—Pero Nora, es muy peligroso. Creía que lo habías entendido. —Le dijo su madre, muy preocupada.

—Si llegas a Egipto, ellos se enteraran de que estás allí y no pararán hasta conseguir llevarte a Mut. Su civilización corre peligro, todos los que mueren en Mut regresan como humanos en cualquier lugar del mundo y si no logran recordar quiénes fueron, mueren como humanos. Solo los que regresan a Mut recuerdan y ningún humano ha vuelto jamás con poderes, excepto tú, Nora. Solo nacen niños con “poderes mut” en Mut. Tú eres especial.

—Pero hay algo que no consigo entender. ¿Por qué, si eran seres tan bondadosos, que decidieron escapar del egoísmo humano, se volvieron peores que de lo que querían huir? —preguntó Nora.

—Cariño, yo he logrado recordar quien fui hace milenios, cuando era Mut. Nuestra civilización era casi humana, con algunos poderes, como te he dicho. Hacíamos que las cosechas fueran abundantes, controlábamos el clima y las plagas. Sabíamos distinguir a las personas que se nos acercaban con malas intenciones. Convivimos en paz mucho tiempo, pero los humanos con las conquistas y las riquezas siempre querían más de nosotros y por eso decidimos huir.

Su abuela hablaba como si no fuera humana. Hablaba de sus recuerdos como Mut.

—El encierro y el dejar de relacionarnos con los humanos hizo que dejaran de nacer niños con nuestras habilidades. Y aunque al principio nuestra tierra era fértil, llena de animales y alimentos, con la falta de seres con poderes las provisiones empezaron a escasear. Las cosechas morían y el clima cambiaba a su antojo. Si no hacían algo para que los nacidos fuera de Mut volviesen y tuvieran hijos allí, su civilización moriría.

—Pero habría otra manera de llevar esa situación ¿Por qué no vuelven a la Tierra y viven entre los humanos? —reflexionó Nora.

—Hay un Consejo que decide todo lo que se hace en Mut. Está formado por los más ancianos y algún “regresado”. Son fanáticos, odian a los humanos y les culpan de su desgracia, cuando los únicos verdaderos causantes de sus males son ellos mismos. Hay algunas voces discrepantes, pero no son suficientes, no se atreven a hablar. En Mut el individuo como tal no existe, solo es importante “la comunidad”.

—Pues yo pienso que si soy la única que ha nacido especial fuera de Mut, será por alguna razón. Quizás, si voy a Egipto consiga saber cuál es mi papel en todo esto. Quizá pueda liberar a nuestra civilización de los tiranos —dijo Nora.

La abuela iba a decir algo, enfadada, cuando Lía, la madre de Nora, dijo:

—Esto que os voy a contar no se lo he dicho nunca a nadie. Esperaba que fuese una especie de sueño, debido a las fiebres del parto. Cuando me puse de parto, la Abuela lo sabe, pasé muchas horas con fiebres. En algunos momentos yo creo que hasta deliraba. ¿Verdad, Mamá?

—Cierto, fue un parto largo y muy duro. Hablabas en sueños, pero no entendíamos lo que decías —contestó la abuela.

—Una de las veces que perdí el conocimiento vi la cara de un hombre. Era como si le conociese. Me decía que tendría una niña a la que llamaría Nora y ella sería la... La Protectora sí ese fue el nombre que utilizó. Sería la encargada de hacer que Mut fuera el lugar que siempre habían ansiado: un lugar de paz. También me dijo que las tres volveríamos a vivir allí, en nuestro hogar.

—¿Por qué no me lo habías contado nunca, Hija?

—Porque tenía miedo de tu reacción. Porque yo no sé nada de mi pasado Mut. Porque me da miedo volver a Mut y recordar. Me da miedo perder a mi hija. —Lía lloraba— Pero sé que ella es una persona independiente, preciosa. Si ese es su destino, yo no me puedo interponer, ella no me pertenece. La apoyaré en todo lo que ella decida.

En ese momento llegó el ansiado abrazo a tres. Todas cerraron los ojos y fue como si se convirtieran en una única persona. Latidos y respiración de las tres, como una sola.

CAPÍTULO III

ADUT

Anur, Naira y Nora acababan de recoger las maletas en el aeropuerto de El Cairo. Salían por una gran puerta y ahí estaban su madre y su abuela, esperándolos a los tres. Habían partido hacia Egipto después de la charla con Nora para buscar un apartamento donde alojarse. Habían alquilado dos apartamentos en Luxor. En uno de ellos se alojarían Anur y Naira y en el otro Nora, con su madre y su abuela.

Cenaron en el apartamento de Nora y luego se fueron a descansar. Había sido un vuelo largo y al día siguiente tenían que ponerse a trabajar. Habían quedado con unos trabajadores del museo para organizar todo lo concerniente al estudio del Recinto de Mut. Naira y Anur se fueron a su apartamento después de cenar sin parar de agradecerles a la madre y abuela de Nora el haberles buscado donde alojarse. Ya en su casa se tumbaron agotados en la cama.

—¿No te parecen demasiado agradables la madre y la abuela de Nora? — comentó Anur.

—¿Demasiado amables? Son maravillosas. Dejar todo para acompañar a Nora a Egipto es algo que no hacen todas las familias. Aunque supongo que sí solo se tienen las unas a las otras es normal que se quieran proteger y más después de lo que le pasó a Alma hace tantos años. ¿No crees?

—Viéndolo de ese modo creo que tienes razón. Te quiero Naira, esta va a ser una de las mejores experiencias de nuestra vida, lo presiento.

—Estoy de acuerdo.



A la mañana siguiente, en el desayuno, su abuela le contó a Nora que se había acercado al Lago Sagrado, el lugar donde hacía tantos años había desaparecido.

—He estado allí, a una distancia prudencial del lago. Tu madre me ha acompañado. Desde que llegamos siento como si alguien nos vigilase y tu madre ha tenido algunas pesadillas. —Le comentó su abuela.

—¿Crees que puede haber gente de Mut infiltrada entre los egipcios? —dijo Nora.

—Nuestra raza vivió hace mucho tiempo en esta tierra, si bien es cierto que solo podíamos vivir en Egipto, en ningún lugar más del planeta. Por eso, los Mut que renacen fuera de Egipto es muy raro que regresen como yo lo hice. Estoy segura de que yo volví porque ellos, con sus poderes, provocaron que me acercase al Lago y así poder capturarme.

—¿Si me aproximo mucho al Lago crees que podrían capturarme? —preguntó Nora asustada.

—Eres muy poderosa, pero creo que sí podrían capturarte. Al entrar en Mut, seguramente, tus poderes se harían inmensos. Creo que podrías ser algo así como una diosa. Podrías ser la mismísima Diosa Mut.

—¡Abuela...! Pues va a ser verdad que Egipto te sienta fatal. ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas? Una diosa del Antiguo Egipto... De verdad que estás fatal...

—Yo tengo recuerdos de Mut y recuerdo una mujer, no la llares diosa si no quieres. Era la mujer más poderosa de Mut. Era justa, sabía guiar a nuestro pueblo y nunca habría consentido todo lo que está sucediendo allí. Creo que tú puedes hacer libre a nuestro pueblo.

Anur y Naira llamaron a la puerta y los tres salieron muy emocionados a su primer día de trabajo. Un taxi puesto por el Museo les estaba esperando para llevarles al Recinto de Mut. El Recinto de Mut no estaba muy lejos del Templo de Thutmose II, en Karnak, pero esa parte del complejo no estaba abierta al público, por lo que podrían trabajar con tranquilidad. Los miembros del museo les entregaron toda la documentación y asignaron a cada uno de ellos las zonas en las que debían trabajar. Siempre estarían acompañados por un miembro del museo. En cuatro meses deberían presentar su trabajo ante un tribunal que estaría compuesto por miembros de la fundación patrocinadora del estudio y por prestigiosos expertos en Egiptología.

Al ver como se acercaban al recinto, a Nora se le iba acelerando el corazón. Cada vez notaba más sus latidos en las sienes y apenas podía oír lo que su encargada le decía. Visualizó el lugar en todo su esplendor, como sería en el principio de los tiempos. Tropezó y a punto estuvo de caer al suelo.

—Señorita, ¿está usted bien? Parecía que se estuviese mareando. —Le

dijo su acompañante— Me llamo Lasir, encantada de conocerla.

—Sí, estoy bien es solo la impresión. Estar en Egipto es algo que he soñado tantas veces que me ha podido la emoción. —Nora pensó que había oído ese nombre antes y además su instinto le decía que Lasir escondía algo y no sabía si podría confiar en ella. Tenía una sensación rara al estar con ella.

Lasir y Nora estuvieron revisando toda la documentación que poseían de la zona en la que les tocó trabajar. Era la zona más oriental del templo. Nora tendría fácil hacer el trabajo, sabía todo de aquel lugar. Había vivido allí hacía muchos, muchos años. Lasir la llevó hacia una zona de ruinas bastante apartada de sus compañeros. Nora iba unos pasos por delante de Lasir. Era como si una fuerza irresistible la estuviese guiando y no podía dejar de caminar, hasta que... Notó la mano de Lasir en su pelo... Una presión muy fuerte en el pecho le impedía respirar y se hizo la oscuridad. No podía ver nada, no podía oír nada. Solo ese pitido insoportable y no podía gritar...

Abrió los ojos y estaba en un recinto que parecía... No, no parecía... ¡Era una celda! Estaba encerrada en una celda. “*¿Por qué no puedo usar mis poderes?*”, se preguntaba.

—Tranquila Nora, no debes ponerte nerviosa. Somos amigos, no queremos hacerte daño. Todo lo contrario, hemos venido a ayudarte —dijo Lasir, que estaba acompañada de otro hombre.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo moverme?

—Estás en un lugar seguro. Hemos neutralizado tus poderes, pero no podremos mantenerlos a raya mucho más tiempo. Eres demasiado poderosa. Pero ellos vigilan, te buscan. Si usas tus poderes, te encontrarán en un segundo. Te hemos traído aquí porque eres la única que puede ayudar a nuestro pueblo a liberarse y volver a vivir en paz y prosperidad.

—¿Dónde me habéis traído? ¿Dónde están mis compañeros? ¿Por qué estoy en una celda?

—No es una celda. Estás en unas instalaciones especiales diseñadas por nosotros para que no puedan encontrarnos. Unos cuantos conseguimos escapar de Mut poco después de que tu abuela se fuera. Hemos estado esperándote mucho tiempo, eres la única que puede ayudarnos.

Lasir abrió la puerta y entraron la madre y la abuela de Nora. En ese momento empezó a recordar quién era Lasir. Lasir fue quien recibió a su abuela en Mut, pero había pasado mucho tiempo de aquello. ¿Por qué Lasir no había envejecido como su abuela?

—Pero... ¡Abuela, Mamá! ¿Qué está ocurriendo?

—Al llegar a Egipto, Lasir y... —Lía miró al hombre y le agarró la mano — tu abuelo contactaron con nosotros. Ellos están infiltrados en el Museo y solicitaron que vuestro máster viniese a realizar el trabajo con ellos.

Nora debía de tener una cara muy graciosa porque los tres se echaron a reír. La verdad es que estaba alucinando un poco.

—Trabajaremos desde aquí y saldremos lo justo y necesario para que tus compañeros no desconfíen. Debemos de mantenerte a salvo y trazaremos un plan para liberar a nuestro pueblo —dijo su abuelo, abrazándola.

—Abuelo, me suena raro llamarte abuelo eres muy joven. ¿Por qué vosotros casi no habéis envejecido?

—En Mut el tiempo pasa más despacio que en el mundo de los humanos. Un año en Mut es como cinco años fuera de él.

—El que ha llevado a nuestro pueblo a donde está ahora se llama Adut. Es el Mut más anciano y sin embargo no envejece. Se mantiene igual desde hace siglos, ha visto nacer y morir a muchos de los nuestros. Yo no recuerdo a nadie que tuviera ese tipo de poder y tampoco aparece en ninguno de los antiguos escritos.

—¿Pero no sería mejor que entrase en Mut? Estoy segura de que si entró lograré entender todo esto que vosotros ignoráis. Antes, al acercarme al Lago Sagrado, pude visualizar el Recinto Sagrado y los templos. Podré recordar — dijo Nora.

—A mí me está pasando algo parecido. Yo creía que no tenía ningún tipo de poder, pero desde que estoy en Egipto estoy recordando cosas. Vienen flashes a mi memoria, visiones inconexas de otra vida. —Le comentó su madre.

—Lleva contigo siempre este colgante Nora, te protegerá. Ahora debéis volver al apartamento o vuestros amigos desconfiarán.

Volvieron a casa en silencio, cada una absorta en sus propios pensamientos. Qué tierra aquella, tan maravillosa y misteriosa a la vez. Lograrían salvar su civilización de aquel tirano. Nora estaba un tanto desconcertada: o sus poderes habían cambiado desde que estaba en Egipto, o algo no era como todos le estaban contando. No era capaz de intuir ningún peligro en Adut, al contrario ese nombre le provocaba tranquilidad, sin embargo con Lasir no lo tenía claro tenía sentimientos encontrados con respecto a ella.

Esa noche ninguna de ellas durmió bien. Por la mañana, Nora pasó a recoger a Anur y Naira y juntos bajaron a la calle, donde les estaba esperando

Lasir con el coche para llevarles al Museo. Ese día les enseñarían la parte del mismo que no estaba abierto a los turistas. Fue toda una experiencia pasearse por las zonas que no están abiertas al público, aquel lugar era impresionante un pozo de sabiduría antigua de valor incalculable.

Al acabar la jornada, Anur y Naira se quedaron para ver parte de la exposición dedicada a Tutankhamon. Lasir acompañó a Nora a casa y por el camino hablaron sobre Adut.

—Lasir, unos de mis poderes es que siempre sé si la gente que tengo a mi alrededor me miente o intenta engañarme, y por alguna razón no consigo sentir esa maldad que decís que posee Adut.

—Adut era como el resto de toda nuestra civilización: una criatura buena y que se preocupaba por todos los seres que pueblan el mundo. Nuestra gente es incapaz de hacer el mal y siempre buscamos el bien del colectivo, por encima de nosotros como individuo —dijo Lasir—. Pero buscar el bien colectivo y todo lo que estaba sucediendo con nuestra gente hizo que algunos de nosotros equivocaran los medios que debían utilizar para revertir esa situación.

—¿Si me llevas a Mut? ¿Qué crees que podría suceder? —preguntó Nora.

—Lo primero que pasaría, seguro, es que te encerrarían. Por lo que parece, las cosas están cada vez peor. Las últimas noticias que hemos tenido de Mut eran bastante desoladoras.

Se habían entretenido bastante en llegar al apartamento y cuando llegaron, su abuela estaba muy preocupada. Lía había estado toda la mañana teniendo algo parecido a pérdidas de consciencia y cuando parecía que regresaba, no recordaba nada de lo sucedido. Lasir se quedó pensativa y en seguida se excusó diciendo que prefería dejarlas tranquilas para que Lía descansara. A Nora y a su abuela esa actitud le pareció de lo más extraña.

CAPÍTULO IV

LASIR

Estaban acabando de cenar cuando sonó el teléfono de Nora. Era Anur, que estaba muy nervioso. Decía que al acabar la visita en la exposición de Tutankhamon en el Museo, Naira se excusó diciendo que iba a buscar un baño y desde entonces no la había vuelto a ver. La seguridad del Museo había cerrado incluso las puertas mientras la buscaban, pero nada. Era como si se la hubiera tragado la Tierra.

—De verdad, Anur, tú siempre con tus bromas. Dile a Naira que se ponga ahora mismo.

—Qué no, Nora, no es una broma. No la encuentro. —Anur se puso a llorar.

Entonces Nora entendió que no estaba de broma. Su cara perdió su color de repente. Cuando oyó llorar a Anur, supo que era verdad que Naira había desaparecido, pero su “habilidad” especial le decía que Anur le estaba mintiendo y no sabía por qué. Nora le dijo que iría al Museo en cuanto pudiera, que la esperase y la mantuviese informada si había alguna novedad.

—Acaba de llamar Anur. Dice que Naira ha desaparecido en el Museo, pero algo me dice que no me está contando toda la verdad. —Le dijo Nora a su madre y abuela.

—¿Cómo es posible que haya desaparecido en el Museo? ¿No crees que puede tener algo que ver con Mut? —dijo su abuela.

Las dos miraron a Lía, que había empezado una frase y de repente puso los ojos en blanco y empezó a hablar. Las dos se asustaron muchísimo. ¿Qué era lo que le estaba pasando a Lía desde que habían llegado a Egipto?

—Puedo ver a Naira y a Anur —dijo la madre de Nora. Hablaba con los ojos cerrados—. Están en un lugar que me resulta familiar... Están maniatados, lloran y Anur le pide perdón a Naira. Le dice que ha llamado porque pensaba que le harían daño. Naira le dice que no le tiene que pedir

perdón. Les acompañan dos personas, pero no consigo ver a ninguna de ellas.

—Mamá, ¿desde cuándo tienes estos poderes? ¿Por qué han capturado a mis amigos? ¿Esto debe de ser una trampa? Pero debemos ayudarles... —A Nora le temblaban las manos, nunca antes se había sentido tan perdida.

—Desde que estoy en Egipto es como si algo en mí estuviera despertando. Quizá siempre he tenido estas habilidades. Tened en cuenta que yo soy la única de nosotras que ha nacido en Mut. Puede ser que el estar cerca de nuevo haga que mi verdadero yo salga a la luz.

—Pues a mí tus poderes me dan miedo. Parece que te vaya a pasar algo malo. —Le dijo Alma abrazando a su hija y besando a su nieta.

—¿Has podido ver quién estaba con ellos? —dijo Nora.

—Lo que os voy a decir os sonará raro, pero algo me dice que Lasir estaba con ellos y me ha dado miedo. He notado bastante irá en esa habitación.

—¡Lasir! No puede ser. Ella me ayudó a escapar contigo siendo tú una niña. Era mi mejor amiga y tu padre nunca te haría daño —dijo Alma.

—¿Cómo sabes que es mi padre? A lo mejor nos están engañando. Hace muchos años que tú escapaste de Mut, han podido pasar muchas cosas. ¿Y ahora qué hacemos? Si vamos al Museo sabéis que nos capturarán —dijo Lía, y entonces volvió a entrar en trance.

De repente, otra vez, ese pitido en los oídos, oscuridad y de nuevo la luz. Estaba en una habitación con las paredes blancas. Conocía aquella habitación. Había pasado muchos días en ella, jugando con sus padres, antes de huir. Le traía recuerdos de momentos maravillosos. Era como si estuviera y a la vez era como si fueran recuerdos muy reales. Veía la estancia como desde el techo de la habitación. Se vio jugando con su padre. Cuando vino su madre, la cogió en brazos y se la llevó. Eran como flashes, trozos de diferentes momentos de su vida. Su padre estaba en la misma habitación en la que jugaban antes de que su madre se la llevara. Entraron unos hombres armados y se lo llevaron.

Volvió a verle en Palacio ante el que parecía ser el jefe de Mut, Adut. Le preguntaba si sabía dónde estaban su mujer y su hija. Él negaba con la cabeza. Adut parecía apiadarse de él, pero en ese momento Lasir hizo acto de presencia y le mandó encarcelar. Adut parecía tener miedo de Lasir.

De repente, oyó una voz en su cabeza. Era la misma voz de hacía tantos años, la que le habló en el parto y le dijo que Nora salvaría Mut.

—Hola, Lía. Mi preciosa Lía, aquí estás de nuevo. Cuánto te he echado de menos. Eres más poderosa de lo que crees. No debéis fiaros de Lasir y no debéis ir al Museo. Yo liberaré a vuestros amigos.

—¿Quién eres y de qué me conoces? Eres... mi padre.

—Sí. Lasir me encerró cuando os escapasteis de Mut, pero poco a poco logré ir ganándome su confianza. Descubrí sus planes cuando ya era demasiado tarde. Os separó de mí para lograr que Adut se volviera más radical. Él tenía intenciones de cambiar las cosas en Mut. Se dio cuenta de que la única manera de que todo volviera a ser como antes era instaurando la bondad y la libertad. El bien colectivo se consigue siempre que el bien individual y las libertades estén aseguradas.

—Entonces ella nos está utilizando y cree que tú estás de su parte. Por eso no nos has podido avisar de sus planes —dijo Lía.

—Así es. Os echaba tanto de menos que con el tiempo conseguí perfeccionar “la habilidad especial” de poder visualizaros. Vi tu embarazo, lo mucho que tu madre me echaba de menos, pero no sé por qué nunca pude comunicarme con ella. Ahora regresa y cuéntales lo que te he dicho y tened mucho cuidado con Lasir.

Cuando Lía abrió los ojos, su madre y su hija la miraban con cara de preocupación. La oían murmurar en sueños, pero no entendían nada de lo que decía. Lía les contó todo lo que le había dicho su padre y decidieron cuáles serían sus siguientes pasos. Lo primero que Nora hizo fue quitarse el colgante que Lasir le había dado.



Anur y Naira estaban en el Museo, ya habían acabado de ver la visita guiada que la Fundación en colaboración con el Museo, les ofrecía a modo de agradecimiento por el trabajo del máster. Les había encantado. Lasir era toda una experta en el antiguo Egipto y era muy amable. Anur se quedó en la entrada esperando a Naira, que había ido al baño un momento. Ya habían pasado unos 15 minutos cuando Anur decidió acercarse a ver si la veía; estaba empezando a preocuparse. Ya no quedaba nadie en el Museo. Se acercó a la puerta de los aseos de señoras y tocó a la puerta, llamando a Naira.

—Naira, ¿estás ahí? ¿Te encuentras bien? Si no me contestas voy a entrar...

Abrió la puerta del baño y en seguida notó una mano en su cabeza y una presión muy fuerte en el pecho. No podía respirar, ni oír, ni ver nada hasta que la presión se volvió insostenible y perdió el conocimiento.

Despertó en un lugar desconocido. A su lado estaba Naira, los dos estaban maniatados. Al fondo, Lasir sonreía.

—Hombre, al fin se despierta el Bello Durmiente. Tienes que llamar a Nora y decirle que no encuentras a Naira, que estás con los chicos de seguridad del Museo y que debe de ir allí de inmediato. —Le dijo con una voz que helaría la sangre a cualquiera.

—¿Y si me niego, qué harás? ¿Qué quieres de nosotros?

—¿Si te niegas? No puedes negarte a nada de lo que te ordene, insignificante humano. ¿Acaso crees que me temblaría el pulso a la hora de aplastaros como hormigas? No sois nada para mí. —Lasir levantó su puño y lo apretó en el aire. Entonces Naira empezó a ahogarse, no podía respirar.

—¡Déjala! ¿Qué le estás haciendo? ¿Co-cómo es po-posible? —tartamudeaba Anur, con los ojos abiertos de par en par. ¿Qué o quién era Lasir en realidad?

—Ya nos vamos entendiendo. Ahora llama a Nora —dijo con los ojos llenos de ira.

Anur llamó a Nora como Lasir le había dicho. Lasir estaba contenta, pero el hombre que siempre la acompañaba parecía disgustado. A Anur le dio la impresión de que no le gustaba lo que ella estaba haciendo.

—Muy bien Anur, Naira. Ahora descansad. De momento no os necesitaré.

Lasir pasó su mano por delante de su cara, cerrando los ojos, y los dos chicos entraron en un profundo trance.

—Ahora vayamos al museo Nasar. Nuestro plan va cada vez mejor. Alma siempre fue fácil de convencer y más después de tener a Lía. Te dejó para proteger a su hija e hizo que Adut creyera de nuevo en mí, y así conseguí deshacerme de él y hacer míos todos sus poderes.

Llevaban ya un rato en el Museo cuando Lasir empezaba a ponerse nerviosa. No era paciente. Lo que quería, lo quería al instante. Eso lo sabía muy bien Nasar y lo usaría para acabar con ella. De pronto, apareció Alma.

—Hola Alma. Habéis tardado tanto que hemos tenido que llevar a Anur a una sala más tranquila. Estaba muy nervioso. ¿Dónde están Lía y Nora?

—Lía y Nora no van a venir. ¿Cómo habéis podido engañarme de esta manera? —dijo Alma—. Yo confiaba en los dos y ahora me encuentro con que intentáis llevar a mi hija, a nuestra hija... —dijo mirando a Nasar disimulando— a una cárcel en Mut.

—Confiabas en nosotros, entonces, ¿por qué nos abandonaste hace ya tantos años? Entonces no miraste atrás. No te preocupaste por lo que nos pudiera haber pasado —dijo Nasar disimulando, pero Alma notó un poco de verdad en sus palabras.

—Debía hacerlo. No podía dejar que encerraran a nuestra hija y la utilizaran para procrear como ganado —dijo Alma llorando—. Eso es lo que tú me decías que le sucedería si se quedaba en Mut, Lasir.

—Siempre has sido un poco estúpida, Alma. Yo lo único que quería era que Adut viera que no se podía dejar libertad a los habitantes de Mut, porque si les dejas al libre albedrío acaban traicionando a su propia civilización, buscando solo el bien individual. Me salió a las mil maravillas. Ja, ja, ja. —
Rio Lasir.

Nasar apresó a Alma y la llevó a las dependencias en las que estaban Anur y Naira. Estaban en unos pasadizos del Museo, creados hacía muchos años por los Mut. Esos pasadizos eran invisibles para el ojo humano, solo los Mut podían ver la entrada. Ya en la celda, Nasar besó a Alma y ella le devolvió el beso.

—Cuánto he echado de menos tus labios, Alma. Te culpé durante mucho tiempo por haberte ido y haberme dejado allí con Lasir. Pero al cabo del tiempo entendí por qué lo hiciste. Creías que salvabas a nuestra hija, aunque en el fondo solo fuera un engaño de Lasir.

—Yo también te he echado de menos. Pero, ¿Lasir me mintió? ¿La gente de Palacio no hacía todas esas cosas horribles que murmuraba la gente?

—No. Yo me enteré cuando Lasir me mandó encarcelar. Eran todo rumores extendidos por Lasir y unos cuantos de sus esbirros. Cuando tú te fuiste se convirtió en la mano derecha de Adut y, poco a poco, le fue envenenando la mente y el cuerpo también, hasta que al final estaba tan débil que consiguió hacerse con todos sus poderes. Cuando supo que habíais regresado a Egipto, salimos a buscaros. Ella teme a Nora y aún más a Lía, y no sé por qué.

—Entonces, ¿ahora vais a intentar apresar a las niñas?

—Tranquila, el colgante protege a Nora. Mientras no se lo quite estarán a salvo. —Le dijo Nasar.

—¿Cómo el colgante? Es lo primero que se ha quitado. Se lo dio Lasir y pensamos que era una trampa.

—Pues debe ponérselo en seguida. Yo engañé a Lasir para que se lo diera a Nora. Es un colgante forjado por los Antiguos. Si lo llevas puesto al entrar en el Recinto Sagrado de Mut nada puede hacerte ningún mal. La Diosa protegerá a quien lo porte. Lasir quiere volver a Mut con todos y así hacerse imprescindible para el pueblo. Si Nora entra en Mut con el colgante será ella la que gane la batalla. Hay mucha gente a favor de Lasir, pero hay más gente a favor de que acabemos con ella.

—¿Y cómo conseguimos que Nora se vuelva a poner el colgante? — preguntó Alma.

—Debes invocar el nombre de Nora, hablar con ella en tu mente. Confía en mí, ella entenderá lo que tiene que hacer. Hay poderes que ni ella misma sabe que posee. He tenido mucho tiempo para investigar. —La abrazó y la volvió a besar como la primera vez que se vieron.

—Te amo, Nasar. No volveré a separarme de ti. Lo prometo.

CAPÍTULO V

DE REGRESO A CASA

Nasar dejó a Alma en la celda. Anur y Naira estaban como dormidos. Hasta que Lasir quisiera no volverían a su estado normal. Alma pensó entonces en Nora, la recordó siendo una niña con su pelo rubio ondeando al viento, mientras reía al lado de su madre. Y entonces la visualizó poniéndose el colgante y diciéndole que era muy importante que lo llevara puesto y que no se lo quitase para nada.

Nora estaba en el apartamento con su madre, las dos estaban muy nerviosas. Quizás no había sido buena idea mandar a la abuela sola al Museo. Entonces Nora sintió a su abuela. Pudo oler su pelo y notar su presencia junto a ella. Aunque no estaba allí, sabía que ella quería comunicarle algo. Cogió el colgante y se lo puso.

—Mamá, coge tus cosas, tenemos que ir a Mut. Entraremos por el Lago Sagrado de Media Luna. Ahora lo veo con claridad, sé perfectamente lo que debo hacer.

—¿Al Lago Sagrado? No crees que podría ser peligroso y ¿por qué te has puesto el colgante? —Le preguntó su madre.

—He podido notar la presencia de la Abuela y por alguna razón he entendido que el colgante no es peligroso. Al contrario, me dará poder al entrar en Mut.

Llegaron al Lago de la Media Luna cuando ya oscurecía. Nora tomó de la mano a su madre y con la otra mano tocó el agua del Lago. Entonces el colgante se llenó de luz y las dos sintieron una gran serenidad. Oscuridad y de nuevo la luz. Era su casa, podían sentirlo en su interior, el lugar en el que debían vivir, la gente por la que debían luchar. De repente, las dos recordaron quiénes fueron en sus anteriores vidas, recordaron sus poderes y cómo utilizarlos.

Estaban en una gran sala llena de imágenes de la Diosa. Por una de las

puertas del fondo de la sala apareció una mujer. Lía sintió que la conocía, podían confiar en ella.

—Al fin habéis regresado. Mut está sumido en la desesperación, todos desconfían de todos. Lasir ha hundido el país en la miseria. Hace unas semanas salió al exterior acompañada de Nasar y por lo que he podido averiguar, no es capaz de regresar. Es muy poderosa, pero no puede volver a entrar en Mut.

—¡Maravilloso! Esa será nuestra baza a jugar. Recuperaré a todos. Los traeré a Mut de vuelta y ella quedará atrapada fuera, en el mundo que tanto detesta, con los humanos —dijo Nora.

—Sí, Hija, pero deberemos estar siempre atentos a que no regrese porque lo intentará. Aquí también hay gente que la apoya. No nos será fácil hacer que Mut vuelva a ser lo que fue —dijo Lía.

—Lo primero que haré será presentaros a los miembros del Consejo y entre todos trazaremos un plan para traerlos de vuelta. Por cierto, disculpadme por no haberme presentado, me llamo Iram.

Iram les llevó a la sala del Consejo en el Palacio, aunque podrían haber ido ellas solas perfectamente. Era como si nunca se hubieran ido de Mut. Reconocían cada lugar de aquella tierra. Allí estaban los Consejeros, se alegraron de verlas y se alegraban de verdad. Les explicaron cómo estaban las cosas en el pueblo. El último regreso de un Mut sucedió hace ya cinco años y desde hacía 2 años no nacía ningún niño con “habilidades”. Las cosechas estaban muriendo y apenas había provisiones para todos. El clima estaba cambiando y ya no podían controlar las plagas. También habían empezado los desastres climatológicos. Antes podían controlar todos estos acontecimientos con las “habilidades” individuales de cada Mut, pero ya no había prácticamente “habilidades”. Entonces, Lía tomó la palabra.

—Queridos amigos, nací en esta tierra hace ya más de 50 años y desde entonces algo en mi interior gritaba y yo no sabía cómo hacer para poder escucharlo, de hecho era yo la que luchaba por silenciarlo. Desde que estoy en Egipto, muchos sentimientos guardados en mi interior están saliendo a la luz al llegar aquí lo veo todo más claro. Sé quién fui y quiénes sois vosotros y el error de nuestra civilización está delante de nuestros ojos, porque miramos hacia fuera y deberíamos mirar hacia dentro. Cerrad los ojos y sentid. Sentid los árboles, los pájaros, las nubes, los animales. Ellos nos hablan y nos dicen lo que debemos hacer. Mirad con el corazón y podréis entender.

En ese momento todos cerraron los ojos e intentaron ver y oír con el

corazón. Sus almas individuales se unieron en una sola respiración y por fin escucharon a Mut. La Diosa de la creación lloraba, sus hijos se habían centrado en preservar la especie sin importar los medios y eso les llevaba a la desaparición. Todos ellos estaban unidos por lazos de historia, de sentimientos y no hay nada más valioso que la vida. Cada individuo es especial en su imperfección y se debe proteger. Sin libertad no hay vida.

—Gracias Lía, nos has hecho ver todo el mal que hemos desencadenado. Debemos traer a vuestros amigos y a Nasar, ponerlos a salvo e impedir que Lasir vuelva a pisar Mut. Volveremos a reconstruir nuestra tierra. Vosotras nos ayudaréis —dijo Iram.

—Yo sé cómo traerlos de vuelta —dijo uno de los hijos de Adut—. Nora puede entrar y salir de Mut, con el colgante, es más poderosa que Lasir, aunque todavía no sepa cuáles son los poderes nuevos que Mut ha despertado en ella. Los hay y son muchos. He estado investigando en los antiguos escritos del santuario y la profecía de su regreso dice que Mut despertará su habilidad para cambiar de forma. Esa sería nuestra gran oportunidad.

—No me siento extraña en esta tierra y noto fuerza en mi interior. Este es el lugar en el que nos corresponde estar y sé que traeremos de vuelta a los abuelos. Lo conseguiremos. Ahora quisiera dar una vuelta por el pueblo, charlar con la gente y mañana decidiremos cómo traerlos de vuelta. —Les habló Nora, tomando la mano de su madre.

Salieron a la calle. Reconocían las calles y sus gentes, pero todo estaba peor de como lo recordaban. Antes todo era abundancia y felicidad, pero ahora la gente estaba triste y recelosa.

—Debemos de confiar en nuestro corazón, Nora. Conseguiremos que Mut vuelva a ser lo que fue. Sé que podemos confiar en ellos, no te preocupes.

—¿Desde cuándo puedes leer mis pensamientos? Es demasiada responsabilidad, de repente tengo que salvarlos a todos. —Nora estaba empezando a sentir miedo por la responsabilidad y los cambios que se estaban produciendo en su interior.

—Cariño, yo también estoy cambiando a otro yo desde que estoy en esta tierra. Te entiendo perfectamente. Recuerdo cuando, siendo aún muy pequeña, tus habilidades empezaban mostrarse y lo asustada que yo estaba. Tú, sin embargo, lo veías como la cosa más natural del mundo. Recuerdo que una de las veces me miraste a los ojos y me dijiste... “Mamá no tengas miedo, si tú estás conmigo y puedo ver tu sonrisa, hasta la noche más oscura se enciende para mí. No dejes de sonreír nunca, Mamá. Si sonrío dentro de mí, la

gente sonrío por fuera. Siempre que tengo miedo sonrío por dentro, pienso en ti y todo cambia”. Desde ese día cada vez que tengo miedo cierro los ojos y pienso en tu sonrisa.

Nora había olvidado ese día, pero era cierto que siempre que tenía miedo hacía eso... Se abrazaron y lloraron, pero de alegría por tenerse la una a la otra y supieron que todo saldría bien.

Al regresar a Palacio, cenaron con el Consejo. Acabaron la cena y el hijo de Adut las llevó al santuario y les enseñó los antiguos escritos. Lía se fue acostar y Nora se quedó con Alel, que así se llamaba el hijo de Adut. Hablaron y hablaron hasta bien entrada la madrugada, había conexión entre ellos. Cuando se despidieron habían trazado un plan para traer a todos de vuelta y algo había empezado a nacer entre ellos.



A esas horas Lasir estaba ya muy nerviosa. Paseaba arriba y abajo en los sótanos secretos del Museo. En la celda, Alma podía oír sus pasos resonando en las paredes. Sentía que Lía y Nora estaban a salvo en Mut, algo dentro de ella le decía que era así.

—¿Por qué no están aquí, Nasar? ¿Nos habremos equivocado y no les importan nada sus amigos ni la Abuelita?

—Debería ir a ver si están en el apartamento. Tenemos que encontrarlas o nuestro plan y toda nuestra lucha no habrán servido de nada —dijo Nasar.

—Ve a buscarlas al apartamento y al recinto sagrado. Mi intuición me dice que podrían estar allí. Llámame si sabes algo de ellas.

Nasar no fue al apartamento, fue directamente al Recinto de Mut. Una vez allí, tocó el agua del Lago Sagrado y una luz salió del agua y entró en Nasar. Entonces cogió el móvil y llamó a Lasir.

—Hola Lasir, estoy en el Lago Sagrado he podido ver luces en una de las edificaciones, la que estaba dedicada a la adoración de la Diosa. Al acercarme he visto a Nora y a Lía. No me han visto. Trae a todos aquí que mejor sitio para el sacrificio que el recinto sagrado. —Le dijo Nasar.

—Buena idea Nasar, les llevaré. Eres la única persona en la que puedo confiar.

Al colgar el teléfono Nasar desprendía una luz especial. Era como si algo hubiera cambiado dentro de él.

Lasir llegó con los amigos y la abuela de Nora. Estaban como hipnotizados, hacían todo lo que Lasir les ordenaba. Los llevó al ya derruido

Santuario de Mut y allí les sentó formando un triángulo. Llamó a Nasar, le pareció raro no haberle visto todavía. Fue a buscarle al Lago y allí estaba, desprendía una suave luz blanca.

—Nasar, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy bien. —La voz de Nasar no era su voz—. Pero tú... ¿A dónde te ha llevado tu locura, Lasir? Casi acabas con todo nuestro pueblo y todo ¿por qué? Por rencor, egoísmo, maldad... Ni siquiera tú sabes por qué.

—¿Nora? ¿Eres tú? ¿Qué has hecho con Nasar? ¿Qué sabes tú de mí para juzgarme?

—Sé mucho más de lo que tú te crees, puedo recordar quién fui en mi anterior vida como Mut. ¿Quieres saber quién fui? Fui tu hermana, Salima, la primera niña que nació sin poderes en Mut. Tú siempre me despreciaste por ser diferente...

—¡¡CALLA!! —gritó Lasir—. Tú no puedes ser Salima. Salima no tenía poderes. No era como tú, como Nora.

—Todos pensasteis que no tenía poderes, pero no era así. En mí tardaban más en despertarse porque me daba miedo mostrar quién era en realidad. Desde que empecé a tener uso de razón, todos en Mut me tratabais como un bicho raro... "*¿Cómo es posible que no haya mostrado aún ninguna 'habilidad'...?*", os escuchaba decir a todas horas. Así que cuando empezaron a aparecer las ignoré y guardé dentro de mí. Pero tú... ¿Cómo pudiste hacerme lo que me hiciste? ¿A tu propia hermana?

—Tú no eres mi hermana, no puede ser. Estás haciendo esto para desestabilizarme. Yo no hice nada a Salima y tú no eres ella, eres Nora en el cuerpo de Nasar.

En ese momento, una luz cegadora salió del cuerpo de Nasar y se convirtió en Nora justo a su lado. Allí estaban los dos en frente de Lasir.

—No puedo creerlo Nasar, me has traicionado. Tú también. —Lasir lloraba.

De repente se secó las lágrimas, alzó su mano al aire y apretó con fuerza el puño. Nasar se elevó en el aire, llevándose las manos al cuello. Lasir le estaba ahogando. Nora, cubierta de luz, extendió sus manos con suma delicadeza, las juntó y seguidamente las separó en el aire entonces Nasar quedó libre. Nora actuaba sin pensar sabía lo que debía hacer y decir en cada momento, era la primera vez en toda su vida que no tenía miedo de utilizar sus "habilidades". A continuación, pronunció unas palabras.

—Anur, Naira, Alma y Nasar entrarán en Mut para no regresar. Lasir

quedará en la tierra de los humanos, despojada de todos sus poderes, y su esencia Mut se desvanecerá para siempre. Nunca podrá volver a entrar en nuestra tierra y no recordará nada de lo vivido en ella. Será una simple humana para siempre —sentenció Nora.

La cara de Lasir era de incredulidad, amargura, odio... Hasta que se desmayó y cayó al suelo. Apretaba con fuerza algo entre las manos. Era algo parecido a una pulsera. Cuando Nasar quiso acercarse a ver qué era aquello, desapareció para aparecer de nuevo en Mut y no pudo ver lo que era.

Estaban todos a salvo en Mut. Anur y Naira eran los más desconcertados por todo aquello. Tendrían que explicarle muchas cosas. Serían los primeros humanos que vivirían en Mut.

CAPÍTULO VI

UN MENSAJE PARA SALIMA

Amanecía en Mut cuando Nora entró en la habitación de Anur y Naira. Se notaba en sus caras que no habían dormido mucho.

—¿Cómo habéis amanecido? Supongo que tendréis muchas preguntas que hacerme —dijo Nora.

—La verdad es que no hemos dormido muy bien. Pero también supongo que tenemos que estar agradecidos porque nos has salvado la vida. Lasir nos habría matado —dijo Anur.

—Yo creo que sí, que nos habría matado a todos. Sabéis que no podréis salir de Mut en mucho tiempo, ¿verdad? Pero os prometo que conseguiré encontrar la forma de que volváis con vuestra familia, si así lo deseáis. Revisaremos los escritos del Santuario y entre los tres daremos con la fórmula.

—No te castigues, Nora, tú no tienes la culpa de cómo han sucedido las cosas. Además, ¿qué mejor máster en Egiptología que vivir en el mundo perdido de una antigua civilización egipcia?

Los tres se miraron y se echaron a reír. Ninguno lo había visto de esa manera. Naira tenía toda la razón.

—Ahora os dejo que os aseéis y os vistáis. Os espero en el comedor para desayunar y enseñaros el pueblo. Tengo tantas cosas que contaros... —Les dijo Nora, se la veía muy feliz.

Al llegar al comedor, pasó por la habitación de su madre y justo cuando iba a llamar a la puerta salió Iram de dentro. Casi se chocaron las tres. Iram y Lía se despedían para verse en el desayuno cuando Nora iba a tocar la puerta.

—¡¡Ho-Hola!! —dijo Lía, poniéndose colorada como una fresa—. Iram ha venido a ver cómo he pasado la noche después de todo el lío de ayer.

—Sí. He venido a ver si estaba bien. —Iram evitaba mirar a Lía a los ojos, al hablar.

—Pero, ¿de verdad creéis que vais a engañarme con esas excusas tan tontas? Ya había notado algo cuando os vi juntas. Por favor, que estamos en Mut. Aquí todos respetamos que cada cual quiera a quien le parezca, no estamos en la Tierra. El amor entre seres adultos y responsables con el consentimiento de ambos es algo maravilloso —dijo Nora y se fue al comedor—. Nos vemos en el desayuno.

—Tu hija es mucho más maravillosa que tú, amor, pero no te pongas celosa. Yo solo tengo ojos para ti. —Le dijo Iram a Lía mientras le daba un beso.

Después de desayunar, Nora llevó a Anur y Naira al Santuario y allí les presentó a Alel. Pasaron la mañana revisando escritos. Todos parecían felices, ojalá esa paz durase siempre, pensó Nora. Pero algo en su interior le decía que Lasir volvería. Ella siempre volvía.

Nasar entró en el Santuario y se acercó a Nora.

—Nora, tenemos que hablar. Anoche, cuando volvimos a Mut, me fijé en Lasir y tenía algo entre las manos. Era como una pulsera que agarraba con fuerza. No pude ver exactamente lo que era porque tu magia me hizo regresar a Mut. Temo que sea algún tipo de talismán y que Lasir no haya perdido sus poderes.

—Yo también me fijé que cuando hablaba con nosotros durante el cautiverio siempre llevaba algo entre las manos. Una de las veces pude verlo bastante bien. Intentaré hacer un dibujo, a ver si reconocéis el objeto y si no, lo buscaremos en los libros. Este sitio es impresionante —dijo Naira.

—Te fijas en todo, muchachita —dijo Anur, sonriendo.

—Os tengo que preguntar si queréis vivir en una casa en el pueblo o seguir viviendo en Palacio. Normalmente aquí solo viven los miembros del Consejo. Pero nosotros podríamos vivir aquí, ya que hemos salvado Mut de Lasir y podríamos venir al Santuario siempre que quisiéramos. Yo ahora debo ocuparme de informar al pueblo de los cambios que acontecerán en los próximos días y ponerme manos a la obra para recuperar las cosechas y el esplendor de Mut.

—¿Podemos pensarlo unos días, Nora? —preguntó Anur.

—Por supuesto. Decidme algo cuando queráis.

Nora salió al pueblo acompañada de Nasar y su abuela. Ya se notaba el cambio. ¿Cómo podía haber sucedido tan rápido? Se acercaron a un grupo de hombres y mujeres que estaban en la plaza, al lado de la fuente, y vieron a unos niños que estaban jugando. No podía ser, los niños ponían sus manos en

el suelo y de él brotaban flores, mientras sus pies se elevaban un par de dedos en el aire.

—Abuela, están haciendo lo mismo que hacía yo cuando tenía su edad y empecé a notar mis “habilidades”.

—Sí. Pero, ¿no se supone que no nacían niños con habilidades especiales en Mut? —preguntó Alma a una de las mujeres.

—Les teníamos escondidos, no dejábamos que mostraran sus “habilidades” a nadie. Lasir nos los habría arrebatado para experimentar con ellos. Por eso todo estaba muriendo, porque no podíamos mostrar cómo éramos, ni cuidar los campos y los animales. —Mientras hablaba las lágrimas rodaban por su rostro. Había sido todo muy duro.

Nora vio esperanza, la gente de Mut empezaba a despertar de aquella horrible pesadilla. El miedo a lo diferente de aquel ser resentido había llevado a su civilización casi a la desaparición. Les había convertido en todo lo que odiaban de los humanos.

Durante el paseo por el pueblo, la gente se le acercaba para darle las gracias. Los campos tenían nuevos brotes y había sonrisas en la cara de las gentes de Mut. Pasó al lado de la puerta de una casa en la que había una anciana sentada en una silla. No sabía por qué, pero algo le decía que debía de hablar con ella.

—Al fin, estás aquí, Nora. —Le dijo la anciana cuando Nora se acercó a ella.

—¿Me conoce? —preguntó. Al acercarse Nora observó que la anciana era ciega.

—Yo te conozco y tú también a mí. Busca en tu memoria. Soy la más anciana del lugar. Hace tiempo que debería haberme ido, pero debía volver a verte y recordarte algo. —La anciana posó su mano en el rostro de Nora y ella recordó.

Nora viajó atrás en el tiempo. Viajó a otra vida en la que era y no era ella. Vio una mujer en la misma puerta en la que estaba la anciana. Vio dos niñas jugando, eran Lasir y Salima. Lasir miraba de reojo a la mujer y a su hermana y cuando la mujer entró en la casa, Lasir apretó las manos en el aire y su hermana cayó al suelo. Lasir gritó y la mujer y un hombre salieron de la casa, pero ya no pudieron hacer nada por la niña.

—Debes de tener en cuenta aquello que te sucedió en otra vida. Si yo hubiese sabido, si yo hubiese podido impedir lo que ocurrió... —dijo la anciana llorando.

—Mamá, tú no podías saber lo que Lasir haría a su hermana, a mi otro yo de hace tantos años. Nadie puede imaginar que un monstruo como ese exista. —Le dijo Nora, acariciándole la cara y enjugando sus lágrimas.

—Sí, sí que podía, ya había visto cosas raras en Lasir. Pero no debes cometer el mismo error que yo cometí hace tanto tiempo. No la subestimes. Mientras Lasir viva no habrá paz para nadie en Mut. Debes de acabar con ella, te lo dice su madre... Tu madre. —La anciana apoyó su cara en el hombro de Nora y exhaló su último aliento.



Nora llevaba todo el día encerrada en su habitación. La muerte de la anciana la había dejado muy triste y no paraba de darle vueltas a lo que le había dicho. Matar a Lasir. ¿Cómo iba ella a matar a nadie? ¿Sería cierto que Lasir estaba intentando volver a Mut y acabar con todos ellos...? Llamaron a la puerta. Eran Anur y Naira.

—¿Cómo te encuentras? Alel nos ha dicho que ha estado contigo esta mañana. Nos ha contado lo sucedido con la anciana y que no sabes cuál es la postura que debes tomar con respecto a Lasir —dijo Naira.

—No te preocupes, somos tus amigos y estamos aquí para ayudarte. Si hay que acabar con Lasir, lo haremos entre los tres— asintió Anur.

—Pues no estoy muy bien, llevo todo el día dándole vueltas al tema de Lasir y he decidido que ahora mismo lo más importante es dedicarnos a que Mut recupere todo su esplendor y a estudiar los escritos sagrados. En ellos encontraremos la forma de acabar con Lasir.

Nora hablaba así para tranquilizar a todos, pero en el fondo de su corazón sabía que Lasir acechaba. La conocía mejor que nadie y también sabía de lo que era capaz. Nora algún día fue Salima; eso era difícil de olvidar, una vez que lo había descubierto.

CAPÍTULO VII

EL REGRESADO

Despertó con un fuerte dolor de cabeza y un leve pitido en el oído derecho. Se sentó en el suelo y notó que su mano agarraba algo con fuerza. Era una especie de pulsera. La metió en el bolsillo del pantalón y sacó una cartera.

—"Lasir". Bien, por lo menos sé dónde vivo y cómo me llamo.

En el bolsillo había también las llaves de un coche. Pulsó el botón de apertura y el coche oscuro que había en un lado de la carretera encendió y apagó sus luces.

—¡Caramba, también tengo coche! Hoy debe de ser mi día de suerte.

Lasir no podía recordar cómo llegó allí, ni qué era lo que le había sucedido esa la noche. Tenía recuerdos confusos de toda su vida. En su cabeza iban y venían imágenes sin sentido, de momento, para ella. Abrió la puerta de su apartamento con las llaves que había encontrado en su bolsillo. En el apartamento había detalles que le decían que vivía con alguien: dos camas deshechas, platos y vasos en el fregadero para dos... También le decían que no eran pareja. Si no, solo habría una cama deshecha. Se acostó a descansar un poco, pero cada vez que se dormía las pesadillas la despertaban. Sonó el teléfono.

—Buenos días. ¿Lasir? —Oyó al otro lado del aparato.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Le llamo del Museo porque hoy no ha venido ninguno de los chicos del máster a trabajar y Nasar tampoco ha aparecido por aquí. ¿Está usted bien? ¿Sabe qué ha podido ocurrir?

—Lo siento, he despertado con una terrible jaqueca y pensaba llamarles ahora para decir que no podía acudir al Museo. Pero visto lo sucedido tendré que ir. En un par de horas estaré allí. Gracias por avisar y espero que encontremos a los muchachos.

—Gracias, avisaré ahora a las autoridades. Supongo que querrán hablar

con usted.

Lasir colgó el teléfono. Estaba en estado de shock. ¿Qué era lo que había sucedido esa noche? ¿Por qué no podía recordar nada? Metió la mano en el bolsillo y se puso la pulsera. Entonces recordó que se llamaba Lasir, que su compañero se llamaba Nasar y trabajaban en el Museo. Tenían un proyecto sobre el Recinto de Mut con unos chicos extranjeros de un máster.

También sintió una gran ira en su interior, algo la impulsaba a encontrarlos y... y “¿acabar con ellos?”, eso era lo que su mente le decía que debía hacer. Y también estaba aquella extraña pulsera. Por algún motivo sabía que si descubría los secretos de la pulsera entendería qué estaba sucediendo.

En el salón del apartamento había un libro que tenía el aspecto de ser muy antiguo. Empezó a leer, no podía ser verdad lo que estaba leyendo. Sonó su teléfono otra vez.

—Lasir, le llamo del Museo otra vez. Está aquí la policía y la están esperando. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí. Perdón. Me tomé un calmante para el dolor de cabeza y me quedé dormida. Ahora mismo salgo para allí. —Cogió las llaves del coche y su mirada ya había cambiado.

Había estado leyendo tres horas y ahora tenía que buscar una explicación para que la policía no la relacionase con la desaparición de esos estúpidos y el traidor de Nasar. Había logrado recordar todo y no le gustaba nada.



Habían pasado ya varios meses desde que regresaran a Mut y todo había cambiado tanto. La gente era feliz, las cosechas eran abundantes y la vida transcurría plácidamente. Nora era muy feliz viendo como su madre y su abuela disfrutaban. Anur y Naira se habían integrado perfectamente en la vida de Mut. Y también estaba Alel, que le hacía notar mariposas en el estómago cada vez que lo veía y su abrazo le hacía sentir una profunda tranquilidad. Pero debía ir a la Tierra, cambiar de forma y salir al exterior. Debía buscar a Lasir.

Había encontrado unos escritos que hablaban de la pulsera. Esos escritos explicaban que la pulsera fue forjada por los antiguos egipcios para conceder poderes especiales a sus portadores. Con ella podían modificar la voluntad de las personas a su antojo, también eliminaba los sortilegios que hubieran podido caer sobre su dueño. Con lo cual, el conjuro de Nora sobre Lasir no tendría ya ningún efecto. Si ella llevaba consigo la pulsera recordaría todo lo

que había pasado y estaría intentando vengarse de todos ellos.

Nora estaba tumbada en el prado que había cerca del río. Corría una suave brisa y miraba las nubes en el cielo. Cerró los ojos y aspiró profundo, pudo oler el perfume de su abuela. Sin abrir los ojos, dijo:

—Tu perfume te delata, Abuela. ¿Por qué siempre hueles tan bien?

—Ja, Ja, Ja... Eres un poco bruja, ¿lo sabías? —rió su abuela.

—Bueno, supongo que me viene un poco de familia, ¿no es cierto?

—Esta noche he tenido un sueño extraño. He soñado que Lasir volvía al pueblo. ¿Has recibido alguna noticia sobre ella? ¿Alguno de nosotros debería de subir a la Tierra? ¿Tenemos que saber si planea algo?

—Le he estado dando muchas vueltas al tema y creo que tienes razón. Debo cambiar de forma e ir a ver qué está planeando. Pero no sé cómo hacerlo.

—Creo que debes de reunir al Consejo. Ellos son los más sabios del lugar y entre todos podréis trazar un plan. Hay que acabar con Lasir.

Las dos se quedaron abrazadas en silencio mirando las nubes pasar. ¿Lograrían acabar con el mal que las acechaba?



El Consejo de Mut se había reunido a petición de Nora. Allí estaban Alel, Iram, Nora y el resto de miembros. La primera en tomar la palabra fue Nora. Les explicó todo lo que había descubierto sobre la pulsera y les dijo que pensaba ir a la Tierra, cambiando de forma, para intentar acabar con Lasir. No podían vivir siempre con la incertidumbre y el miedo de que ella volviese a aparecer.

Cuando estaban en medio de la reunión entró un mensajero y les informó de que había aparecido un “regresado” en la carretera que une el pueblo con el Bosque de las Hayas. El Consejo dio por terminada la reunión. La retomarían en unos días, cuando hubiesen atendido al “regresado”, hacía mucho que no recibían a ninguno. Era un acontecimiento importante.

Iram era la encargada de atender a los que venían de la Tierra. Le habían llevado a una habitación en Palacio destinada a ello. El chico estaba aturdido y bebía un vaso de agua cuando Iram entró en la habitación.

—¿Cómo te encuentras? No tengas miedo. ¿Reconoces el lugar en el que estás?

Iram no conseguía recordar quién había sido el muchacho cuando era Mut. Ella era la encargada de recibirles porque una de sus “habilidades” era

reconocer la anterior vida de cualquier Mut, nada más verle.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que debería recordar?

—Empecemos por el principio. ¿Cómo te llamas? ¿Recuerdas cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Iram, con suavidad.

—Me llamo Haer. Soy miembro de la policía de Karnak y estaba cerca del Lago Sagrado, en el Recinto de Mut, investigando la desaparición de unos muchachos extranjeros cuando, de repente, toqué el agua y la oscuridad me invadió... Al despertar aparecí en medio de una carretera desconocida. Estaba desorientado, entonces unos hombres me encontraron y me trajeron aquí.

—¿Eres policía? ¿Investigas una desaparición? —Le preguntó Iram.

—Sí. Hace unos meses desaparecieron unos muchachos sin dejar rastro y antes de cerrar la investigación decidí volver al lugar donde se les vio por última vez. ¿Es posible que les haya pasado lo mismo que a mí? ¿Qué es este lugar? ¿Están aquí? —El muchacho se estaba poniendo muy nervioso, así que Iram tuvo de hacerle descansar. Pasó su mano por delante de sus ojos y este se durmió.

Nora estaba esperando fuera de la habitación. En seguida notó que algo iba mal, en su cara podía ver que estaba muy preocupada. Cuando le contó lo sucedido, ella entendió perfectamente sus miedos. ¿Podía ser que un humano hubiera entrado en Mut? No, eso no podía suceder. Tenía que haber otra explicación. No podían dejarle salir hasta descubrir quién era en realidad. Pero tampoco podían tenerle durmiendo en la habitación indefinidamente.

Alma llegó donde estaban Iram y Nora. Tenía la cara desencajada.

—Algo le sucede a Lía. Se ha desmayado y no conseguimos despertarla. La hemos llevado a vuestra casa, Iram.

Las tres salieron hacia la casa. Las lágrimas corrían por el rostro de Iram. En esos momentos no podía pensar, un nudo le ahogaba en la garganta. Apretaba con fuerza la mano de Alma, tanto que le estaba haciendo daño. Alma no dijo nada, solo acarició su mano y esta en seguida dejó de apretarla.

Las tres mujeres caminaban rápido y en silencio. Entraron en la habitación justo cuando Lía abría los ojos. Las tres corrieron a abrazarla y cubrirla de besos.

—¿Qué te ha sucedido, Mamá? Nos has dado un susto de muerte.

—He notado un pitido muy fuerte en los oídos y de repente he perdido el conocimiento. Ha sido cuando he visto cómo el muchacho regresado entraba en Palacio. El muchacho me ha mirado fijamente a los ojos y entonces he perdido el conocimiento. —Les explicó Lía.

Nora e Iram se miraron a los ojos.

—¿Por qué os miráis así? ¿Ocurre algo con el muchacho? ¿Por qué le ha pasado esto a mi hija? —dijo Alma.

Iram y Nora les explicaron que Iram no había podido reconocer la anterior vida del muchacho y que pensaban que era humano, pero lo que les había contado Lía desechaba aquella posibilidad. A las tres se les pasó la misma idea por la cabeza, pero solo Alma fue capaz de verbalizarla.

—¿Y si todo esto forma parte de algún tipo de plan de Lasir?

CAPITULO VIII

UNA MENTE VACÍA

Lasir estaba tranquila, la policía había dejado de atosigarla a preguntas. Desconfiaban de ella, pero no tenían ni una sola prueba que la situara en el momento de la desaparición de los chicos, Nora y su familia. No había cuerpos, no había nada de nada; era la desaparición de cinco personas adultas. Tarde o temprano dejarían de investigar. Si no lo habían hecho ya era por las presiones de la familia, ya que eran extranjeros. También la prensa había sido especialmente insistente con el tema; era una historia increíble, la verdad. Una mujer desaparece durante tres años, la encuentran en el mismo lugar con una niña y después de tantos años desaparece en el mismo sitio. Esta vez, acompañada de cuatro personas más.

Hizo algunas amistades con gente del trabajo, cosa que le resultó bastante complicada, ya que odiaba a los humanos. Llevaba una vida de lo más normal para intentar pasar desapercibida. Su trabajo en el Museo y sus recuerdos de anteriores vidas Mut le habían facilitado mucho el recopilar informaciones sobre antiguos sortilegios y conjuros de todo tipo, que a ojos del común de los mortales no serían más que supersticiones y antiguas leyendas.

Su plan era volver a Mut y acabar con todos ellos para alzarse con el poder y gobernar a su antojo.

Había hecho amistad con uno de los policías que llevaba el caso de la desaparición, era un muchacho bastante joven. Lasir había visto en él alguien a quien manejar, un tipo inseguro, lleno de complejos y al que parecía molestarle casi todo. No le gustaba la gente, en realidad no le gustaba nadie, ni él mismo se gustaba. Se había quedado un poco colgado de ella, Lasir se dio cuenta y se propuso utilizarlo para llevar a cabo su plan de venganza. Le costó bastante porque no soportaba a los humanos. Solo pensar que estaba allí atrapada por culpa de Nora hacía que su ira fuese aumentando cada vez más.

Al principio había pensado hallar la manera de cambiar de forma, tomar el

cuerpo de Haer, el policía, y entrar ella misma en Mut, pero era demasiado peligroso. Si Nora era tan poderosa como Lasir pensaba, la descubriría al momento. Así que decidió contarle la historia, a su manera, a Haer y utilizarle como señuelo. Él aparecería en el pueblo como un “regresado”. Mientras él distrajera la atención de todos, ella lograría entrar en Mut sin que nadie se diera cuenta.

Hasta que no lo hicieron no sabía si daría resultado, puesto que nunca jamás había entrado un humano en Mut, salvo los amigos de Nora y estos lo hicieron con el poder del Colgante de Mut.



En la aldea de Mut, Lía ya se encontraba recuperada. Alma se había quedado al cuidado de su hija y Nora e Iram habían convocado una reunión del Consejo para tratar el tema del “regresado”. Ambas creían que era un humano, y luego estaba el incidente con Lía. Expusieron lo ocurrido en la sala y el más antiguo de todos los miembros del Consejo tomó la palabra.

—Sabéis que una de mis “habilidades” es que puedo leer los pensamientos de todos los que están cerca mío. Al principio era caótico, horrible, mis pensamientos se mezclaban en mi cabeza con los de todos los que estaban a mi alrededor y a la vez oía las conversaciones de la gente que estaba a mi lado. Poco a poco fui organizando todo ese caos y conseguí que mi mente entraría únicamente en los pensamientos que yo le ordenase. Creo que sería bueno que salieseis con el muchacho a dar un paseo por los jardines de Palacio, yo estaré sentado en unos de los bancos fingiendo que leo un libro. Intentaré entrar en su mente.

—Buena idea. Esta tarde Iram y yo pasearemos con él. No debemos dar la impresión de que desconfiamos de él. Veremos qué hay en su cabecita.

Otro de los miembros del Consejo tomó la palabra.

—Yo, creo haber visto en algún libro de los antiguos escritos alguna historia sobre habitantes de Mut que perdían el conocimiento y tenían alucinaciones siempre que algo malo les rondaba. Pero las alucinaciones en algunos momentos son tan confusas que nadie, salvo el que las padece, puede descifrarlas.

—Quizá sería bueno que según despertara de cada uno de esos episodios, escribiese lo que había visto, oído o sentido. Quizá ayudaría —dijo Alel.

Hablaron un rato más de los pasos a tomar en diferentes asuntos de interés del pueblo y dieron por concluida la sesión del Consejo.

Al acabar, Alel y Nora fueron a casa de Anur y Naira a comer. Habían decidido vivir en el pueblo, no les gustaba vivir en Palacio.

—Hola, chicos. —Les recibió Naira al abrir la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Habréis traído tarta de la Abuela Alma, verdad? Sabéis que a mi barriguita le encanta.

—¿Cómo nos íbamos a olvidar? A mi sobrina no le puede faltar de nada —dijo Nora, acariciando la tripita de Naira.

—Os oigo, la estáis malcriando antes de nacer... Ja, ja, ja —rio Anur.

Pasaron unas horas estupendas, se llevaban tan bien y les veía tan felices que Nora no sabía si contarles los últimos acontecimientos, pero pensó que deberían saberlo. Ambos pasaban tantas horas estudiando los antiguos escritos que probablemente sabían más de su civilización que los propios Mut.

Nora y Alel les contaron todo lo sucedido. Anur se quedó pensativo...

—Naira, ¿recuerdas los escritos de la zona más antigua del Santuario? Los que estaban en tan mal estado que había palabras que no se reconocían.

—Sí, antes de quedarme embarazada estuve trabajando con ellos. Hice transcripciones completas de algunos de ellos, pero al quedarme embarazada lo dejé porque estaban cubiertos de moho y aunque utilizaba guantes y mascarilla para manipularlos, me daba un poco de miedo que afectaran a nuestro chiquitín, o chiquitina, de alguna manera.

—En ellos aparecían relatos de una antigua pitonisa que podía predecir el futuro, pero solo cuando algo malo iba a suceder. Se desmayaba, igual que le pasa a tu madre. Deberíais echarles un vistazo —dijo Anur.

—Ya sé a cuales te refieres. ¿Tienes las transcripciones? Los revisaré todos esta tarde. Si no os importa, prefiero empezar por los que están en mejor estado —dijo Alel, poniendo cara de asco. Todos se rieron con su ocurrencia.

Cuando salieron de la casa de sus amigos, Alel iba cargado con unos cuantos libros. Pasaron por casa de Iram y Lía. Alel se quedaría cuidando de Lía, mientras repasaba los libros, y Nora e Iram “pasearían” por los jardines con el “regresado”.



Entraron en la habitación de Haer. Lasir le había dejado “dormido” con su magia. Le despertaron.

—Hola Haer, yo soy Nora y mi compañera se llama Iram. ¿Te apetece dar un paseo por los jardines? Intentaremos averiguar qué te pasó y te

explicaremos dónde te encuentras.

—Me da la sensación de haber dormido un día entero. —Se despezó en la cama—. No sé dónde estoy ni cómo he llegado hasta aquí.

El muchacho paseaba en medio de las dos mujeres, estaba demasiado tranquilo. Ni siquiera los regresados que recordaran el lugar y su antigua vida Mut al pisar el pueblo estarían tan tranquilos. Había algo raro en su forma de comportarse.

El anciano del Consejo estaba sentado en un banco cerca del estanque. No miraba hacia donde ellos estaban, no le hacía falta. Los años le habían hecho controlar perfectamente su habilidad. Entró en la mente del muchacho, pero solo en la del muchacho. No quería conocer los pensamientos de ninguna de las dos mujeres, sería algo muy deshonesto por su parte. Se había llevado muchos disgustos entrando en la mente de personas a las que quería. Todos necesitan su parcela de intimidad, todo el mundo posee “pequeños grandes” secretos.

El anciano había entrado en muchas mentes, muchísimas, incluso en alguna humana pero en esa ocasión lo que halló en la mente del muchacho era sorprendente. Era como si no pudiera pensar, es decir, en su cabeza solo se repetían una y otra vez los acontecimientos que Lasir había fabricado para él. No había nada más. Y, sí, era humano.

Mientras conversaban con él, Nora e Iram se miraban de reojo. Era un tipo muy extraño. Repetía constantemente las mismas frases y no lograban sacarle de aquel estado. Estaba como abducido por algún extraño conjuro. Le acompañaron de nuevo a la habitación y le dejaron algo de comer y de beber.

—Nora, ¿has notado cómo el muchacho estaba excesivamente tranquilo al ir a recogerle a la habitación y según íbamos conversando se iba apoderando de él la angustia? Es como si él quisiese hablar, pero algo le hiciese hablar todo el rato en bucle.

—Pobre. Parece que alguien hubiera grabado en su mente un discurso y fuera incapaz de reproducir ningún otro. Debemos hablar con el anciano para saber qué ha podido leer en su mente.

Salían por la puerta de los jardines y el anciano entraba.

—Iba ahora mismo a buscaros. Lo que me ha pasado al leer esa mente no me había pasado nunca. Es como si estuviese preso de algún tipo de conjuro, pero lo que sí puedo aseguraros es que no es un Mut.



El bosque de las Cascadas estaba muy alejado de la ciudad. Lasir llegó al bosque al atardecer, unas horas después de que llegara Haer. Le preocupaba aparecer en medio del pueblo pero eso no sucedió, había calculado su regreso a la perfección. Entró en una de las cuevas, estaba bastante escondida como para que nadie pudiera verla desde el camino. Había que caminar bastante trecho por el bosque y la montaña para llegar a ella y aunque alguien llegase hasta allí debería internarse bastante para llegar al cubículo en el que Lasir se había instalado.

Era su momento, no tendría otra oportunidad. Si esta vez salía mal sería su final, sabía que no la dejarían salir con vida de aquello. Por eso lo había planeado todo al milímetro.

Haer era prescindible, una vez le había servido para desviar la atención el día de su regreso ya no le servía para nada. Antes de partir a Mut, cenó con Haer y lanzó un conjuro sobre el muchacho. Él no podría pensar, ni recordar nada más que la historia que ella había decidido que contase. En la bebida de la cena le puso un veneno que acabaría con su vida en un par de semanas, un mes a lo sumo. En ese tiempo estarían tan ocupados intentando salvarle la vida y buscando cómo desentrañar el secreto del chico que ella pasaría desapercibida y cuando quisieran reaccionar sería demasiado tarde.

El tiempo que pasó en la Tierra había ido acumulando mucha sabiduría de los antiguos escritos. Había buscado en las tiendas de antigüedades amuletos e instrumentos sagrados que en otras manos no serían más que baratijas, pero en las suyas y en la ciudad de Mut serían armas poderosas. Aún así, para que su plan tuviera éxito debía robar una de las pequeñas figuras de Mut que estaba expuesta en el Templo. Esa parte del plan era la única que no había llegado a trazar. Aún no sabía cómo lograría hacerlo sin que nadie la viese. Dormía de día y trabajaba en sus conjuros y pócimas por la noche.

Una de las veces que fue con la policía al apartamento de Nora, intentando reconstruir lo ocurrido, pudo coger un peine del baño sin que los agentes se dieran cuenta. Tenía pelo de Nora y lo utilizaría para su plan.

CAPÍTULO IX

¿DÓNDE ESTÁ LASIR?

Nora e Iram iban por el camino a casa de Lía, en silencio, cada una metida en sus pensamientos. ¿Qué estaba pasando con el muchacho y con Lía? ¿Tendría todo aquello algo que ver con Lasir? Desde el camino ya se podía ver parte de la casa. En la entrada estaban Alel y Lía, Alel leyendo y Lía acariciando su pequeño gato.

—¿Qué tal, Mamá? —dijo Nora, besándole la frente, mientras se sentaba en el regazo de Alel.

—Bien, la verdad es que cuando tengo los desmayos me quedo un poco débil unas horas, pero luego me encuentro normal. ¿Qué habéis averiguado del muchacho?

—Solo sabemos que es humano y que no puede mantener una conversación coherente. Repite constantemente las mismas frases y lo peor de todo es que él es consciente de ello y se le nota angustiado —explicó Iram.

—Yo le he dejado a Lía una libreta para que la lleve con ella a todas horas. Si tiene algún episodio más de pérdida de consciencia debe apuntar en ella lo primero que se le ocurra al despertar. En estos escritos, la hechicera dice que aunque parezcan frases sin sentido, en cada pérdida de consciencia se da alguna clave para protegerse del mal que acecha y provoca los ataques. También dice que a veces escribía en idiomas desconocidos para ella.

—¿Dice si son peligrosas las pérdidas de consciencia? —preguntó Iram.

—No, en realidad es otra de las “habilidades” de nuestra civilización, lo que pasa es que esta es sumamente rara. En realidad, es una bendición porque nos avisa de los peligros.

—Cariño, debemos dejarlas descansar e ir a descansar nosotros también, ha sido un día muy duro. Me atrevo a vaticinar que los días que vendrán serán extraños.

Alel se levantó, recogió los libros y Nora y él se fueron a Palacio. Por el camino, Nora estaba más callada de lo normal. Sí que estaban sucediendo cosas, pero ella era del tipo de personas que cuando tienen una preocupación no hacen más que hablar de ella para intentar conocer otros puntos de vista y así buscar soluciones.

—Estás demasiado pensativa. ¿Me puedes contar qué ronda esa cabecita tuya?

—No paro de darle vueltas a la actitud del muchacho. Cuando llegó estaba tranquilo, yo diría que incluso arrogante, sin miedo. Pero en cuanto empezamos a intentar tener una conversación con él y notó que no podía hablar, se empezó a angustiar y aún así intentaba disimularlo.

—Por lo que dices, parece que supiera perfectamente dónde estaba y con quién se encontraría. Lo que no sabía era que no podría hablar más de la cuenta. Suena a hechizo para que no cuente algo que sabe. Además, solo otro Mut podría hacer que un humano llegase aquí. Todo apunta a que Lasir está detrás de todo esto.

—Pero entonces ella también está aquí, en Mut. Si no, el chico no podría haber entrado. ¿Dónde está Lasir?

Alel agarró más fuerte la mano de Nora mientras seguían caminando. No tenía respuesta para esa pregunta. Entraban por la puerta de Palacio cuando vieron a los abuelos de Nora a lo lejos. Era una pareja de lo más extraña: tenían la misma “edad” solo que Alma había envejecido por su estancia en la Tierra y Nasar lo había hecho mucho más despacio. Parecían madre e hijo, pero nunca había visto nadie que se quisiera y se respetase más que ellos dos. Se habían echado tanto de menos que no podían perder el tiempo.

—Hola, Abuelos. ¿Venís a cenar o ya lo habéis hecho?

—No. De hecho, os esperábamos para hablar de algo extraño que me ha sucedido esta tarde. Ya sabéis que me gusta ir al Templo de vez en cuando, y me suelo sentar debajo de una de las ventanas que dan a la parte trasera. Desde allí nadie me ve, puedo ver las montañas y, a la vez, también veo el interior de la Sala de las figuras de la Diosa. El caso es que me ha parecido que alguien intentaba entrar por una de las ventanas. Probablemente hayan pensado que no había nadie en la Sala, por mi manía de sentarme en el suelo, y cuando he preguntado si había alguien, he dejado de oír el ruido y he visto a alguien que se alejaba a la carrera.

—Pero... ¿Hoy es el día en el que pasan todas las cosas raras del mundo en Mut? No me lo puedo creer —gritó Nora.

Todo esto estaba empezando a afectarle de verdad. Sabía que si Lasir estaba de por medio, una de las dos tendría que morir, si no alguien más, y no le hacía ninguna gracia la idea.

—Nora, esto te está afectando más de lo que tu misma quieres reconocer. Vayamos a cenar, cambiemos de tema y luego descansarás. Mañana será otro día. —Le dijo su abuelo.

—Tenéis razón, cambiemos de tema, hablemos de cosas agradables. Mañana informaremos al Consejo de todo lo que hemos averiguado. Tendremos que enviar a algunos de nuestros rastreadores a inspeccionar los alrededores de Mut. Todos los lugares susceptibles de que alguien se pudiera esconder en ellos serán revisados. Si Lasir está en Mut, la encontraremos.

Tuvieron una cena agradable. Nasar les contó lo mucho que había mejorado todo desde que ellos estaban en Mut: la alegría de la gente, los niños jugando con sus “habilidades” en las calles, sin miedo. Incluso los animales estaban más contentos. También hablaron de Naira y Anur, solo le quedaba un mes para dar a luz. Sería el primer bebé de humanos que nacería en Mut. ¿Tendría poderes Mut?

Después de la cena se fueron a acostar. Alel se quedó dormido en seguida, pero a Nora le costó bastante y cuando logró dormirse, sueños extraños la acompañaron toda la noche. Despertó con unas grandes ojeras, adornando su bonito rostro.

—Alel, despierta. Dame un papel y un bolígrafo, por favor. ¡Rápido!

—Pero, ¿¡qué!?! Ah, sí... Sí, ya voy. —Le tendió un papel y un boli—. ¿A qué vienen tantas prisas, qué tienes que escribir?

Nora escribió una sola palabra en el papel y se la tendió a Alel.

—¿Seshat? ¿Por qué has escrito el nombre de la Diosa de la sabiduría?

—No lo sé, pero tenía que hacerlo. He despertado con ese nombre en la cabeza y algo me decía que tenía que escribirlo. Desde pequeña, me suceden este tipo de cosas. Seguro que es importante.

Alel se encogió de hombros, ya se estaba empezando a acostumbrar a este tipo de cosas de Nora. Al principio le sorprendía, ahora ya no le daba importancia. Era una caja de sorpresas. Ni ella misma era consciente de todas las “habilidades” que poseía. Había tenido que reprimirlas tanto tiempo en la Tierra que algunas de ellas no habían salido aún a la luz.

Normalmente, los Mut poseían dos, incluso tres “habilidades” que iban descubriendo en los primeros años de su vida y con la práctica las iban perfeccionando. Nora tenía muchas, tantas que ya había perdido la cuenta.

Cuando todo este lío pasara, había decidido que documentaría todos sus poderes en un libro.

Después de desayunar se reunieron en la Sala del Consejo. Allí estaba Iram.

—¿Qué tal habéis descansado? —preguntó Nora.

—Bien, tu madre... —Iram se giró para besar a Nora mientras le hablaba—. Nora, vaya ojeras... ¿Te encuentras bien? —Le dijo, posando la mano en su frente—. Parece que tienes un poco de fiebre.

—¿Fiebre? —Nora se tocó la frente—. Pues ahora que lo dices, puede que sí. No he dormido bien y me encuentro cansada.

—Alel, ¿cómo no te has dado cuenta de que Nora tiene fiebre? Llévala a acostar y yo mandaré al médico a visitarla a su habitación.

—Iram, espera. Quiero estar en la reunión del Consejo, solo es un poco de fiebre. Al acabar, me iré a acostar. Lo prometo.

Alel e Iram accedieron a que se quedara solo lo que durase la reunión y luego ellos mismos la acompañarían hasta la habitación.

La reunión se prolongó durante una hora y media. Contaron lo sucedido en el Templo y decidieron enviar rastreadores. Uno de los médicos de Mut estaba en la reunión y explicó que había estado viendo al muchacho regresado porque había tenido una crisis de ansiedad esa noche. Explicó al Consejo que él creía que estaba hechizado y también que el conjuro podría estar acabando con su vida. Era un tipo de conjuro muy raro. Los Mut por naturaleza eran seres incapaces de hacer daño a otro ser vivo, solo utilizaban su magia para defenderse. Ese conjuro no era uno de los que se usaran para defenderse, sino para provocar una muerte deliberadamente.

A Nora le daba vueltas la cabeza, cada vez estaba más convencida de que todo apuntaba a Lasir. Empezaron a sudarle las manos y notaba la boca seca. De repente, notó un sonido en sus oídos, como un tintineo, y se desmayó. El médico, al darse cuenta de lo que ocurría, ordenó que la llevaran a su habitación y una vez allí le hizo un chequeo. Cuando estaba tomándole el pulso, se despertó. Estaba muy confusa y hablaba palabras sin sentido. Parecía no reconocer a ninguna de las personas que estaban en la habitación y el médico decidió administrarle un sedante.

—Dormirá un par de horas. Ahora debemos dejarla descansar. Convendría que alguien se quedara con ella hasta que yo regrese. Volveré para ver cómo se despierta. Parece estar sufriendo una crisis de estrés, probablemente debido a los últimos acontecimientos, aunque no descarto que pueda ser algún tipo de

sortilegio. Si Lasir está detrás de todo esto, podría ser lo más factible.

Alel no podía, no quería que todo lo que estaba sucediendo fuera real. Lasir mató a su padre y ahora quería acabar con la vida de su compañera, su amor. No lo permitiría, él mismo acabaría con ella.

—Yo me quedaré con ella. Traeré aquí los manuscritos que deseo revisar y estaré pendiente de ella.

—¿Estás seguro, Alel? Si lo prefieres, puedo quedarme yo —dijo Alma, que había acudido rápidamente al enterarse de lo sucedido.

—No. Tranquila, Alma, yo me quedaré.

Cuando el médico salía por la puerta llegaba Naira a la habitación. Se la veía cara de preocupación y le costaba caminar con dificultad debido al avanzado estado de su embarazo.

—Pero... ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo te has enterado de que Nora se encuentra mal? —preguntó Iram, yendo a su encuentro y ofreciéndole una silla.

—He tenido un sueño esta noche en el que aparecía Nora con mi niña en brazos y de repente, las dos se desvanecían entre la nada. Me he despertado muy nerviosa y no me preguntéis por qué he sabido que le ocurría algo.

Todos los allí presentes se miraron con cara de incredulidad y preocupación. El médico decidió llevar a Naira a otra habitación para asegurarse de que el embarazo estaba bien.

—¿Podéis avisar a Anur de lo ocurrido? —Les pidió Naira—. Esta mañana se ha ido muy temprano al Santuario porque quería recoger los manuscritos necesarios para la investigación sobre el “regresado”.

—Yo le avisaré, Naira. Tranquila —dijo Alel—. Tengo que ir yo también a por unos escritos para revisar. Alma, ¿puedes esperar aquí hasta que yo regrese?

—Por supuesto, ve tranquilo.

De camino al Santuario, la cabeza de Alel no paraba de darle vueltas a todo lo que había sucedido en los últimos tiempos. Su civilización a punto de morir por culpa del reinado de Lasir, el regreso de Alma y con ella Nora, su chica, que había logrado devolver poco a poco el esplendor de los viejos tiempos a su tierra... Y ahora que parecía que todo se ponía en su lugar, ocurría esto...

—¡Anur! —llamó Alel—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí, en la sala Sekhmet!

El santuario estaba dividido en diferentes salas, cada una de las cuales albergaba escritos ordenados por antigüedad. El sitio era verdaderamente

impresionante. Las paredes estaban llenas de grabados con la historia de los diferentes Faraones, llenas de estanterías cubiertas de miles de rollos de pergaminos, y cada columna de estanterías estaba coronada por la figura de una Diosa diferente, de ahí el nombre de cada una de las diferentes Salas. Era un lugar de conocimientos maravillosos, el Paraíso de cualquier egiptólogo.

—Anur, debes ir inmediatamente a tu antigua habitación en Palacio. Naira vino a ver a Nora, porque ha sufrido un desmayo, y al llegar ella tampoco se encontraba bien. El médico le está haciendo un chequeo. Yo cogeré unos escritos y en seguida iré para allá.

Anur tiró todos los papeles que tenía entre las manos y salió corriendo, sin pronunciar palabra. Llegó a la habitación y entró sin llamar. Pero no consiguió pasar del umbral de la puerta. El médico le cogió por los brazos y lo sacó de la estancia.

—No puedes pasar, Anur. —Le dijo sujetándole con fuerza de los brazos.

—¿Qué ocurre? ¡Naira! —gritó— ¿Por qué no puedo ver a mi mujer?

—¡Tranquilízate! Naira está bien. Se ha puesto de parto, la están atendiendo las mejores. Ahora no puedes pasar, pero todo irá bien. Los Mut tenemos “habilidades” para este tipo de partos prematuros.

Anur se llevó las manos al rostro y rompió a llorar. Al instante se oyó también otro llanto pero este era el de un bebé. Anur se quedó blanco y el médico le sonrió. Alguien abrió la puerta y les dejó pasar. En la cama estaban Naira y la niña. Los tres se abrazaron llorando y entonces Naira le mostró su hija a Anur.

—Es perfecta. ¿Cómo te encuentras, Amor? ¿Has pensado ya un nombre para ella?

—Me encuentro feliz y cansada. Se llamará Seshat.

—¿Como la Diosa? ¿Cómo se te ha ocurrido ese nombre?

Entonces ella descubrió el hombro izquierdo de la niña y allí pudo ver que tenía la forma de una estrella grabada en él.

—Ahora lo entiendo, la estrella es igual que la que aparece en las representaciones de la Diosa.

Anur y Naira se besaron. Él cogió a la niña en brazos y Naira intentó descansar.

CAPÍTULO X

SESHAT

Lasir había conseguido ser una magnífica hechicera, a base de amuletos y antiguos sortilegios aprendidos en su estancia en la Tierra, a parte de sus “habilidades” propias de Mut. Una de ellas era la visión lejana. Si se concentraba, podía ver lo que sucedía a kilómetros de distancia. Ese día pudo ver como en Palacio estaban todos ocupados con el tema del regresado, así que era buen momento para intentar robar la estatuilla del Templo. Tardó una hora, a paso rápido, en llegar de las Montañas al poblado. Iba ataviada con una chilaba que la cubría de la cabeza a los pies. No era un traje muy habitual en Mut, pero algunos hombres y mujeres las llevaban. Con ella no llamaría demasiado la atención. Además, iría bordeando el pueblo por las zonas donde había menos gente paseando.

Entró por una de las ventanas del Templo, cogió la estatuilla y cuando estaba saliendo por uno de los ventanales, oyó que había alguien que la llamaba. Corrió lo más rápido que pudo, sin mirar atrás.

—Al fin te tengo, contigo seré capaz de todo. Contigo la mataré, sin tocarla siquiera.

Al llegar a su cueva era noche cerrada, comió algo y se acostó. Necesitaba todas sus fuerzas y una mente clara para lo que pretendía hacer. Al amanecer, despertó despejada, había dormido bien. Desayunó y comenzó con el ritual mágico. En una especie de altar de fuego colocó la estatuilla y en un sarcófago diminuto introdujo el pelo que tenía de Nora. Recitó palabras mágicas en un idioma muy antiguo, desconocido para los hombres e incluso para muchos Mut. Después, cogió una campanilla y empezó a tocarla al ritmo de las llamas, hasta que cayó desplomada en el suelo.

Se despertó al cabo de unas horas, le dolía todo el cuerpo. Miró la estatuilla y rio, rio como no lo había hecho en mucho tiempo. Había cambiado de color y la cara grabada en ella era la de Nora. El hechizo había salido bien.



Alma seguía sentada al lado de la cama de Nora, sujetándole la mano, cuando Alel llegó cargado de libros y papiros antiguos. Los dejó en la mesa que había al lado de la ventana y se acercó a Alma, la besó en la cabeza y agarró su mano.

—¿Alguna novedad desde que me fui? —preguntó.

—Nada, sigue dormida. Parece tranquila, pero... No sé... —Las lágrimas rodaban por las mejillas de la mujer. De repente, la puerta se abrió y entró Lía. Tenía la cara desencajada.

—¡Mi niña...! Mamá, ¿qué le está pasando a Nora? ¡Alel, respóndeme! —Entonces, se desmayó.

Entre los dos la tumbaron en el sofá que había en una de las esquinas de la habitación. Al cabo de un rato, abrió los ojos. Rebuscó en uno de los bolsillos y sacó la libreta que le había dado Alel el día anterior y como si estuviera aún sumida en un trance, comenzó a escribir. Escribió largo rato. Acabó la libreta casi por completo y al acabar cerró los ojos, pero esta vez fue un sueño tranquilo.

Alel y Alma miraron lo que Lía había escrito. Pero Alel no alcanzaba a entender lo que tenía delante de sus ojos, esta familia estaba llena de sorpresas.

—¿Desde cuándo conoce Lía la escritura de los antiguos? Ni yo mismo la conozco bien. Podría descifrar lo que pone, pero me llevaría demasiado tiempo y no lo tenemos. Anur sí que es un experto, ha traducido algunos de los escritos del Santuario. Pero Naira acaba de dar a luz y no creo que sea el momento de pedirle que lo haga.

—Primero, Lía no conoce la escritura de los antiguos y, segundo, ¿cuándo pensabas decirme que había nacido la niña? —dijo Alma, guiñándole un ojo—. Me acercaré a conocer a la niña y yo hablaré con Anur. Seguro que no le importará traducirlo. A fin de cuentas, la vida de todos nosotros podría depender de lo que ponga en esa libreta.

Alel se sentó en el escritorio y empezó a clasificar todos los papeles para empezar a leerlos en el orden que él creía más importante, sin dejar de mirar a las dos mujeres de vez en cuando.

Al cabo de un rato, apareció Anur con el médico. Mientras el médico hacía un reconocimiento a las dos mujeres, Alel felicitó al nuevo papá y le dijo que luego pasaría a conocer a la niña. También le enseñó la libreta que

había escrito Lía.

—Gracias, Alel. Naira y la niña están bien. Con los cuidados de las mujeres con “habilidades” de Mut, los partos prematuros aquí no suelen tener complicaciones. De hecho, dicen que los niños prematuros son especiales. ¿Sabías que Seshat, que así se llamará nuestra niña, ha nacido con la forma de una estrella en el hombro?

—Espera un momento, repite el nombre de la niña.

—Seshat.

—No me lo puedo creer. Nora, esta mañana nada más levantarse, me ha pedido un papel y ha escrito una sola palabra en él. —Alel sacó el papel del cajón del escritorio y se lo tendió a Anur.

Anur se quedó boquiabierto.

—¿Esto significa que mi niña está en peligro también? ¡Esto es de locos! ¿Qué tipo de locura es esta? No comprendo —gritó, dando un golpe en la mesa.

—Tranquilízate, los nervios no nos llevarán a nada. Todos estarán bien, a la niña no le pasará nada. Descubriremos lo que está sucediendo y acabaremos con Lasir.

—Sí, esto tiene que ser obra de ella. ¿Quién más podría ser tan cruel y tan poderosa a la vez? Déjame esa libreta y me pondré a traducir ahora mismo. No sabía que Lía conocía el idioma antiguo.

—Ni ella; es que no lo conoce.

—Mejor no pregunto —dijo Anur, sentándose en el escritorio con la libreta y empezando a traducir.

El médico le dijo a Alel que no había ningún cambio en Nora. Seguía en una especie de coma, el efecto de la sedación que él le había administrado ya hacía mucho que debería de haber pasado y tendría que haberse despertado. Por lo tanto, si seguía inconsciente y no respondía a estímulos, debía de ser por otro motivo. Pero de lo que estaba seguro es que era algo provocado por la magia, no era algo físico. En cuanto a Lía, que ya había despertado, solo estaba confusa por la impresión de ver a su hija así. En un rato se encontraría mejor.

Alel iba a ponerse a leer sus escritos cuando miró la cara de Anur y era todo un poema. Estaba blanco y muy concentrado en lo que leía en la libreta. Alel creyó intuir que no era algo malo lo que estaba leyendo. No quiso molestar y le dejó trabajar tranquilo.



Los dos chicos llevaban horas trabajando en silencio, Lía estaba sentada leyendo en un sillón que habían colocado al lado de la cama. Llamaron y se abrió la puerta de la habitación. Alma e Iram traían comida para todos.

Nora e Alel vivían en una de las habitaciones de Palacio y estas eran inmensas. La habitación estaba en la tercera planta, en ella había dos ventanales gigantescos por los que se podían ver las Montañas. Bajo uno de los ventanales estaba el escritorio repleto de papeles. En el centro de la habitación había un sofá y el sillón que habían puesto al borde de la cama. También había una gran mesa auxiliar que ahora les serviría para comer en ella. Al fondo estaba la gran cama y al lado de ella, en una habitación contigua, estaba el baño.

—Muchas gracias, ya empezaba a tener hambre —dijo Lía, levantándose a dar un beso a su madre y a Iram.

—¿Tanto tiempo llevo aquí? —dijo Anur dando un respingo en la silla, cogió un puñado de pan y un poco de fruta y salió pitando de la habitación a ver a Naira y la niña—. Volveré a la tarde. No cotillees, Alel, que te conozco.

Pusieron la comida en la mesa y se sentaron en el suelo a comer. Iram había estado toda la mañana con el muchacho y alguno de los mejores hechiceros de Mut, pero no conseguían saber qué era lo que le ocurría. Ya no hablaba, pero estaba consciente y sus ojos reflejaban una gran angustia, sabía que algo malo le estaba ocurriendo. Le pasaron hoja y papel pero sus manos tampoco respondían a su mente. Solo escribía la misma historia que contó a su llegada.

—¿De los exploradores se sabe algo? —preguntó Alel.

—Están revisando los alrededores palmo a palmo. Sabéis que nuestros exploradores no lo son solo por conocer el terreno. También los elegimos para ese trabajo porque pueden sentir presencias. Es decir, cuando llegan a una zona que desean explorar abren su mente a lo que buscan: si es un perro, sentirán si el animal está en los alrededores... Con Lasir harán igual, buscarán en su mente la presencia de alguna persona. Si está allí, la encontrarán.

—¿Has averiguado algo sobre lo que le sucede a Nora?

El muchacho negó con la cabeza, pero les contó lo que había sucedido con los escritos de Lía y también la casualidad con el nombre de la niña de Anur.

—Es cierto, he podido ver la estrella de Seshat en el hombro de la niña. Es exacta a la que aparece en las representaciones de la Diosa —apuntó Alma.

—Eso que dices es maravilloso. Es un buen presagio, la niña está tocada por la diosa de la escritura y la historia. Ella os guiará en la búsqueda de la solución en los antiguos escritos —dijo Lía—. ¿Tú qué tal te encuentras, cariño?

—Estoy preocupada por Nora. Si Lasir está detrás de todo esto, no creo que el hechizo sobre ella sea solo para dejarla dormida. Creo que intentará matarla. Hay que encontrar su escondite y ver qué le ha hecho a mi niña.

Después de comer, Alma le dió un poco de bebida y comida a Nora. Debían de seguir cuidando y alimentando su cuerpo aunque parecía que ella ya no estaba en él. Sus ojos estaban cerrados y de vez en cuando inquietos, pero no había ni rastro de Nora en aquel cuerpo. Su estado seguía igual, su rostro no reflejaba ningún sentimiento...

CAPÍTULO XI

DESCIFRANDO LOS ESCRITOS

Anur entró en la habitación con fuerzas renovadas y de muy buen humor.

—Veo que has sido obediente y no has tocado mis cosas. Te estás haciendo mayor, Alel —dijo con una sonrisa que se borró de su cara al ver a Nora en la cama en esa situación—. Siento tanto que no haya podido conocer aún a su sobrina, pero la conocerá. Ven, tengo que enseñarte lo que Lía ha escrito.

Anur le dio las hojas con la parte que había podido traducir. Su cara era un poema, de la curiosidad pasó a la alegría y de eso a la desconfianza. Alel estaba leyendo cuando llamaron a la puerta y al momento entró Naira con la niña en brazos. Los dos salieron corriendo hacia la puerta. Al darse cuenta, Lía se levantó del sillón de forma apresurada, dejando a Naira que se sentara en él.

Lía se acercaba sonriente para acariciar a la niña cuando, de repente, se dio la vuelta, se dirigió al escritorio y comenzó a escribir de nuevo en el idioma de los antiguos. Estaba como en una especie de trance.

Los tres se miraron desconcertados. Naira se percató de que por debajo de la mantita, a la altura del hombro de Seshat asomaba una tenue luz. Destapó el hombro de la niña y los tres vieron como la estrella brillaba con movimientos rítmicos acompasados con la escritura de Lía... Era como si la niña le estuviera dictando lo que tenía que escribir. Seshat dormía plácidamente en brazos de su madre y en cuanto Lía posó el lápiz en la mesa, la luz cesó.

—Traduce eso ahora mismo, Anur. Tu hija nos está queriendo ayudar.

No dijo nada, cogió la libreta y lo que acababa de escribir Lía y se puso a trabajar. Naira se acercó a Nora, cogió su mano y la puso encima de la pierrecita de Seshat. A Naira le pareció que Seshat sonrió cuando Nora la tocó.



Nora estaba dentro de una oscuridad total, no podía abrir los ojos ni moverse. Oía voces a su alrededor pero no distinguía lo que decían. Luchaba por ver, por activar alguno de sus músculos, pero no podía. Se sentía como si en cualquier momento fuera a ahogarse..., hasta que poco a poco consiguió entreabrir los ojos, aunque algo oprimía todo su cuerpo. Entonces vio a Lasir, que estaba sentada en una especie de cueva con los ojos cerrados y recitaba continuamente algo en un idioma antiguo. Era como un mantra.

Se fijó bien en la estancia: era lo que ella había pensado, era una cueva. Se veían las paredes de roca y candelabros en varios puntos de la estancia, que aunque daban algo de luz no era suficiente, todo estaba en penumbras. Había una especie de camastro en una esquina y restos de frutos secos y verduras en el suelo. También pergaminos antiguos y un pequeño espejo colgado en la pared... “*Un momento*”, dijo para sus adentros, fijándose más en el reflejo del espejo. No podía ser, debería estar viendo su reflejo en el espejo ya que estaba justo enfrente suyo, a la altura de sus ojos, pero lo único que veía era una estatuilla de la Diosa Mut. Aguzó la vista todo lo que pudo y se fijó en la cara de la Diosa y en la penumbra pudo distinguir que la estatuilla que veía era ella. Estaba atrapada dentro de la figura de la Diosa. Sintió como se le revolvía el estómago y las ganas de vomitar atravesaban su garganta pero tampoco pudo hacerlo. Era como si no tuviera cuerpo, la cabeza le daba vueltas y volvió a caer otra vez en manos de una profunda oscuridad...

Lasir podía sentir cómo los exploradores la buscaban. No había contado con eso, tenía que concentrar todos sus esfuerzos en que no la encontraran. Estaba furiosa y frustrada. “*¿Cómo podía haber pasado a los exploradores por alto?*”. Por culpa de ese fatal despiste no podía llevar a cabo la siguiente parte del plan. Debía estar concentrada y cerrar el paso a las mentes de los exploradores. No sabía si lo conseguiría, eran 5 mentes contra las que luchar y ella solo una.



Empezaba a oscurecer cuando Iram entraba por la puerta del cuarto. Alma y Lía miraban embelesadas cómo la niña dormía y Naira, Anur y Alel escribían y hablaban tan ocupados que se sorprendieron cuando ella les habló.

—No te habíamos oído entrar. Hemos descubierto cosas muy importantes, Iram. ¿Cómo se encuentra el regresado?

—No ha habido ningún cambio, los hechiceros siguen intentando saber qué

le ocurre y aún faltan un par de horas para que la expedición regrese. Contadme qué habéis descubierto,

—Pues para empezar, creemos saber dónde está Nora —dijo Naira—. Y también dónde está Lasir.

La cara de Iram era de absoluta sorpresa. ¿Cómo habían conseguido saber todo eso sin salir de la habitación?

—¿Lo habéis sabido por los escritos de Lía? —preguntó.

Los chicos le contaron lo que había sucedido con la estrella de Seshat al llegar Naira a la habitación y que, por alguna razón, la niña transmitía a Lía lo que esta debía escribir. En la segunda carta escribió que veía a Lasir en una especie de cueva y que Nora estaba atrapada en una estatuilla de la Diosa. El primero de los textos era esperanzador, pero había una gran parte del texto que no tenía sentido para ellos. Las primeras hojas decían algo así como que el mal estaba cerca, pero que un nacimiento y una desaparición conseguirían derrotarlo. El último párrafo era al que no le encontraban sentido...

“... En la oscuridad la luz debéis buscar, para acabar con el monstruo la única oportunidad, el báculo de Seshat el arma será...”

“... A la protectora vais a despertar, las cinco puntas de la Diosa encontrar y con ellas a la niña debéis tocar. La anciana proveerá...”

—¿Iram entiendes qué quiere decir todo esto? —preguntó Alel.

—Pues no sé ni por dónde empezar pero creo que se me está empezando a ocurrir cómo haremos que Lasir acabe consigo misma. Ella no sabe que hemos conseguido localizar su escondite. Cuando vuelvan los exploradores le haremos creer que no la hemos podido encontrar y que dejaremos de buscarla en las montañas. Pero el anciano consejero entrará en su mente sin que ella se entere y su arrogancia acabara con ella.

Los exploradores llegaron a Palacio sin noticias de Lasir y los miembros de Consejo que ya estaban al tanto de los planes de Lasir les ordenaron que empezasen a buscar por la zona baja del pueblo, en la zona del río. Los únicos que estaban al tanto de los planes para derrotar a Lasir eran el Consejo y la familia de Nora. No podían arriesgarse a que Lasir tuviera a alguien ayudándola desde dentro de Palacio. Cuando Nora llegó todos los que ayudaban a Lasir fueron capturados y la mayoría la seguía solo por temor, pero aún así no podían arriesgarse a que alguno de ellos se enterase de los planes de Palacio y decidiese ayudarla.

Mientras tanto, el anciano con el don de leer las mentes paseaba todos los días por la zona del poblado más cercana a las montañas y había localizado una sombra bajo un árbol desde donde podía contactar con la mente de Lasir sin que ella sospechara nada. Había descubierto que hablaba con la estatua de Nora y era bastante cruel con ella. Preparaba muchas pócimas y recitaba versos extraños durante gran parte del día. Lo apuntaba todo, cada detalle, cada cosa minúscula que hacía, hasta la ropa que llevaba puesta y observó que tanto de día como de noche nunca se quitaba un collar con un piedra verde en el centro. En una de las reuniones con Iram el anciano le comentó el tema del collar.

—He observado que Lasir no se quita nunca un collar, ni de día ni de noche. Aunque, la verdad, es que en esa cueva pareciese que siempre es de noche, nunca entra la luz del Sol. Ella sale muy poco pero creo saber exactamente donde está la cueva. Estos días está más nerviosa de lo que es habitual en ella y ha empezado a hablar sola continuamente.

—Estaría bien que perdiera la cabeza. Así nos resultaría más fácil acabar con ella —dijo Iram con una media sonrisa—. ¿Puedes dibujarme el collar para buscar información sobre él?

—Aquí mismo tengo un dibujo de él. Creí que te sería de utilidad.

Iram informó a los chicos sobre el collar. En el escritorio había cientos de papeles y escritos antiguos y la zona que había debajo del gran ventanal estaba llena de estatuillas de la Diosa Seshat, todas colocadas por tamaño y antigüedad. Habían subido todas las que encontraron en el Templo y el Santuario. Querían descubrir qué era el báculo de Seshat. En ningún escrito antiguo, ni en ninguna figura de la Diosa aparecía con báculo.

—¿Habéis descubierto ya qué es el báculo de Seshat? —preguntó Iram.

—Nada, estoy empezando a pensar que algo se nos escapa. Quizá deberíamos preguntar a alguna de las ancianas y ancianos del pueblo. Puede ser parte de alguna leyenda que no aparece en los escritos.

—Muy buena idea, Alel. Yo misma preguntaré esta tarde en el paseo con la niña. Se me acercan muchas mujeres a ver a la niña; es tan monísima que nadie puede resistirse a sus encantos —dijo Naira.

—Has comentado algo de un collar con una piedra verde. ¿Tienes algún dibujo de él, Iram?

Iram enseñó el dibujo a Anur y él, con cara de sorpresa, se puso a rebuscar entre un montón de escritos que había en el suelo, al lado del escritorio.

—Juraría que he visto este mismo collar en alguno de los escritos que

revisé ayer, pero no me detuve en los detalles ya que no estábamos buscando un collar. ¡Aquí está! —dijo levantando un papel con un dibujo exactamente igual al que Iram le había dado.

—Eres una caja de sorpresas, Anur. Tu mente es prodigiosa. ¿Te lo había dicho alguna vez? —dijo Iram abrazándolo y besando su mano.

—Sí, me lo habías dicho. Yo también te quiero —respondió con una gran sonrisa, henchido de orgullo.

—***“Collar protector de lo oscuro, sirve a los lacayos del mal. Si alguna criatura su poder quiere acaparar, la luz de la oscuridad debe despertar. Con el mantra su poder alimentará. Si los hijos del bien con él y su amo quieren acabar, el báculo deberán usar”***. —Leyó Anur en voz alta.

—Ahora entiendo —dijo Iram—. El anciano me dijo que Lasir repetía varias veces al día un mantra, el mismo siempre. Será para mantener activo el poder del collar... Vuelve a hablar del báculo y de la luz en la oscuridad. ¿A qué demonios se refieren con eso?

—Se nos acaba el tiempo. Si no conseguimos encontrar el báculo y descifrar los acertijos ella acabará con Mut y mantendrá encerrada a Nora toda la eternidad. Cada vez se va haciendo más poderosa... Escuchad lo que pone a continuación... ***“Durante diez amaneceres el collar alimentará. Si el décimo consigue acabar invencible, el mal se hará. Todo lo que desee en sus manos tendrá”***.

—¿Cuántos días lleva repitiendo el mantra? —preguntó Alel, nervioso.

—Pues suponiendo que no lo hubiera empezado a pronunciar antes de que los exploradores dejaran de buscarla, con el de hoy ya lleva 4 mantras.

CAPÍTULO XII

CINCO MANTRAS DE DIEZ

Naira paseaba con la niña por el parque que había cerca de la casa de Lía e Iram. Era una zona preciosa, todo Mut era muy bonito. El paisaje parecía sacado de una película antigua sobre oasis en el desierto. Las estaciones eran suaves puesto que los Mut podían controlar el clima. No había tormentas, solo lluvia suave cuando la necesitaban. En verano el calor no era excesivo y los inviernos eran fríos aunque no en demasía. Había abundante vegetación, plantas y animales. Las cosechas eran prósperas y los ríos de agua transparente tenían peces suficientes. El Palacio se levantaba majestuoso en la parte donde empezaba el pueblo. A partir del Palacio la ciudad se iba construyendo según las necesidades de sus habitantes. Las casas eran bajas, de una o dos alturas, todas ellas de fachada color arena. Habían construido parques cada cierto número de casas para que todos los habitantes disfrutasen de la vida social. A los Mut les encantaba relacionarse unos con otros y salvo alguna pequeña excepción todos eran bastante sociables.

Naira observaba el pueblo mientras la niña dormía plácidamente. Allí había nacido su hija y había conseguido ser feliz, pero echaba de menos a su familia. Se preguntaba si algún día podría volver a abrazar a sus padres y que conociesen a su nieta. También se preguntaba si Lasir no acabaría con todos ellos. Sacudió la cabeza, como intentando deshacerse de ese último pensamiento horrible, cuando una mano se posó en su rodilla.

—¡Tranquila muchacha! Esas ideas que pasan por tu cabeza no son más que miedos, debes alejarlos de ti —le dijo una mujer. La había visto más veces por el pueblo. Era una mujer mayor, aunque en su rostro aún se apreciaba su antigua belleza. Hablaba con serenidad—. Ahora hazme la pregunta que estoy deseando contestar.

Naira estaba confusa pero algo en su interior le decía que debía confiar en la mujer y, por alguna extraña razón, sabía la pregunta que debía de hacerle.

—¿Dónde puedo encontrar el báculo de la Diosa?

—Exacto, esa era la pregunta. Ahora yo te haré otra: ¿qué lleva siempre en la mano la Diosa que presta el nombre a tu niña?

—Pero... Eso es... Lleva una pluma de escriba. ¿Cómo hemos podido pasarlo por alto? ¡No puedo creer que no lo hayamos visto antes!

—Mi niña, a veces buscamos respuestas complicadas a acertijos sencillos. Cuando la mirada a lo lejos no te dé respuesta, busca cerquita y hallarás la solución. Una última cosa debo decirte: volverás a Karnak antes de lo que crees. —La mujer se levantó y después de dar un beso en el pie a la niña se marchó sin decir nada más.

Naira estaba confusa. ¿Volver a Karnak...? ¿Con todo lo que estaba pasando? Tenía que ir a Palacio a contarle a todos lo que había descubierto.

Ya en Palacio se dirigía a la habitación de Nora cuando, de una de las habitaciones de la primera planta, salió el muchacho regresado gritando y con los ojos en blanco. Detrás de él los hechiceros intentaban calmarle en vano. Naira se echó a un lado, con miedo de que pudiera hacerle algo a ella o a la niña. Él clavó sus ojos en Naira y le dijo solo una palabra antes de caer al suelo desplomado. Los hechiceros recogieron el cuerpo inerte del muchacho, negando con la cabeza, y noto tristeza en sus miradas.

Naira no había escuchado bien lo que le había dicho porque el muchacho no pronunciaba bien y además estaba lejos de ella cuando cayó al suelo. Todavía le temblaban las piernas cuando abría la puerta del cuarto de Nora. Intentaba descifrar lo que le había dicho pero no lo conseguía, estaba muy nerviosa.

—Cariño —dijo Anur, fijándose en la cara de Naira y su semblante cambió—. ¿Te ha sucedido algo? Siéntate, estás pálida como la nieve.

Naira se sentó y les contó lo sucedido con el muchacho. Les dijo que creía que había fallecido. Alma, que estaba en la habitación visitando a Nora, le trajo un vaso de agua.

—Bueno, descansa, seguramente no sería nada importante. Delirios de un moribundo. Desde que llegó no había podido decir más que lo que Lasir había programado en su mente.

Naira asintió con la cabeza y les contó la conversación que había mantenido con la mujer en el parque.

—Esa sí que es una historia importante —dijo Anur sin separarse de ella en ningún momento—. Eres maravillosa. ¿Cómo no habíamos pensado en la pluma de Seshat?

—“... *En la oscuridad la luz debéis buscar, para acabar con el monstruo la única oportunidad, el báculo de Seshat el arma será...*” —leyó Alel—. Ya sabemos que el báculo es la pluma de la Diosa, pero ¿qué pluma? ¿Y a qué luz debemos atacar?

—¡Esto es desesperante! —gritó Alma—. Cuando damos un paso adelante un muro se levanta a nuestros pies y vuelta a empezar. ¡Nunca podremos deshacernos de ese monstruo!

Todos se quedaron en silencio. En el fondo no había nada que pudieran responder a las palabras de Alma, era cierto. El tiempo corría en su contra. Solo le quedaban cinco días, es decir, cinco mantras. Si conseguía pronunciar el sexto estarían acabados.

Trabajaron en silencio lo que restaba de día sin apenas avanzar. El pesimismo se había adueñado de la habitación. El médico y uno de los hechiceros fueron a ver a Nora como cada día y cada día decían las mismas palabras: “*Nada ha cambiado en su situación*”. Les contaron que el muchacho había fallecido y que antes de morir había escrito “**Bazar de la luz**” en una libreta.

—¡Eso es! —gritó Naira—. Eso es lo que dijo el muchacho esta tarde antes de caer desplomado.

—Seguramente sería algún delirio sin sentido —apuntó el médico.

—No creo —dijo el hechicero—. Debéis buscar ese bazar, aunque en Mut no hay ninguno. Debéis ir arriba, a Karnak o a Luxor y buscar “El Bazar de la luz”.

—Pero ¿se puede ir y venir a antojo de la Tierra a Mut? —preguntó Anur.

—Hace muchos años que no nace ningún Mut con esa “habilidad”. De hecho, creo que no hay ninguno vivo. Pero en unos de mis libros creo que explican algo sobre ellos. Lo buscaré y os lo traeré mañana —dijo el hechicero.

El médico y el hechicero se fueron y Naira se fue con Anur también. Desde el nacimiento de la niña habían decidido instalarse en su antigua habitación de Palacio. Se fueron a descansar. Con la niña pequeña y el trabajo sin parar, examinando textos antiguos, estaban agotados.

Alma también se fue a dormir cuando Nasar vino a buscarla, unas profundas ojeras se marcaban debajo de sus ojos. Nasar besó con un cariño infinito a Nora y se llevó a su amada tomándola de la mano.

Alel se quedó solo en aquella habitación que siempre estaba llena de gente por el día, pero que a la noche se volvía fría como la nieve. El cuerpo de Nora

estaba en la cama pero ella no estaba allí. Como cada noche, él se acostaba al lado de ella y la abrazaba, aspiraba su olor y hablaba con ella de todo lo que había sucedido durante el día y así se quedaba dormido, llorando, noche tras noche. En la cueva de Lasir una estatua también lloraba sin lágrimas todas las noches.

Esa noche Alel tuvo infinidad de pesadillas que le despertaban sudoroso cada pocas horas. Hasta que, cansado, se levantó y se sentó en una silla en frente del gran ventanal desde el que se veían las montañas y rogó que se hiciera de día. En ese instante no supo distinguir si estaba despierto o dormido. Imaginó... o soñó... o vio la cueva de Lasir. Estaba en penumbra. Solo una luz iluminaba muy suavemente la estancia. Se fijó bien de dónde provenía la luz pero no lograba ver nada en aquella oscuridad; de repente, la luz se apagó. Alel no veía nada en absoluto hasta que la luz volvió otra vez. Giró la cabeza y vio cómo Lasir se movía en la cama... La luz estaba allí. La piedra de su collar emitía una tenue luz... Esa era la luz en la oscuridad. Entonces, Alel despertó. Por el gran ventanal, el cielo rojo despertaba a un nuevo día.

Alel besó a Nora, le peinó el cabello y la perfumó. Le dio un poco de agua con ayuda de una jeringuilla. Se metió en la ducha y el agua caliente le reconfortó. Por primera vez desde hacía muchos días el puzzle empezaba a encajar sus piezas.

Estaba tomando un café mientras observaba un gran mapa de la población de Karnak. Buscaba dónde podría estar el “Bazar de la luz”. Llamaron a la puerta y entraron Lía e Iram. Ellas siempre eran las primeras en ir a saludar a Nora. Lía se quedaba con ella toda la mañana e Iram iba a trabajar con el Consejo, intentando averiguar más cosas sobre lo que Lasir pretendía. Alel les contó los descubrimientos del día anterior y también el extraño sueño de esa noche.

—¡Maravilloso, al fin buenas noticias! —Iram abrazó a Lía con todas sus fuerzas—. Te dije que poco a poco lo conseguiríamos.

—Entonces ya sabemos que hay que destruir el collar de Lasir con ayuda del báculo de Seshat. Pero, para ello, alguien deberá encontrar el Bazar de la luz en Karnak, encontrar una pluma de escriba que no sabemos ni cómo es y volver a entrar en Mut. Lo siento, Iram, pero yo no soy tan optimista como tú. —Le contestó Lía mientras una lágrima caía por su mejilla.

—Lo conseguiremos. El hechicero me traerá hoy unos escritos donde se explica cómo algunos de los Mut podían salir y volver a entrar en Mut a su

antojo.

No acababa de pronunciar la frase cuando el hechicero entraba por la puerta con un libro antiguo. La portada era azul, con letras en verde esmeralda que decían “*Las habilidades de la civilización Mut*”.

—Aquí tienes lo que te prometí, Alel. ¿Alguna novedad con Nora?

—Todo igual desde anoche. Muchas gracias por el libro, ahora mismo me pondré con él. El tiempo es oro.

—De nada, estamos en vuestras manos —dijo el hechicero, saliendo por la puerta de la habitación.

—Ponte con ello ahora mismo, solo nos quedan cinco mantras y uno de ellos debe de estar a punto de acabar. Lasir suele pronunciarlos a primera hora de la mañana.

Alel se sentó en el escritorio, Lía se tumbó al lado de su hija en la cama e Iram se fue a intentar averiguar dónde estaba ese dichoso Bazar en Karnak. Había decidido que sería ella la que iría a Karnak pero el destino no la dejaría ir sola.

A media mañana llegaron Anur, Naira y la niña. Alel les contó lo que había descubierto y también les dijo lo que había encontrado en el libro del hechicero sobre los Mut que salían y entraban de la ciudad. Según ese libro siempre eran mujeres las que poseían esa “habilidad”. No se sabía por qué los hombres no podían entrar y salir de Mut. Además, las mujeres que gozaban de ese privilegio no poseían ninguna otra “habilidad”, solo esa. Y todas tenían una marca de nacimiento en alguna de las partes de su cuerpo.

—Pero... eso quiere decir que la que puede salir es Seshat. Pero ella no puede ir sola y es muy peligroso. ¡Pero por qué tiene que ser todo tan complicado! —gritó Anur.

Entonces la niña dio un respingo en brazos de su madre y la estrella de su brazo comenzó a brillar como la vez que Lía había escrito. Lía se levantó de la cama y comenzó a escribir. Cuando acabó le tendió lo escrito a Anur y despertó del trance.

—¿Por qué me miráis todos así? ¿Lo he vuelto a hacer? —preguntó.

—Sí. Tú y mi hija hacéis lo que os da la gana —dijo Naira, sonriendo.

Anur se puso a traducir la hoja y Alel siguió leyendo el libro del hechicero. Al cabo de un rato Anur levantó la vista de la hoja y comentó.

—Nuestra hija habla con nosotros por medio de Lía, ¿cómo lo ves Mamá? —Le dijo a Naira—. En la hoja pone que tú y yo deberemos salir a buscar el báculo y que ella debe ir con nosotros. Sin ella no podremos salir ni entrar en

Mut.

—Pues no hay más que hablar. Iremos a Karnak, encontraremos el báculo y regresaremos para acabar con Lasir. Alel, ¿ya sabes cómo y por dónde debemos salir?

CAPÍTULO XIII

BAZAR DE LA LUZ

Pasaron el día entero organizando el viaje de ida y vuelta a Karnak. Debían de cambiar un poco su aspecto porque aunque había pasado ya tiempo desde su desaparición, sus caras habían salido en todos los noticiarios del país y alguien podría reconocerlos. Saldrían de Mut el día del amanecer del sexto mantra. Tenían como mucho tres días para encontrar el báculo y regresar con él a Mut. Debían acabar con Lasir la mañana del noveno mantra, el décimo ya sería demasiado tarde.

Iram también iría con ellos, se negó en redondo a dejarlos partir a ellos solos con la niña y cuando a Iram se le metía algo en la cabeza nadie podía hacerle cambiar de opinión. Además, les vendrían bien sus habilidades y conocía las callejuelas de la ciudad como la palma de su mano. Los Mut podían orientarse por todo Egipto sin ningún problema.

Alel había recopilado del libro toda la información necesaria para que pudieran salir y entrar sin problemas. Debían hacerlo por la orilla occidental del río. Cada uno de ellos llevaría una pulsera que no deberían quitarse hasta no estar de vuelta en Mut, todos excepto la niña: a ella no le hacía falta. Las pulseras brillarían al contacto con el agua y entonces empezaría su viaje.

Era noche cerrada en Mut, solo se veían las luces de las linternas. Naira llevaba a la niña atada a su pecho con un pañuelo largo a modo de portabebés, Anur y Lía sujetaban fuertemente sus manos cuando la estrella de Seshat comenzó a brillar. La niña dormía plácidamente apoyada en el pecho de su madre con una sonrisa en los labios. Las pulseras empezaron a brillar también y en unos segundos los cuatro se desvanecieron en el aire.

Una sensación de miedo y esperanza invadió a los que allí estaban. Regresaron a Palacio con un nudo en el estómago. Los siguientes días serían largos.

En cuanto las pulseras empezaron a brillar en la oscuridad un cosquilleo

recorrió el cuerpo de los tres y una sensación de agotamiento los invadió hasta que quedaron sumidos en una especie de sueño. No sabrían especificar cuánto duró ese sueño, pero despertaron sentados en la orilla del Lago Sagrado de la Media luna. Se miraron sonriendo unos a los otros, comprobando que la niña estaba bien y partieron a la ciudad en busca de un lugar donde dormir. Alquilieron una habitación triple en un hotel a las orillas del Nilo, muy cerca del Recinto de Mut. Preguntaron al recepcionista por algún bazar en el que comprar antigüedades y si conocía alguno llamado Bazar de la luz. El recepcionista, con desgana y muerto de sueño por las horas de la madrugada que eran, sacó un mapa, redondeo una amplia zona en rojo y les dio la llave de la habitación, desapareciendo sin decir ni adiós.

Al llegar a la habitación se acostaron un poco y acomodaron la pequeña bolsa de mano que llevaban con algo de ropa para los días que durase el viaje.

—Lo conseguiremos —dijo Naira. La habitación estaba oscura pero la estrella de Seshat se iluminó solo una vez.

—Nuestra pequeña dice que sí. Salvaremos a Nora —respondió Iram.

A la mañana siguiente, no muy temprano, bajaron a desayunar al comedor del hotel. Estaban despiertos desde hacía unas horas pero no querían levantar sospechas. Tres adultos con una niña que llegaron de madrugada y se levantaron a primerísima hora de la mañana no sería algo muy normal.

El desayuno estaba muy rico. Aunque el hotel no era nada del otro mundo, estaba limpio. Partieron a la zona redondeada en rojo por el recepcionista. Anur había dejado crecer su barba y una gorra tapaba su rostro. Naira llevaba chilaba y velo que le cubría prácticamente toda la cara, Iram también vestía igual pero sin velo. A ella no la estaba buscando nadie.

Recorrieron los bazares de la zona preguntando por el “Bazar de la luz” pero nadie conocía ninguno con ese nombre, hasta que una niña que pasaba por allí se los quedó mirando y sonriendo dijo.

—Hola Iram.

Se miraron unos a otros con cara de asombro hasta que Iram miró detenidamente a la niña y contestó.

—Laila... ¿De verdad eres tú? No os preocupéis es una Mut. —Les dijo— Olvidáis que soy la encargada de recibir a los regresados. Soy capaz de reconocer a prácticamente cualquier Mut que haya existido.

La niña parecía confusa, seguramente ni ella misma sabía por qué había pronunciado ese nombre ni por qué conocía a Iram. Iram la tomó de la mano con suma delicadeza, le pidió que cerrara los ojos y sus mentes se unieron en

los recuerdos comunes. Al abrir los ojos, la niña estaba más tranquila.

—Ahora lo entiendo, desde pequeña he hecho cosas un poco raras. ¿Qué hacéis aquí? ¿Puedo ayudaros?

—¿Conoces algún bazar llamado “Bazar de la luz”? —preguntó Anur.

—Bazar de la luz... no me suena. Pero hay un lugar cerca de aquí en el que hay miles de cristales que brillan con la luz y la tienda parece mágica, inundada de luz durante todo el día. ¿Podría ser ese? Os enseñaré donde está.

—Laila, deberías ir con tu familia. Ya llegará tu momento de regresar a Mut.

—No tengo familia. Bueno sí, unos tíos, sí a eso se le puede llamar familia. Me obligan a pedir en las calles. Si desapareciese de sus vidas seguro que les haría un gran favor. —Las lágrimas resbalaban por el rostro de la niña.

—Vendrás con nosotros y no se hable más. Ya nos las arreglaremos para colarte en el hotel sin levantar sospechas y te llevaremos de regreso a Mut —dijo Naira. Su cara decía claramente que la decisión estaba tomada y nada la haría cambiar de opinión.

—Supongo que al ser Mut no necesitará pulsera para regresar. Lo que no se puede hacer es entrar en Mut y volver a salir a antojo, pero los regresados vuelven la primera vez con solo tocar el agua del Lago Sagrado. ¡Funcionará! —gritó Anur. Sin controlarse demasiado porque unas señoras que pasaban por su lado le miraron con cara de reprobación.

Todos se miraron y se rieron entre dientes.

Habían pasado toda la mañana recorriendo la zona de los bazares así que pararon a comer algo antes de dirigirse a la tienda de la que les había hablado Laila. Desde ese momento la niña ya no se separó de ellos. Decidieron que si la cosa se alargaba iría a casa de sus tíos a dormir pero que el resto del tiempo estaría con ellos y volvería a Mut como “regresada”.

—¿Cuál es tu “habilidad Mut”, Laila? Porque tendrás una —preguntó Iram.

—Si por “habilidad” te refieres a que sé decir palabras del revés, esa es una de mis “habilidades” —contestó Laila confundida.

—Se me olvidaba que aunque me has reconocido tú no has estado nunca en Mut y tus recuerdos y “habilidades” aquí son muy débiles. —Iram le explicó un poco sobre la historia de Mut y los particulares poderes de sus habitantes —. Supongo que cuando regreses a Mut tus “habilidades” aflorarán, aunque creo que una de ellas será reconocer a los Mut como yo.

La niña parecía orgullosa de parecerse a Iram y la verdad era que habían conectado desde que se vieron por primera vez; no en vano Iram y la niña

habían sido muy amigas en la anterior vida Mut de la muchacha. Después de comer, la niña les llevó a la tienda de la luz. Era un lugar impresionante, estaba especializado en toda clase de figuras de cristal, lámparas, espejos, estatuillas... Por su ubicación el Sol lo iluminaba por entero prácticamente desde su salida hasta el atardecer y la luz de todos sus diminutos cristales iba cambiando de color según pasaban las horas. Con el rojo del atardecer debía de ser impresionante. Era uno de los lugares más mágicos y bonitos que cualquiera de ellos hubiera contemplado jamás. Entraron en la tienda con la boca abierta y los ojos abiertos como platos. Hasta Seshat, que estaba dormida en el pecho de su madre, abrió los ojos. El dueño de la tienda, que era un hombre bajito y de rostro agradable, estaba acostumbrado a ese tipo de reacción, así que les saludo con una gran sonrisa.

—Buenas tardes. Si puedo ayudarles en algo no tienen más que llamarme a mí o a mi mujer. Estaremos cerca.

—Gracias, señor. Echaremos un vistazo y si necesitamos algo le diremos —contestó Iram. Pensó que allí encontraría algo para regalarle a Lía.

Pasaron un par de horas en la tienda. Era muy grande y había tanto que ver... Laila les comentó que ella misma pasaba las horas mirando y rebuscando entre los miles de objetos maravillosos, aunque nunca tenía dinero para comprar ninguno. Cuando pasaban por una de las estanterías repletas de cestas con miles de estatuillas y figuritas de cristal, la estrella de Seshat empezó a brillar con una luz muy suave. Solo su madre pudo notarlo y tapó el hombro de la niña con cuidado. Entre susurros detuvo a Anur y le dijo lo que pasaba. Era como si la niña les estuviera avisando de que allí estaba el báculo. Revisaron cada una de las cestas hasta que al fin encontraron una pequeña figurita de la Diosa que portaba una pluma que se podía quitar de la mano de Seshat y utilizarla como pluma de escritura. Les pareció que la estrella de la cabeza de la Diosa brilló al cogerla de entre todas las demás figuras. En ese momento el hombro de Seshat dejó de lucir.

—¡Lo tengo! Quiero decir, esto es lo que me compraré. ¡Es preciosa! —dijo Naira, disimulando.

Compraron la figurita. Iram compró unos pendientes para Lía y otros para Laila. La niña no cabía en sí de gozo, era el día más feliz de su vida. La mujer del dueño les cobró, les dijo que esperaran un momento y entró en una pequeña trastienda. Al salir miró a Naira a los ojos y le entregó algo.

—Querida, el presente que te entrego no debes abrirlo hasta que regreséis a la ciudad sagrada. Al descubrirlo, recordad el texto de los antiguos. Es muy

importante que no lo descubráis a la luz aquí en la tierra. Si lo hacéis perderá sus poderes. ¡Ah!, y tapa bien a la niña, no vaya a coger frío. —Entonces volvió a entrar en la trastienda y a Naira le pareció que la luz del hombro de su hija había emitido un pequeño destello.

—¿Qué te ha dicho? —Le preguntaron Anur e Iram.

—Nada. Solo quería ver a la niña, ya sabéis que los bebés son irresistibles y mi niña más. —Prefirió no decirles nada del regalo. Le harían abrirlo y, por alguna razón, ella confiaba en la palabra de la anciana.

Paseaban charlando animadamente de camino al hotel. Ya estaba oscureciendo cuando, de repente, dos muchachos de unos 15 años se pusieron al lado de Naira y, dándole un empujón que casi le hizo caer al suelo, le quitaron el paquete que le había entregado la dueña de la tienda. Anur salió corriendo detrás de ellos pero los perdió en seguida por los callejones.

—¿Qué es lo que te han quitado? Al menos no ha sido la estatuilla —dijo Iram.

—Debemos recuperarlo, es importante. Vayamos al hotel, ya es tarde y necesito descansar. Allí os explicaré todo.

—Yo os puedo enseñar dónde viven. Les he reconocido, son unos gamberros que roban y luego revenden lo que pillan.

—Es tarde, debes volver a casa de tus tíos para no levantar sospechas. Mañana nos veremos aquí a primera hora y nos ayudarás a encontrarlos. Cuidate. —Iram se despidió de la niña dándole un beso en la frente—. Guarda los pendientes. Si te los ven te los quitarán y harán preguntas.

Laila caminó con desgana de camino a casa de sus tíos. Se iba quitando los pendientes por el camino mientras pensaba que, a lo mejor, en toda su corta vida nunca se había sentido tan arropada por la gente que la rodeaba como aquella tarde. Entró en el pequeño cubículo en el que vivía con sus tíos y dos de sus primos, saludó bajito y se fue a la cama sin cenar. Nadie le hizo ni caso. Había aprendido a pasar desapercibida en aquella casa y cualquier excusa era buena para que le dieran una buena tunda. Escondió los pendientes entre su ropa interior y se echó a dormir. Esa noche el hambre no la despertaría a medianoche, había comido y merendado con los chicos, mejor de lo que lo había hecho nunca.



Al llegar a la habitación del hotel, Naira dejó a la niña en la cuna y les contó lo que había pasado en la tienda.

—No consigo entender por qué no nos habías dicho nada. ¿Por qué, Naira?

—La anciana me lo dio con mucho sigilo y tenía miedo de que quisierais abrirlo. Fue muy clara, no debía de darle la luz del Sol hasta que regresásemos a Mut.

—Pero vinimos a por el Báculo y ya lo tenemos. Deberíamos irnos hoy mismo —dijo Anur enfadado.

—No, Anur. Si Naira cree que es importante, haremos caso a su instinto. No creo que sea muy difícil recuperar lo que sea que le haya dado la anciana. Les pagaremos para que nos lo devuelvan y al anochecer regresaremos a Mut. Solo esperemos que no lo expongan a la luz del Sol. Ahora descansemos, que ya sabéis que de día Seshat no hace más que dormir, pero en breve empezará a protestar y habrá que hacer turnos para cuidarla. Me pido ser la primera —dijo sonriendo. Le encantaba estar con la niña.

Cuando Iram y Naira despertaron Anur estaba sentado en un pequeño sillón, dormido con la niña en brazos. Le había tocado la última “guardia”. Estaban tan monos los dos dormidos.

Naira preparó un biberón y la niña se lo tomó enterito. Salieron del hotel después de desayunar algo. Llegaron al lugar donde habían quedado con Laila la noche anterior, pero la niña no aparecía.

—No te preocupes, Iram, esperaremos un poco. Seguro que está a punto de llegar —dijo Naira, notando la preocupación de Iram.

—Sí, enseguida llegará. No debo preocuparme.

—¡¡Uuuh!! —dijo alguien agarrando por la cintura a Iram.

—¡¿Pero?! —Iram se dió la vuelta con cara de sorpresa—. Menudo susto me has dado, granujilla. —Era Laila. Al verla, Iram la abrazó con fuerza.

—He ido a la caseta abandonada donde duermen los hermanos que os robaron ayer. Tranquilos, no me han visto. Estaban durmiendo y he podido ver el paquete sin desenvolver en el interior de la caseta. Por eso he llegado tarde.

—No debías haber ido sin nosotros. Ahora dinos dónde está exactamente e iremos Anur y yo. Vosotras os quedaréis esperando en esa cafetería de la esquina. ¿Has desayunado?

—No —dijo la niña bajando la cabeza.

—Pues ahora desayunarás conmigo mientras esperamos a que ellos vuelvan. No sería buena idea ir con dos niñas a negociar con los ladronzuelos, podrían ponerse agresivos.

Iram y Anur siguieron las indicaciones que les había dado Laila para encontrar el escondite de los dos ladronzuelos y al cabo de un rato apareció al

fondo de un callejón. Entraron con cuidado, aún estaban dormidos, pero por más que buscaban el paquete por la desordenada cabaña no lo veían. Anur decidió despertar a uno de los chicos.

—Oye tú, muchacho —dijo dándole unos golpecitos en el hombro.

—¿Qué? —dijo el muchacho abriendo un ojo de mal humor. Cuando vio a los dos extraños en la cabaña despertó de un salto y su hermano también.

—No os pongáis nerviosos, solo estamos buscando un paquete que perdimos ayer. Os agradeceríamos que nos lo devolviérais. Os pagaremos por él.

—No recuerdo a qué paquete te refieres —dijo uno de los hermanos.

—Yo te refrescaré la memoria. Lo perdió una mujer que llevaba un bebé en brazos. —Iram deslizó un billete por entre sus dedos— ¿Vas recordando algo ya?

—Creo que sí —dijo, cogiendo el billete a la velocidad del rayo—. “Encontramos” un paquete ayer pero no sé dónde puede estar. Ayer lo dejamos encima de ese montón de revistas y ya veis que no está.

Encima de las revistas había un montón de polvo con lo que parecía la forma de una estrella y de repente, al mirar hacía ellas, una suave brisa hizo que la estrella de polvo se desvaneciera.

—Creo que dicen la verdad —dijo Anur, cogiendo por el brazo a Iram y salieron de aquel cubículo apestoso.

Iram y Anur fueron a la cafetería y le contaron lo sucedido a Naira y a la niña.

—Entonces debemos ir de nuevo a la tienda. Quizás la anciana nos pueda decir algo de lo sucedido con el paquete —propuso Naira.

Cuando entraron por la puerta el hombrecillo de cara agradable del día anterior les reconoció al instante. A su lado estaba una mujer bajita y regordeta.

—¡Qué cosita más preciosa! —dijo la mujer, mirando con cara de embelesada a la niña que dormía en el portabebés que llevaba Anur atado a su pecho—. Los nuestros ya son mayores y no nos quieren dar nietos. ¿Verdad, cariño? —dijo mirando al dueño.

Los cuatro se miraron extrañados. Pensaban que la mujer que les había atendido el día anterior era la mujer del dueño. Laila nunca había visto a ninguna de las dos mujeres. Al fin y al cabo, ella solo miraba, nunca había tenido dinero para comprar nada en aquella tienda.

Naira le preguntó a la mujer si la tienda era solo de ellos dos,

argumentando que estaba muy limpia y ordenada para lo grande que era. La mujer, llena de orgullo, le dijo que no, que la tienda la llevaban entre ella y su marido, y que únicamente una de sus hijas les ayudaba algunas mañanas. Ella cada vez estaba menos en la tienda y había días que ni siquiera aparecía por allí.

—Ayer una anciana que había en la tienda se acercó a mi niña y me gustaría verla antes de irnos. Era una mujer muy agradable. —Naira les describió a la anciana.

—No me suena de nada. Cariño, ¿tú viste ayer alguna anciana por aquí cuando estaban los muchachos comprando? —preguntó la mujer su marido, el dueño.

—No, solo turistas jóvenes, ninguna anciana.

Todos salieron de la tienda, entonces qué podían hacer. Estaba claro que tenían que encontrar el paquete. Alguien se había tomado muchas molestias en entregárselo y en protegerlo. ¿Por dónde empezarían a buscar? Se les acababa el tiempo. Era el mediodía del séptimo mantra.

CAPÍTULO XIV

VERÓNICA

En Mut, mientras tanto, Lía se había instalado en la habitación de Nora. Hacía toda la vida entre esas cuatro paredes, no salía ni de día, ni de noche. Nasar y Alma pasaban muchas horas con ella, apoyándola en su sufrimiento. Alel se había instalado en el santuario y no salía de allí para nada. Leía y buscaba todo lo que pudiera ser importante para recuperar a Nora. Todos tenían la esperanza de que Nora volvería y conseguirían acabar con Lasir, pero los días iban pasando. Eran conscientes de que el trabajo en Karnak era complicado. También les preocupaba la salud mental de Alel. Si esa situación se prolongaba temían que pudiese perder la cabeza.

—Hola cariño, ¿han venido el doctor y el hechicero a ver a Nora?

—Sí, Papá, todo sigue igual. Espero que los chicos no tarden mucho en regresar. Hoy es el séptimo día. Mañana como muy tarde deberían estar de vuelta si queremos coger a ese monstruo por sorpresa.

—Algo me dice que mañana estarán de vuelta y pronto abrazaremos a Nora, ya lo verás.



Los chicos pasaron el día entero dando vueltas por Karnak, intentando localizar en vano a la anciana; era como buscar una aguja en un pajar. Naira se fue con la niña al hotel a descansar. Mientras, Anur, Iram y Laila buscarían un poco más hasta la hora de la cena. Abrió la puerta de la habitación y se fijó que la estrella de Seshat comenzaba a brillar. Entró rápidamente para que nadie se fijara en la luz.

—Hola, preciosa.

A Naira casi le dio un infarto al oír que alguien estaba en su habitación. Allí estaba sentada, en un sillón la anciana de la tienda. En esa ocasión se fijó bien y una tenue luz asomaba en la muñeca de la mujer, que se separó la manga

para que Nora pudiese ver mejor.

—¡Eso es una estrella de Seshat! Entonces tú eres una Mut.

Las luces de las dos estrellas brillaban al compás y con un movimiento de muñeca de la mujer, dejaron de brillar.

—Sí, mi querida niña. Soy una Mut, la única que queda tocada por la “habilidad” que nos concede la Diosa. Bueno, la única hasta que nació la pequeña.

—Entonces... ¿Por qué nunca te he visto en Mut? —preguntó Naira.

—Cuando Lasir ocupó el trono y todo se volvió oscuro en Mut decidí marcharme para no volver. Pensaba que todo seguía igual allí hasta que, hace unos días, paseando por la ciudad, algo me llamó a entrar en esa maravillosa tienda. Era como si una fuerza más fuerte que yo guiase mis actos. Debajo de un montón de baratijas encontré el paquete. Lo escondí y lo llevé a mi casa. Una vez allí, escribí en un papel, sin que mi mente guiara mi mano. Al acabar, en el papel estaba escrito lo que debía hacer.

—¿Y qué debías hacer?

—Ir a la tienda y darle este paquete a la mamá de la pequeña. —La anciana sacó el paquete de debajo de su túnica.

—¿Cómo es que tienes tú el paquete? —dijo sorprendida—, ayer me lo robaron.

—No lo sé. Esta mañana desperté y el paquete estaba a los pies de mi cama. Entonces decidí buscarte para entregártelo de nuevo. No fue difícil encontrar tu hotel, por aquí os ha visto bastante gente.

—Pues a ti parece que no te ha visto nadie. —Rio Nora.

—De dos chicas guapas, con un muchacho apuesto y una niña, se acuerda la gente, de una anciana no.

Nora mandó un mensaje al móvil de Anur diciéndole que la estatuilla estaba en la habitación y que regresaran al hotel. Esa noche partirían de regreso a Mut.

Estuvo contándole a la anciana todo lo sucedido en Mut en los últimos tiempos. Ella se alegró mucho de que las cosas fueran mejor y decidió regresar con ellos. No se adaptaba muy bien a la vida en Karnak y quería acabar sus días en Mut.

Iram y Anur se sorprendieron al ver a la anciana en la habitación. Naira les había dicho que estaba el paquete pero no les había dicho cómo lo había encontrado. Iram reconoció a la anciana de haberla visto alguna vez por Mut. Naira les contó todo lo que había sucedido con el paquete, charlaron largo

rato sobre lo que estaba sucediendo en Mut. Aquella misma noche de madrugada partirían de regreso a Mut. La niña y la anciana volverían con ellos.

—He quedado con Laila en el Lago Sagrado a las 5 a.m. Es una buena hora para pasar desapercibidos. Debemos acostarnos pronto. Por cierto, ¿cómo has entrado en la habitación sin llave y sin que nadie te viera? —preguntó Iram a la anciana.

—Otra de mis “habilidades” es abrir las puertas sin necesidad de usar llave. Nunca se me ha resistido ninguna —rio— y entrar sin que nadie me viera es sencillo. Aquí una mujer anciana es invisible para todos, lo habéis comprobado vosotros mismos esta mañana cuando preguntabais por mí a la gente. —Esa última frase la dejó un poco triste.

—Cuando todo estaba tan mal en Mut mucha gente dejó de salir a las calles, por eso no te echamos de menos cuando decidiste escapar a la Tierra. —Le respondió Iram a modo de excusa, aunque sabía que debía hacer algo más por esa pobre anciana.

—No te excuses Iram, bastante teníais en Palacio con intentar arreglar todo lo que ese monstruo de Lasir hizo. Además la culpa es mía, he sobrevivido a toda mi familia, estoy sola y no tengo a nadie que me recuerde.

—Pues de ahora en adelante nosotros seremos tu familia. No volverás a sentirte sola nunca más. Tu nombre quedará grabado en los escritos para toda la posteridad como una de las personas que ayudó a acabar con Lasir. Yo me encargaré de ello —dijo Anur y la estrella del hombro de Seshat brilló un par de veces a modo de aprobación.

—Esta niña sí que sabe hacerse entender —contestó la anciana riendo, a la vez que unas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Rieron todos con la ocurrencia. La anciana no les había dicho cómo se llamaba.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Verónica. —Se notaba que para la anciana aquello era muy importante, hacía mucho tiempo que estaba sola y nadie pronunciaba su nombre.



Eran las 5 de la mañana en la orilla de Lago Sagrado y todos vestían de negro para pasar lo más desapercibidos posible. Iram miraba a todos lados nerviosa, buscando a la niña. Cuando la vio aparecer a lo lejos su rostro se

relajó.

Se cogieron todos de las manos, tocaron el agua del Lago y Naira pronunció las palabras que les llevarían de vuelta a su hogar. Las pulseras comenzaron a brillar, las estrellas de la Seshat y Verónica también. Laila apretaba tan fuerte la mano de Iram que le iba a cortar la circulación. Cerraron los ojos y al contacto frío con el agua apareció la oscuridad. Despertaron en la orilla del río en Mut, aún no había amanecido.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Anur, buscando a todos con la mirada.

—Si, bien —contestaron todos, uno por uno.

—Ahora debemos ir a Palacio, descansaremos un poco y por la mañana planearemos cómo acabar con ella. Tú vivirás con Lía y conmigo —dijo Iram, abrazando a la niña, que lloraba de agradecimiento—. Verónica, si quieres vivirás en Palacio o en tu antigua casa, lo que prefieras.

—Esta noche la pasaré en Palacio, si no os importa, y más adelante decidiré. He pasado demasiado tiempo sola y necesito compañía. Gracias a todos.

Llegaron a Palacio y los guardias avisaron a los miembros de Consejo, que salieron a recibirles. A las 9 de la mañana tendría lugar la reunión y aún podrían descansar un par de horas.

Era la hora de la reunión y allí estaban todos. Iram y Anur se preocuparon al ver aparecer a Alel, que tenía un aspecto horrible, sucio, despeinado y había perdido peso. El presidente del Consejo comenzó a hablar.

—Esta es la mañana del octavo mantra. Mañana deberemos actuar sin falta. En esta reunión decidiremos quiénes formarán parte del equipo que vaya a acabar con el mal y cómo se llevará a cabo. Les cedo la palabra a Iram y Anur para que nos cuenten lo que han averiguado en Karnak. Luego hablará Alel sobre lo que ha aprendido de los antiguos escritos y entonces trazaremos un plan.

Iram fue la primera en hablar.

—Como todos sabéis, Lía escribió en el idioma antiguo la forma de acabar con Lasir y despertar a Nora. Hemos descubierto que para acabar con la bruja debemos romper el collar que lleva permanentemente colgado al cuello y debemos hacerlo con esta pluma de escriba que hemos tenido que conseguir en Karnak. Aún no hemos podido descifrar el acertijo que libera a Nora de su prisión en la Diosa. Sabemos que la niña tiene que ver con su salvación y luego está este paquete que ha llegado a nuestras manos en este viaje, pero que aún no hemos podido abrir. Solo podíamos descubrirlo estando de vuelta en

casa.

Entonces sacó el paquete de una bolsa que llevaba a la cintura. Todos los presentes se arremolinaron para ver mejor de qué se trataba. Anur estaba a su lado y, con la mano temblorosa, abrió el paquete polvoriento y viejo. Entonces una luz salió de la caja e iluminó la estancia, deslumbrando a todos los allí presentes. Les costó unos segundos volver a fijar la mirada en la figura que Anur había sacado de la caja. Era una réplica exacta de la estatuilla en la que Nora estaba prisionera. Alel se hizo paso a empujones, hasta llegar donde estaba la estatuilla. Las lágrimas caían por sus ojos, cansados y ojerosos.

—¡Al fin! Durante vuestra ausencia he pasado muchas horas en el Santuario y encontré un antiguo manuscrito que hablaba sobre la estatuilla de la Diosa, en la que Nora está prisionera. El manuscrito decía que se tallaron dos estatuillas gemelas, pero no se fabricaron las dos a la vez ni por el mismo hechicero. Una de ellas se talló usando artes oscuras por mandato de un malvado faraón que la utilizó para encerrar en ella a su propio padre. La otra fue tallada con artes blancas por una hechicera Mut a la que recurrió la mujer del faraón para salvar a su amado. Había revuelto todo el Santuario buscándola.

—Entonces esta estatuilla es la que debemos usar para salvar a Nora, pero no podemos llevar a la niña a la cueva de Lasir, sería demasiado peligroso. Alel, tú esperarás con la niña fuera de la cueva hasta que te digamos que puedes entrar.

—¡Yo no esperaré fuera, Iram, ni lo sueñes! —gritó Alel.

—Sí lo harás, Alel. No podrías controlar tus sentimientos dentro de la cueva y debemos ser fríos para que todo salga a la perfección. Esa mujer tiene a tu compañera y mató a tu padre. ¡Tú no entrarás!, esperarás fuera y estaréis solos tu y la niña, también llevarás la estatuilla que nos dió Verónica. Así nos aseguraremos de que haces lo que debes mientras proteges a la Seshat.

—Harás lo que Iram dice, amigo mío. Confío en que no pondrás en peligro la vida de mi hija.

—Disculpadme. Anur, es todo un honor que me confíes a tu hija. No os defraudaré, pero devolvedme a Nora, por favor. —En ese instante se retiró a su habitación, con los ojos inundados en lágrimas. Anur se fue con su amigo, abrazándolo.

El consejo siguió la reunión y estudiaron hasta el más mínimo detalle del plan que la mañana del noveno mantra llevarían a cabo.

Lía paseaba por los jardines de Palacio con Laila. Habían hecho muy

buenas migas y era la única persona que había conseguido que se despegara, aunque fuera por unas horas, de la cama de su hija. La niña solo llevaba unas horas en Mut y ya había recordado bastantes cosas de su “otro yo”. Había sido la mejor amiga de Iram, pero no en su vida actual, sino en la anterior. La niña no había tenido una vida fácil: su padre había dejado embarazada a su madre, siendo ésta muy joven, y las había abandonado a las dos al poco de nacer la niña. Luego su madre enfermó y al fallecer tuvo que ir a vivir con sus tíos, que siempre la habían visto como un estorbo. Hacía mucho que nadie la trataba con cariño y por eso apreciaba tanto la vida “tranquila” en Mut. Para ella, aún con todo lo que estaba sucediendo, esa vida era mejor que lo que tenía en Karnak.

Alma, Nasar y Verónica charlaban en uno de los bancos que había cerca del estanque y cuidaban de Seshat mientras Naira descansaba, puesto que había dado a luz hace poco y todavía no estaba recuperada del todo.



Nora pasaba los días en un duermevela. Su cuerpo y su mente habían entrado en una especie sueño despierto. Era como si todo lo que le estaba sucediendo fuera un mal sueño. No notaba su cuerpo, solo podía oír la voz de Lasir pero muy débilmente, como si estuviera a años luz de todo y de todos. No sabía cuanto tiempo llevaba en ese estado, había perdido la noción del tiempo y si abría los ojos lo único que veía era la cueva que únicamente estaba iluminada por la luz de algunas velas y el collar de Lasir. Así que nunca sabía si era de día o de noche.

Recordó o soñó con sus días felices cuando era una niña. Su madre, su abuela y ella siempre habían estado muy unidas. También recordó cómo había conocido a Alel, el amor de su vida, hacía tanto que no sabía nada de él. Pensó si estaría bien y sintió como si algo la oprimiese el pecho cuando pasó por su mente la idea de no volver a abrazarle. Entonces algo la distrajo de sus pensamientos. La imagen de un bebé aparecía ante ella, pero tenía los ojos cerrados y era como si pudiera olerlo, casi como si pudiera tocarlo... El miedo se clavó en su interior, nunca antes había tenido tanto miedo en su vida. ¿Podía ser verdad? ¿No podía sucederle justo ahora...! ¡ Ahora no!

CAPÍTULO XV

NOVENO MANTRA

Era la mañana del noveno mantra. Habían decidido que entrarían en la cueva mientras ella pronunciaba el mantra y así la cogerían por sorpresa. Lo recitaba todos los días a la misma hora y se concentraba tanto para hacerlo que entraba en una especie de trance. Eran las 8:30 de la mañana. Ella empezaría con el ritual sobre las 8:45, por lo que tenían 15 minutos para entrar y romper el collar con el báculo, sin que ella se diera cuenta. Si no lo conseguían en el primer golpe tendrían que luchar con ella y en esos años se había convertido en una poderosa hechicera.

Entrarían un hechicero Mut, Iram y el mejor arquero de la guardia Mut. Él se encargaría de romper la piedra del collar con el báculo. Lo habían unido a la punta de una flecha para no tener que acercarse mucho a Lasir. Alel esperaba con la niña fuera de la cueva y el resto esperarían en Palacio.

Las 8:45 se dirigieron con paso firme a la cueva y desaparecieron de la vista de Alel, que tenía la boca seca y le temblaban las manos. Bueno, las manos y todo el cuerpo. Seshat dormía apoyada en su pecho y la estrella de su hombro emitía una tenue luz azul que parecía tranquilizar a Alel con su suave cadencia.

El arquero y el hechicero iban por delante de Iram. No podían encender ninguna luz, tendrían que dejarse guiar por las indicaciones que hacía el hechicero, pero de repente se toparon con una gran roca que no les dejaba seguir. Estaba tapando la entrada al cubículo en el que Lasir se encontraba. El hechicero intentó moverla con un sortilegio pero estaba protegida por un hechizo muy poderoso. De pronto Iram pensó en lo que Verónica les había contado en Karnak sobre su “habilidad” para abrir cualquier puerta. “*Esto no es más que una puerta*”, pensó. Salió de la cueva a toda prisa y cuando estaba llegando a la entrada vio que Verónica avanzaba hacia ella y pasaba de largo como si estuviera sumida en una especie de trance. Llegó a la roca, la tocó

suavemente con la mano y la roca se desplazó sin oponer ninguna resistencia y sin hacer ningún ruido. Después, la anciana salió de la cueva y se sentó al lado de Alel. Este no podía articular palabra, estaba demasiado nervioso para decir nada.

Lasir recitaba el mantra con los ojos cerrados. Iram había cogido la figura de la Diosa y la había dejado en la entrada de la cueva, no se podían arriesgar a que el arquero fallase y Lasir rompiera la figura. El hechicero estaba preparado para actuar en cuanto el arquero rompiera el collar. Tensó la flecha con la pluma de Seshat en el extremo y apuntó. No estaba demasiado lejos, así que era imposible que fallase el tiro. La flecha salió disparada y golpeó el collar, rompiéndolo en mil trocitos de cristal luminiscente, que salieron disparados en todas direcciones.

—¡Aaaah! —El grito de Lasir sonó espeluznante.

Abrió los ojos, sorprendida, y vio lo que había ocurrido. Buscó la figura de la Diosa entre esa oscuridad plagada de lucecitas verdes, pero no la encontraba.

—¡Diosa, vuelve a mí! —gritó y la figura se levantó en el aire para atravesar la cueva como un rayo y posarse en las manos de Lasir.

Iram estaba desconcertada. Cómo era posible que siguiera teniendo poder, habían roto el collar.

—¡Romped todos los cristales! ¡Hay que romper los cristales! —gritó el hechicero, a la vez que pronunciaba un hechizo y la luz de los cristales iba desapareciendo, hasta que la estancia quedó en total oscuridad.

—No vas a ganar Iram, no volverá a ocurrir. Mut será mío y ella morirá —gritaba Lasir.

—No lo permitiré, no eres tan poderosa como crees, Lasir. Al romper el collar has perdido todo tu poder. —Iram la provocaba para que hablase y así poder ubicar su posición por el sonido de su voz.

El sonido de una flecha surcó el aire y Lasir gritó, dejando caer la estatuilla. De pronto, la estancia se iluminó, la anciana estaba en la entrada y la estrella de su muñeca brillaba con una potente luz. Lasir sangraba abundantemente de la herida que le atravesaba el costado, pero aún así intentó coger la estatuilla, que estaba a sus pies. En ese momento, otra flecha atravesaba el corazón de Lasir.

Iram tomó la imagen de la Diosa y la sacó fuera, entonces la estrella de la niña empezó a brillar como nunca lo había hecho. Alel sacó la figura hecha con magia blanca y apoyó la base de la estatuilla en el hombro de Seshat. La

figura que tenía prisionera a Nora estalló en luz y luego se apagó.

—¿Y ahora qué ocurre hechicero? ¿Dónde está Nora? —preguntó Alel, mirando en todas direcciones.

—Alel, tranquilo, Nora estará en Palacio. No olvides que su cuerpo seguía allí aunque ella no estuviera en él.

Alel dejó a la niña con Iram y cogió el caballo con el que había ido hasta la cueva. Abrió la puerta de su habitación de un golpe y allí estaba Nora, rodeada de su madre y sus abuelos. Naira se asustó muchísimo al ver llegar a Alel sin la niña.

—Naira, la niña está bien. La traerá ahora Iram, yo me he adelantado. Necesitaba saber si Nora estaba bien. No pensé, lo siento.

Anur se encaró a Alel, justo cuando Iram entraba con la niña por la puerta.

—¡Mi niña! —gritó Naira, cogiendo a Seshat en brazos.

—Has sido muy egoísta, Alel. ¿No has pensado el susto de muerte que nos darías? Eras el encargado de proteger a mi hija. —Le dijo Anur.

—No te enfades Anur, ya lo hablaréis, ahora no es el momento. Ha protegido a nuestra niña y ha venido sana y salva. ¿Qué habrías hecho tú si yo hubiera estado en el lugar de Nora?

—Probablemente lo mismo...

El médico y el hechicero pasaron a ver a Nora y concluyeron que solo necesitaba descanso y reposo. Cuando todos se hubieron ido y Nora y Alel se quedaron solos Nora susurró algo al oído de Alel.

—Me lo acaba de confirmar el médico. Hoy tuve un presentimiento y sentí pánico por lo que le pudiera pasar, pero ahora no puedo estar más feliz.

Alel no dijo nada, solo la abrazó y lloró con ella, llenándola de besos.

CAPÍTULO XVI

RESAR

Los meses pasaron con rapidez. Anur, Naira y Alel escribieron en el idioma antiguo y en el actual la historia de la malvada Lasir. Lo sucedido debía mantenerse vivo para que no volviese a ocurrir jamás. Las dos estatuillas de la Diosa se guardaron juntas en el Templo protegidas por fuertes conjuros para que nadie pudiera hacer mal uso de ellas ya solo se podrían utilizar para hacer el bien. Nora y el Consejo mantenían la paz en Mut, era la civilización que siempre habían soñado. Anur y Naira estaban planeando su primera salida al mundo, querían que sus padres dejasen de sufrir por su desaparición. No les dirían qué había ocurrido, ni que Mut existe, pero aún les faltaba atar muchos flecos para que la historia fuera creíble y, además, no se irían hasta que naciese el bebé de Nora.

Solo había una cosa que empañaba la alegría de Nora. Los Mut morían y al cabo de años volvían a vivir en otra época y con otra apariencia diferente. Ella misma había vivido la corta vida de Salima, la hermana de Lasir. Nora no estaba segura de que Lasir hubiera desaparecido para siempre, quizá volviese a la vida con otra apariencia diferente. Esa era la espada de Damocles con la que su pueblo debería vivir siempre. Ella regresaría, imposible saber cuándo ni dónde, podría volver a nacer en Mut o podría nacer en la Tierra. Pero, a fin de cuentas, solo sabemos lo que es la felicidad cuando hemos sufrido la tristeza.

—¿Has pensado en lo que hablamos sobre Lasir? —preguntó Iram a Nora.

—Sí, le he dado muchas vueltas al tema y he decidido que no podemos anclarnos en el pasado. Debemos vivir el día a día. Ella volverá dentro de diez o diez mil años, nos es imposible saberlo. Lo único que debemos hacer es mantener vivo el recuerdo de lo que sucedió y estar atentos.

—Yo también creo que será lo mejor. Al fin hemos entendido que solo manteniendo las libertades y procurando la satisfacción de los demás el bien

colectivo sale reforzado. ¿Qué tal tu barriguita?

—Pues ya falta poquito para verle la carita a nuestro chiquitín. ¿Te he dicho que ya tenemos nombre para él?

—¡Qué emoción! ¿Cómo se llamará?

—Se llamará Adut en honor al padre de Alel. Su nombre fue manchado por Lasir y nuestro hijo es el mejor homenaje que podríamos hacerle.

—Es una idea llena de bondad, Nora. El único error que cometió Adut fue confiar en Lasir y querer que nuestro pueblo creciera y viviéramos en paz. Esta noche se celebrará la fiesta en honor al último de los regresados, estarás allí aunque solo sea un momento. Aún no has tenido ocasión de conocer al muchacho, ¿verdad?

—No, no le conozco. Esta noche pasaré pero solo para el brindis principal. Luego me retiraré, que mi niño ya pesa mucho —contestó riendo.

Las dos mujeres siguieron charlando de camino a casa de Lía e Iram. Vivían con Laila y Verónica también estaba con ellas. Era muy mayor, quizá fuese la mujer más anciana que había existido jamás en Mut. Esa última semana había empeorado y ya no podía ni levantarse de la cama.

Nora fue directa a su habitación, allí estaban Lía y Laila. Laila le peinaba el cabello en una trenza mientras Lía le contaba una antigua historia de amor. Ese tipo de historias le encantaban a la anciana.

—Hola Verónica, ¿qué tal has amanecido hoy?

—Cansada, muy cansada. Casi tanto como tú con esa barrigota. Como no te des prisa no conocerás a tu bisabuela de adopción, mi pequeño —dijo Verónica, hablándole directamente a la barriguita de Nora.

—Ja, ja, ja... ¿Habéis visto la patadita? Yo creo que eso era un... enseguida salgo, Bisa.

La “bisa” rio y como siempre que reía, acto seguido tuvo un ataque de tos. Siempre que le daban esos ataques parecía que había llegado el momento, pero luego se recuperaba muy bien.

Habían decidido que llevarían a la bisabuela en silla de ruedas al brindis inicial del regresado y luego Lía y Laila la traerían de vuelta para que descansase.



La ceremonia de presentación de un regresado era una tradición muy querida por todos los Mut. Acudía prácticamente todo el pueblo. Allí estaban todos los miembros del Consejo. Por tradición, el brindis lo pronunciaba

siempre el miembro más anciano.

—Esta noche es muy especial. Hoy tengo el placer de presentaros al primer regresado desde los incidentes ocurridos con La Malvada. —Así la llamaban. Desde que ocurrió no querían que sucediese lo mismo que con el nombre de Adut. Lasir, como nombre, no quedaría manchado por el recuerdo de aquella horrible mujer—. Él es Dabir.

El regresado fue saludando a las gentes de Mut hasta que llegó donde estaba Nora y su familia.

—Tú eres Nora, estaba deseando conocerte. He oído hablar mucho sobre ti. ¿Me recuerdas?

—Pues la verdad es que no consigo recordarte, pero es normal. Los recuerdos irán viniendo a mí según nos conozcamos más. Algunas veces es inmediato pero otras se tarda un poco más. —Le contestó Nora con un poco de desconfianza—. Ahora, si me disculpas, debo ir a descansar. Como podrás comprobar, estoy ya muy pesada.

—Por supuesto, estoy seguro de que ya tendremos muchos momentos para charlar. Hasta pronto Nora, y no te olvides de recordarme.

Nora y Alel, junto con Verónica, Lía y la niña se marcharon camino a casa. Todos estaban muy incómodos por la conversación con el regresado pero nadie se atrevía a decir nada. Hasta que Verónica...

—Ya que nadie dice nada lo haré yo. No debo callarme nada de lo que piense, quizá no tenga otra oportunidad de decirlo más adelante. No me ha gustado nada cómo te ha hablado ese muchacho, Nora, y algo me dice que a vosotros tampoco.

—No debes de preocuparte, Bisa. Es cierto que no me ha gustado pero no consigo recordar nada sobre él y Mamá no ha dado señales de desmayo, con eso deberíamos conformarnos. ¿No creéis?

—Tienes razón, Cariño, pero no me gusta. Ayer tuve unos sueños muy raros. Laila, Alel, ¿vosotros lo recordáis?

—Yo no lo recuerdo de nada —dijo Alel.

—Pues yo he tenido una sensación extraña al verle, no le identifico como un Mut pero si Iram lo ha recordado será que es Mut; ella puede reconocer a cualquier Mut. Cuando lo he visto lo único que ha venido a mi cabeza ha sido un nombre... ¿Cómo era? Sí, ya sé, Resar.

—Repite ese nombre...

—Resar —dijo de nuevo Laila.

—Lo conozco —dijo Lía. Le temblaba todo el cuerpo.

—Mamá ¿que te sucede? ¿Por qué esa cara de susto? ¿Desde cuándo reconoces tú antiguos Mut?

—No lo reconozco como Mut. Es un hombre que tu abuela y yo conocimos hace muchos años y fue el motivo de una de nuestras mudanzas. Tengo que hablar con la abuela. Hoy dormiremos todos en Palacio, con la excusa de estar más cerca tuyo por si te pones de parto y para que Verónica esté más cerca de los médicos de Palacio. Alel, llévala a descansar. Hablaremos mañana en el desayuno con calma.

Era la primera vez que Nora veía a su madre en ese estado, así que nadie se atrevió a preguntar. Una vez en Palacio, cada cual se fue a su habitación. Lía dejó a Verónica y Laila dormidas y fue a ver a su madre.

—Mamá, Papá, soy Lía. —Llamó a la puerta de su habitación y abrió su padre.

—Nora está de parto. Espera, que nos vestimos —dijo Nasar mientras Alma saltaba de la cama a todo correr.

—Un momento, Nora no está de parto. Papá, ¿puedes preparar un té? Esta conversación nos llevará un rato largo.

La cara de Lía era un poema. Esto era serio.

—Adelante, tú dirás. ¿Qué ocurre, Hija? Me estás preocupando, habla.

—Resar... —Lía solo tuvo que pronunciar ese nombre para que la cara de Alma pasara de le intriga al pánico.

—¿Quién es Resar? ¿A qué viene tanta intriga? ¿Qué ocurre? —Nasar intuía que algo malo pasaba.

—Pensaba que nunca más volvería a oír ese nombre en toda mi vida. ¿Por qué me lo recuerdas ahora?

—Porque Resar está aquí, en Mut. Es el último regresado, se ha presentado con el nombre de Dabir y Nora no ha conseguido reconocerle. Pero él sí que la recuerda a ella. A mí ni siquiera me ha dirigido la palabra. Yo no me he dado cuenta de nada hasta que Laila ha comentado que ella le recordaba de muchacho con el nombre de Resar. Su aspecto es muy diferente al que tenía entonces.

—No me extraña que Nora no recuerde nada. Era muy pequeña cuando todo sucedió, pero lo recordará en algún momento. Tenemos que hablar con el Consejo y contarles quién fue en realidad Resar.



Mientras tanto, en su habitación Nora no conseguía dormirse, dándole

vueltas a todo lo sucedido aquella noche con su madre y el regresado. Intentaba recordar cómo el muchacho le había dicho pero no recordaba a nadie como él.

—¿Qué crees que sucede con el regresado? —preguntó Nora.

—Pues sea lo que sea me da mala espina. Yo tampoco consigo recordarle pero tu madre ha puesto una cara muy rara al oír su nombre y venirse a Palacio no me dice nada bueno. Mantente alejada de él.

Era tarde cuando Nora consiguió dormirse, pero en mitad de la noche se levantó al servicio. Últimamente no pasaban muchas horas sin que tuviese que ir al baño a orinar. Pero no eran ganas de orinar lo que le había despertado, eran contracciones. El pequeño quería salir.

—¡Alel! ¡Alel!

—¿¡Qué!?! —respondió sobresaltado. En cuanto vio la cara de dolor de Nora supo que tenía que llamar al médico.

Alel ayudó a Nora a volver a la cama y llamó al médico y a Lía.

CAPÍTULO XVII

LA SOMBRA

Estaban todos esperando en la habitación de Alma. Lía o Alel llegarían en cualquier momento y les darían a todos la buena noticia. Los partos en Mut no solían ser muy largos, tenían “habilidades” para ayudar a las mujeres en ese precioso momento pero el de Nora se estaba alargando más de lo normal.

—Con el nacimiento del pequeño estamos retrasando hablar con el Consejo —comentó Alma a Nasar—. En cuanto nos digan que todo ha salido bien Lía y yo iremos a comunicarles lo que sabemos de Resar.

—Deberías hablar antes con Iram. Lía volvió con Nora a casa y no debe de saber nada de lo ocurrido con él.

Alma se acercó a Iram, que dormitaba en uno de los sofás de la habitación. Anur había ido a avisarla a la fiesta y en cuanto lo supo volvió enseguida para estar con la familia.

—Querida, debo de hablar contigo sobre Dabir. ¿Tú lo has reconocido como regresado? —preguntó Alma a Iram.

—No, el día que él apareció en el pueblo yo estaba en casa con Verónica. Ya sabes que su fin está cerca y ha estado teniendo algún que otro desvanecimiento. Ese día creíamos que ya no despertaría y por eso me quedé en casa.

—¿Sabes quién le recibió? Tengo serias dudas de que sea Mut y de que sea quien dice ser.

—Le recibió uno de los miembros del Consejo. Me dijo que no le recordaba como Mut, pero eso suele suceder. A veces los recuerdos tardan en llegar. Cuando yo estuve con él sentí que le conocía, pero no tuve recuerdos claros de su anterior vida. Ahora que lo dices, estoy empezando a preocuparme. ¿Puede ser que mis recuerdos de él hayan sido fabricados?

—Lía me comentó que en la fiesta él se comportó de una forma muy rara

con Nora. Alicia no le recordaba como Dabir, le recordó con otro aspecto y con el nombre de Resar. Lía y yo conocimos a Resar cuando Nora era aún muy pequeña. Por su culpa tuvimos que mudarnos de ciudad, se obsesionó con Nora. Era una especie de fan de las civilizaciones egipcias y me conoció en una de mis conferencias. Nos seguía a todas partes. Tuvimos que pedir una orden de alejamiento y como la cosa no mejoraba, decidimos poner tierra de por medio. Yo tuve que retirarme porque él nos seguía allá donde fuéramos.

—¿Pero cómo puede ser Dabir y Resar sean la misma persona y haya conseguido entrar en Mut? —Iram no daba crédito a lo que estaba escuchando pero habían pasado demasiadas cosas extrañas como para pasar por alto todas esas “casualidades”.

—No lo sé, Iram, pero si es la misma persona y ha conseguido llegar hasta aquí el peligro es evidente. ¿Hablarás con el Consejo?

—Por supuesto, iré ahora mismo...

Cuando Iram abrió la puerta para ir a hablar con el Consejo entró Lía. ¡Adut había nacido!

—Nuestro niño ha nacido, ha costado un poco más de lo normal. En un par de horitas podréis ir a ver a los dos. Ahora, ¡¡brindemos!!

—Cariño he de ir a ver al Consejo —dijo Iram a Lia al oído—, tu madre me ha contado lo sucedido con el Regresado.

—Gracias cielo, debemos investigar. Si Dabir es Resar tendremos que encerrarlo. Es peligroso.

Iram brindó por Adut, el hijo de Nora. Besó a Lía y se fue a reunirse con el resto de los miembros del Consejo. Iram esperaba sentada en la sala de reuniones. Cuando todos estuvieron reunidos les expuso las dudas que había sobre el Regresado y convinieron entre todos que, hasta que su identidad no estuviera aclarada del todo, el Regresado debería de estar vigilado en todo momento. El anciano con el poder de leer la mente hablaría con él y uno de los hechiceros intentaría descubrir si había utilizado algún encantamiento de cambio de cuerpo y si era cierto que no era uno de los suyos, descubrir cómo había podido entrar en Mut.

Al final de la reunión Iram fue a ver a Laila y Verónica. Las dos estaban deseando ir a conocer a Adut. Iram sabía la ilusión que le hacía a la anciana conocer al pequeño. Llegaron a la habitación y allí estaba Nora con Alel y el pequeño Adut.

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Y tu madre? —dijo Iram mirando al niño, embelesada.

—Estoy feliz, Mamá acaba de irse con la Abuela. Creo que iban a comprarme algún dulce —dijo relamiéndose—. ¿Vienes de una reunión del Consejo? Tienes que saber que el muchacho Regresado era un tipo muy extraño.

—Hola mi niña —dijo Verónica—. He conseguido vivir para bendecir a este precioso niño. —La anciana posó su mano en la cabeza del pequeño y la luz de la estrella de su muñeca empezó a brillar suave y rítmicamente.

—Gracias, cariño. Sé que ha llegado tu momento y sé que volveremos a encontrarnos. Ahora debes descansar. Me despido de ti hasta que volvamos a encontrarnos en otras vidas.

—Tendrás una vida larga y el niño será un maravilloso hombrecito. Teme al que llaman Dabir, guarda una sombra oscura en su interior. Recuerda el lugar donde la Diosa te hablaba en una de tus otras vidas, en Mut. Ese será el lugar sagrado.

—No entiendo... —dijo Nora mirando a Iram. Entonces, Verónica cerró los ojos. Su momento había llegado.

Alel, Iram y Laila llevaron a Verónica a la zona de Palacio en la que vivían para prepararla para la ceremonia de despedida. En Mut la gente vivía más tiempo que en la Tierra y los entierros no eran tristes. Eran un homenaje a la vida de los difuntos el saber que en alguna de sus reencarnaciones volverían a encontrarse y también les ayudaba a llevar mejor la muerte.



Dabir paseaba por los jardines de la zona de Palacio reservada a los regresados. Ellos no podían salir libremente por las calles del pueblo hasta que las dudas sobre su procedencia no se hubieran disipado y sobre Dabir había algo más que una sospecha.

—¿Por qué no puedo salir solo por el pueblo? Pensaba que con la fiesta de bienvenida de ayer ya estaba todo claro sobre mi persona.

—Voy a serte sincero. Tenemos serias dudas de que seas Mut. De que seas quien dices ser. —Le contestó el anciano.

—Pero, el que no me hayáis recordado en mi otra vida Mut no quiere decir nada. Es normal, ya me recordaréis. Yo sí que recuerdo cosas y personas.

—¿Conoces a un tal Resar? —preguntó el anciano para estudiar cómo reaccionaba su mente a ese nombre.

—¿Resar... ? No he oído ese nombre en mi vida. ¿Debería recordar a alguien con ese nombre? —Lo dijo muy tranquilo, pero el anciano pudo sentir

los verdaderos recuerdos que ese nombre despertaba en él.

—Debes saber que si nos mientes lo sabremos. Somos gente de paz y no nos gusta usar la violencia, pero no dejaremos que hagas daño a ninguno de los nuestros. Desde este momento quedarás encerrado hasta que decidas contarnos toda la verdad sobre ti. Y será mejor que no intentes mentir de nuevo porque lo sabremos. ¡Guardias!

Los guardias se llevaron al Regresado a una de las habitaciones de la que no podría salir hasta que no les contase toda la verdad sobre quién era y sus verdaderas intenciones.

El anciano informó al Consejo de lo que había visto en la mente del muchacho. Vio que se reconocía como Resar en otra época de su vida, pero con otro aspecto, y que albergaba algún tipo de resentimiento contra Alma y su familia.

Alma pidió permiso para ver al muchacho. Lo haría con la presencia de unos guardias para no correr peligro.

—Holaaa, Alma. Al fin consigo verte. Supongo que no tengo que presentarme, ya sabes quién soy, aunque esté un poco cambiado. Tú, sin embargo, sigues prácticamente igual. He tenido que cruzar dos mundos para poder hablar contigo.

—Resar, es cierto que estás muy cambiado pero tu manera de hablar te delata. Demasiadas confianzas para no ser amigos. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Deberías saber lo que hago, nunca me prestaste atención. ¿Por qué huiste de mí? ¿Por qué me trataste como a una amenaza?

—Quizás porque acosaste a mi familia y a mi nieta. Si hasta te colaste en nuestra casa. Por Dios, Resar.

—Pero yo te oía hablar de Egipto, sabías tanto y yo sentía cosas dentro de mí. Luego estaba aquella historia sobre tu desaparición y las leyendas sobre una civilización no humana que ayudó a los antiguos egipcios. Solo quería saber quién era yo en realidad y tú me repudiaste.

—Yo tenía que proteger a mi familia, Resar. ¿Qué querías saber?

—Te contaré mi historia, la que no quisiste escuchar hace tantos años. Debes saber que venía con intenciones de vengarme y acabar con las tres, pero desde que estoy en esta tierra algo dentro de mí está cambiando.

Alma sabía que decía la verdad. Mut transformaba a todos los que llegaban a ella y también sabía que quizás el miedo le hizo juzgar demasiado duramente a Resar. Pero no podía dejar que nadie descubriera el secreto de su nieta. En aquel entonces, no podía confiar en nadie.

—Crecí en un orfanato, mis padres murieron siendo yo muy pequeño. Siempre fui un bicho raro, hacía cosas que el resto de mis compañeros no podían hacer y desde muy pequeño decidí que debía ocultar lo que era. Salí del orfanato y empecé a trabajar como limpiador en el Museo. Podía ver todas las conferencias que los grandes egiptólogos dabais, hasta que te escuché una de las veces que viniste y algo me dio que mi pasado estaba unido al tuyo. Investigué sobre tu vida y al saber lo que te sucedió en el Lago Sagrado y leer historias sobre la antigua civilización Mut, até cabos.

—Te seguía e intentaba hablar contigo, pero no había manera de acercarme a ti. Incluso te seguí cuando te mudaste y me colé en tu casa pero necesitaba saber.

—¿Y nunca pensaste que te comportabas como un psicópata? Me aterrorizaste durante años, pensaba que querías matarnos.

—¿Mataros? Por favor... En aquel entonces no, pero he de reconocer que desde que desaparecisteis os convertisteis en mi obsesión y ya solo deseaba vengarme de vosotras.

—¿Y por qué has cambiado de opinión?

—He investigado mucho y he descubierto mi pasado. Mi padre fue un hombre normal pero mi madre era una Mut, aunque ella nunca lo supo. Yo soy medio Mut, por eso he podido regresar. Cuando me enteré de que habías desaparecido otra vez en el Lago Sagrado decidí venir a Egipto y conseguí perfeccionar mi “habilidad”. Puedo cambiar de cuerpo, pero solo con otro Mut. Puedo reconocerlos desde que era un niño, por eso te reconocí a ti. Aunque antes de saber lo que era en realidad, solo notaba lo que los humanos llaman déjà vu. Y cambiando de cuerpo llegue hasta aquí. Tenía planeado vengarme, pero una vez en Mut no puedo haceros ningún mal, tampoco puedo usar mi “habilidad”. He intentado cambiar pero ya había leído que en Mut el cambio de cuerpo es una habilidad prohibida, solo puede hacerse en condiciones muy especiales y para lograr el bien.

—Por eso Lía no te ha percibido como un peligro. Entenderás que debemos asegurarnos antes de dejarte libre.

—Esperaré lo que consideréis oportuno —dijo contrariado.

Alma salió de la habitación con sentimientos encontrados, nunca se había fiado del todo de ese chico. Al principio de conocerle le transmitía cierta ternura, como ahora después de escucharle, pero sentía que tenía un punto malvado y siniestro. Alma esperó fuera de la habitación a que el hechicero le examinara y llegó a la misma conclusión que ella. Había algo que no le

cuadraba en él.



El regresado llevaba un mes de encierro y todos le llamaban por el nombre que él había elegido, Dabir. Los habitantes de Mut conocían la historia de Resar y el acoso al que había sometido a Alma y su familia, pero en todo el tiempo que había estado vigilado no había dado ninguna muestra de nerviosismo ni maldad hacia las chicas. Parecía que su resentimiento se había esfumado por completo al llegar a Mut.

El Consejo había decidido que podría empezar a vivir en el pueblo. Habían acondicionado una de las casas del pueblo y viviría en ella, acompañado por un par de guardias, hasta nueva orden.

Iram, Lía y Laila dejaron su habitación en Palacio después de la muerte de Verónica. Solo se habían mudado allí para que la anciana estuviese más cerca de los médicos de Palacio. Vivían cerca de la casa de Anur, Naira y Seshat, que ya daba sus primeros pasos. Los abuelos, Nora, Alel y el pequeño vivían en sendas habitaciones de Palacio.

Nora empezaba a dar sus primeros paseos con el niño por el pueblo, siempre acompañada de Laila, Naira y la pequeña Seshat. Una de las veces que estaban paseando por la orilla del río, Nora notó una sensación extraña y al mirar a lo lejos se encontró con que Dabir la estaba mirando fijamente. Iba acompañado por dos guardias que le vigilaban de cerca y al percatarse que estaba mirando a Nora, se lo llevaron de allí.

—Nora, ¿estás bien? —preguntó Laila—. Yo también he notado esa sensación cuando él te miraba. No deberíais dejarle libre, no me fío de él.

—La estrella de Seshat ha brillado por un instante mientras Dabir te miraba. Nora, no sé si eso es un aviso de que algo malo te pudiera ocurrir.

—Yo tampoco sé qué pensar de ese hombre. Por más que intento recordar algo sobre él, no lo consigo, aunque supongo que poco a poco lo conseguiré. El médico me ha comentado que las mujeres Mut perdemos nuestras “habilidades” al dar a luz. Es como si todas ellas fueran al niño durante sus primeras semanas de vida para protegerlo, pero al cabo del tiempo recuperamos todas de nuevo y en alguna ocasión con más fuerza que antes. De todas formas, creo que ha llegado el momento de ir a verle y hablar con él...

—¿Tú sola? ¡De ninguna de las maneras! —dijeron Laila y Naira a la vez.

—Mañana iré a hablar con él. Estaré con los guardias en todo momento y no podrá hacerme nada malo. Quizá así consiga recordar algo sobre él.

Las mujeres retomaron su paseo ya de vuelta a sus casas. El Sol ya se estaba poniendo en el horizonte. Nora miró al cielo naranja del atardecer y respiró hondo, pensando en todo lo que había sucedido en los últimos años. En aquel momento, con la suave brisa acariciando su rostro y aquellas maravillosas vistas de Mut, recordó cómo estaba aquel lugar cuando paseó por sus calles por primera vez y tuvo la seguridad de que la Diosa estaba protegiéndola y no dejaría que nada malo le sucediese.

Alel y Nora cenaron con los abuelos, como todas las noches, y después de que acostaran al niño, Alel acompañó a los abuelos a su habitación. Nora se tumbó en el sofá, mirando como Adut dormía en su cuna y entonces notó cómo su cuerpo no le respondía. Veía su cuerpo tumbado en el sofá y a Adut durmiendo plácidamente. Estaba muerta de miedo, ya había experimentado durante mucho tiempo el terror de perder su cuerpo. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho y un nudo en la garganta que no le dejaba articular palabra. Miró desde el techo de la habitación y pudo ver el reflejo de Resar en la ventana. No estaba mirando al sofá, la miraba directamente a ella en el techo de la habitación. En su cara se dibujaba una sonrisa horrible llena de odio y en ese momento recordó la única vez que había visto aquella desagradable sonrisa. En ese momento, Alel entró en la habitación, el reflejo de Resar se desvaneció inmediatamente de la ventana y Nora volvió a su cuerpo. Estaba empapada en sudor y muerta de miedo cuando le contó todo lo sucedido a Alel, que inmediatamente llamó a Iram para que informara al Consejo y encerraran inmediatamente a Dabir. Cuando llegaron a la casa que habitaba Dabir en el pueblo encontraron a los guardias inconscientes en el suelo y el cuerpo de Dabir en la cama, no respondía a ningún estímulo. Inmediatamente le llevaron a las mazmorras de Palacio, que no se usaban desde hacía mucho, muchísimo tiempo y un hechicero examinó el cuerpo de Dabir. Los guardias llevaron a Anur, Naira y la niña a Palacio junto con Lía y Laila, ya que podían estar en peligro.

Lía había tenido uno de sus desmayos un momento antes de la llamada de Alel, pero este no había sido como los anteriores. Al recobrar el conocimiento había intentado escribir, como otras veces, pero no era capaz de recordar absolutamente nada. Solo escribió palabras sin sentido: ***“debemos utilizar a las gemelas”***.

Nora recordó algo que ni siquiera ella era consciente de que hubiera sucedido. Había ocurrido cuando era muy pequeña y no se lo había contado a nadie, simplemente porque no lo recordaba. Nora comenzó a hablar.

—Yo debía de tener unos dos años, porque dormía en una habitación con dos camas. En una estaba la Abuela y en otra yo. Me desperté en medio de la noche, y al abrir los ojos pude ver esa extraña sonrisa, la misma que he visto hoy reflejada en la ventana de la habitación. El hombre me dijo que yo era muy especial como él, y que no podía dejarme viviendo con unas mujeres que no me apreciaban como deberían. Me tenía en brazos y yo, por alguna extraña razón, no podía articular palabra. Entonces, él tropezó y tú, Abuela, gritaste. Al encender la luz, Resar salió corriendo, dejándome tirada en el suelo.

Alma lloraba sin consuelo al escuchar las palabras de Nora.

—Cariño, me acuerdo de esa noche como si hubiera sucedido ayer. Cuando te recogí del suelo tenías los ojos cerrados y pensé que no te habías enterado de nada, que estabas dormida. Te dejé en la cama y llamé a la Policía y a tu madre, que tenía turno de noche en su trabajo de entonces. —Las lágrimas caían por el rostro de Alma—. ¿Cómo pude ser tan estúpida de creer que había cambiado? Después de aquello cursamos una orden de alejamiento y comenzó nuestro periplo de mudanzas, huyendo de Resar.

—Me hice la dormida y mi mente olvidó lo sucedido. No he recordado nada hasta el día de hoy al ver su cara, pero él tiene poder sobre mí. Logró sacarme de mi cuerpo, él no miraba al sofá, me miraba directamente a mí en el techo de la habitación.

El hechicero llamó a la puerta y les explicó que el que estaba en las mazmorras era el verdadero Dabir. Resar había abandonado ese cuerpo porque ya no le servía para nada. El hechicero le entregó a Nora el colgante que su abuelo le había dado hacía tanto tiempo para protegerse de Lasir. Con él ya no podría volver a sacarla de su cuerpo, el amuleto protegía a su portador de las magias negras. Les explicó que Resar tampoco podría hacer uso de su “habilidad” para cambiar de cuerpo en Mut, ya que era una habilidad prohibida. En aquellos momentos, Resar no era más que una sombra que vagaba por el pueblo a la que deberían dar caza. Para acabar con la “sombra” habrían de llevarla hasta el altar del Templo y hacer que mirase a la Diosa directamente a los ojos. El Templo fue construido por los antiguos y estaba protegido por sortilegios muy poderosos, entre ellos, el de acabar con los “sombra”. Los “sombra” eran seres malignos, sumamente extraños, que sabían cómo proyectar una imagen de bondad pero que en su interior albergaban la peor de las oscuridades.

La esencia de los Mut era la de seres bondadosos, aunque eso no descartaba que en algún momento de su historia hubiese algún Mut malvado,

como era el reciente caso de Lasir. Los “sombra”, como los llamaban los antiguos, se daban con más facilidad entre los humanos. La maldad, por desgracia, era mucho más común en la Tierra que en Mut. Por eso, hacía milenios decidieron dejar de convivir con los humanos.

Ahora deberían de tenderle una trampa para poder acabar con él.

CAPÍTULO XVIII

EL ANTIGUO TEMPLO OLVIDADO

Habían pasado ya cuatro días desde el incidente con Resar y Nora no había podido salir de Palacio. Anur, Naira y la niña; los abuelos y su madre, Iram y Laila también estaban confinados en el recinto. Todos podían ser el objetivo de “la sombra”. El Palacio estaba protegido por antiguos conjuros que le impedían entrar en él. Al no poder hacer uso de su “habilidad” para cambiar de cuerpo sus poderes eran muy limitados, aunque su vida como “sombra” podía llegar a ser inmortal y cuanto más tiempo pasase sin lograr su venganza, más se iría emponzoñando su interior, ya negro de por sí.

Si él no podía entrar en Palacio, ¿cómo conseguirían que mirase a la Diosa a los ojos? El Templo estaba en el interior del Palacio.

—Él sigue por ahí suelto, puedo sentirlo y los habitantes del pueblo también lo notan. Es una presencia que enfría las almas a su paso. Ya no hay vida en las calles, la gente no sale por miedo —dijo Naira.

—Pero no puede entrar en Palacio y debemos llevarle ante la Diosa. — Nora jugaba con Seshat cuando su estrella se iluminó de repente— ¡Claro...! —exclamó—. ¿Cómo no me había dado cuenta? Verónica me lo dijo antes de... —Un halo de tristeza ensombreció su rostro antes de decir—. Antes de irse.

—No entiendo nada de lo que está diciendo. Eres consciente, ¿verdad? — Le contestó Naira, con cara de circunstancias.

—Verónica me dijo qué debía recordar... ¿Cómo era la frase exacta...? “*Recuerda el lugar de la...*”. No, no era así. “*Recuerda el lugar donde en otras vidas la Diosa te hablaba*”. Sí, creo que era algo así.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que en otra de mis vidas de Mut debía de haber un lugar donde se veneraba a la Diosa y no estaba dentro de Palacio. Quizás el hechicero me pueda ayudar a recordar. Iré ahora mismo a hablar con él. Alel vendrá ahora

mismo con Adut. Dile a dónde he ido, por favor. —Le dió un beso a Seshat a modo de agradecimiento. La luz de su estrella le había hecho recordar a Verónica.

Nora entró en el lugar donde el hechicero trabajaba. Estaba sentado, leyendo en una mesa cubierta de libros. Él miró por encima de sus gafas y al ver a Nora, sonrió.

—¿Qué tal estás, querida niña?

El hechicero era un Mut muy mayor y muy sabio que siempre estaba estudiando antiguos escritos y pendiente de cualquiera que necesitase su ayuda.

—Creo que he descubierto cómo acabar con la “sombra”. Hoy he recordado que Verónica, antes de... partir, me dijo que para acabar con él debía de recordar algo así como un lugar donde la Diosa me hablaba en mi otra vida de Mut. ¿Sabes de algún antiguo lugar de culto a la Diosa?

—Pues en mi actual vida Mut no, pero supongo que antes de levantar el Templo los antiguos debían de venerar a la Diosa en algún lugar. Podemos hacer una regresión. Prepararé una pócima que hace viajar en la memoria mucho tiempo atrás. ¿Confías en mí?

—Por supuesto, eres una de las personas más sensatas y sabias que he conocido. Adelante.

El hechicero estuvo largo rato mezclando diferentes ingredientes hasta que le dio una taza con un líquido humeante a Nora. Esta lo tomó y empezó a retroceder en el tiempo. Primero recordó su vida en la Tierra, con su madre y su abuela. Más tarde recordó su vida como Sálima, la hermana de Lasir. También otra vida como agricultora, rodeada de niños en una granja, y por fin llegó a una vida en la que era una especie de sacerdotisa en una antigua cueva. No lograba identificar el lugar, era un sitio oscuro, iluminado solo por la luz de la Luna y algunas velas. Al fondo se veía una especie de cascada y en la base, donde el agua caía, estaba una figura de piedra blanca como la nieve, en la que estaba tallada la imagen de la Diosa. Entonces se despertó.

Al abrir los ojos pudo ver al Hechicero y a Alel, que la miraban entre curiosos y preocupados.

—¿Naira te avisó de lo que estaba haciendo?

—Sí. Dejé a Adut con ella y vine para aquí. ¿Has podido ver algo que nos ayude?

—He recordado una antigua vida como Sacerdotisa, he visto una cascada y una figura de la Diosa tallada en una piedra de un blanco infinito. ¿Te suena

algún lugar así? —preguntó Nora al Hechicero.

—En el pueblo solo hay una cascada. Es en la zona del nacimiento del río, es un lugar muy apartado. Me resulta raro que venerasen a la Diosa tan lejos de lo que es hoy en día el pueblo. ¿Sabéis que los antiguos levantaron el Palacio y el Templo y a partir de ellos fue creciendo el pueblo?

—Quizá lo hicieran allí por alguna propiedad especial del lugar. He podido ver que la Luna llena inunda de luz la estancia y al reflejar en la Diosa tan blanca crea un efecto mágico al reflejarse en el agua de la cascada.

—Para ir deberemos salir del Palacio, lo mejor será que una partida de guardias vaya a inspeccionar el lugar y si es cierto que hay un antiguo Santuario trazaremos el plan para acabar con el oscuro ser que nos acecha — dijo el Hechicero.

—Sí, pero deben de ir pocos guardias y sin su uniforme habitual. Él podría seguirles y entonces desbarataría nuestros planes —comentó Alel.



La sombra de lo que un día fue un hombre vagaba por el pueblo, llenándose cada vez más de odio hacia Nora y su familia. Les culpaba de todo lo que le había sucedido en la vida, se había obsesionado con ellas y no descansaría hasta verlas bajo tierra. Antes de emprender su viaje a Mut sabía que no podría hacer uso de sus poderes de transformación, pero pensó que quizá no serían más que antiguas leyendas. Él había cambiado muchas veces de forma y nunca había tenido ningún problema. De hecho, en unos de los escritos que había estado leyendo explicaba que algunos “sombra”, así les llamaban los Mut, podían burlar los hechizos que los antiguos habían preparado para bloquearles.

Merodeaba gran parte del día cerca de Palacio. El día que consiguió sacar a Nora de su cuerpo volvía a su mente continuamente. Había repasado cada palabra y cada movimiento que hizo en ese momento, pero no conseguía saber de qué manera lo había conseguido. Por más que intentaba entrar en Palacio no lo conseguía, los hechizos de protección eran demasiado fuertes.

Cuando Nora y su familia se mudaron después de su intento de secuestro le internaron en un psiquiátrico y allí conoció a un Mut que había sido hechicero en otra de sus vidas. Se hizo amigo de él, aunque la verdad es que estaba bastante chiflado. No se podía mantener una conversación medianamente coherente con él aunque si se le sabía preguntar, se podían aprender muchas cosas interesantes de su vida como hechicero. En el psiquiátrico nadie les

prestaba atención, solo eran dos locos, desvariando juntos en conversaciones sin ningún sentido. En sus conversaciones consiguió saber cómo entrar en Mut y también le habló de la profecía de la “protectora”. Le dijo que quien logrará acabar con ella tendrá el poder absoluto sobre la tierra Mut y él, obsesionado como estaba con Mut y con Nora, decidió que ese sería su siguiente objetivo.

Para lograr salir del psiquiátrico dejó de tratar con el hechicero y no volvió a nombrar a Nora. Tomó la medicación y fue un enfermo obediente hasta que, al cabo de unos años, le concedieron la libertad. Lo primero que hizo fue buscar a la familia. Las buscó durante años sin saber nada de ellas, hasta que un día en el noticiario vio la noticia de su desaparición en Egipto y supo exactamente dónde encontrarlas.

Pasó mucho tiempo malviviendo en Egipto hasta que encontró la manera de cambiar su cuerpo por el de Dabir y entrar en Mut.



Los exploradores llegaron al amanecer y las noticias no podían ser más alentadoras. Detrás de las Cascadas había una pequeña entrada a una gran cueva. Era un lugar lleno de grabados de la Diosa y en el medio había un altar con la imagen blanca de Mut.

El Consejo se reunió al mediodía y, junto al Hechicero, trazaron el plan para acabar con Resar.

—Utilizaremos uno de los antiguos carruajes. Debe de ser tirado por dos caballos, uno negro y otro blanco. Tres guardias armados a cada lado del mismo te escoltarán. Tú irás sola en el interior e Iram deberá guiar el carruaje. Estaréis protegidas por el poder de los antiguos y él no podrá haceros ningún mal. Una vez dentro de las Cascadas, Iram sabe lo que debe hacer. —Le explicó el Hechicero a todos los presentes.

—¿Por qué yo no puedo saber más del plan? ¿Por qué solo Iram sabe lo que hacer en la Cueva? —replicó Nora contrariada.

—Él podría entrar en tu mente, ya lo ha hecho en otras ocasiones. Sin embargo, nadie ha podido nunca entrar en la mente de Iram. Confía en ella, sabe exactamente lo que hay que hacer. No te desvíes del plan bajo ningún concepto. Pase lo que pase. Ahora debes prepararte para el viaje. Iram se quedará conmigo para un último repaso del plan.

Nora se fue a su cuarto, allí tomaría la poción que la mantendría a salvo y se vestiría exactamente como mandaban los antiguos escritos. Ese día volvería a ser una Sacerdotisa. Justo antes de salir por la puerta pudo ver a Iram y al

Hechicero y le pareció ver miedo en el rostro de su amiga, y tristeza en el del sabio.

—Debo advertirte que es peligroso, Iram. No puedo asegurarte que salgas con vida de todo esto. Pero si sigues el plan al pie de la letra y no te dejas invadir por el miedo, tienes muchas posibilidades de que todo salga bien. Pase lo que pase, lo más importante es que acabes con él cuando consigas que haga el cambio. Ella no debe saberlo, ni debe impedirte hacer lo que debes. Si lo supiera, el plan no funcionaría ya que él leería su mente.

—Lo haré todo como dices, no me temblará el pulso.

—Ojalá pudiera hacerlo yo, mi niña, pero ya sabes que debe hacerlo alguien que ella ame. Si no, él no caerá en la trampa. Y sí, por supuesto que te temblará el pulso. —Entonces la abrazó y recitó unas palabras en un antiguo idioma—. Debes despedirte, partirás en una hora. Por cierto, no olvidéis a las gemelas.

El camino en el carruaje hacia las Cascadas se hizo eterno. Nora iba sola en el interior e Iram lo guiaba, oía el sonido de las armaduras de los guardias corriendo junto a los caballos que iban al paso. También podía notar su presencia “la sombra”. Helaba el aire cada vez que giraba alrededor del carruaje, intentando entrar sin éxito, y podía sentir su frustración cada vez que lo intentaba. Los caballos relinchaban de miedo también, podían sentirle cerca.

Llegaron a las Cascadas y los guardias la transportaron dentro de la cueva como una antigua sacerdotisa egipcia. Él no podría alcanzarlas, ni entrar hasta que Iram no desbloquease el hechizo de protección dentro de la cueva.

Ella debía esperar sumergida en el agua. Iram trabajaba en el hechizo, estaba en el altar. Se acercó a Nora.

—Todo está preparado. Siento tener que hacer esto, pero es por tu propio bien. —Entonces pronunció unas palabras que Nora no pudo entender y quedó completamente paralizada. No podía moverse ni articular palabra.

Iram se dirigió al centro del altar y escondió una daga debajo de su ropa. Nora temía lo que pudiera suceder.

—Diosa, yo te imploro que al que llaman Sombra dejes entrar. Su poder no debes parar. Guía fuerte mi mano para acabar con el mal.

En ese instante, la figura de la Diosa se iluminó y sus ojos brillaron en un azul intenso. Una ráfaga de aire frío atravesó la estancia, apagando las luces. Era Resar. La cueva quedó iluminada solo por los ojos de la Diosa y entonces él habló.

—¡Al fin te tengo aquí! ¿Creéis que soy estúpido? No atacaré a una sacerdotisa en un antiguo Santuario. Pero sí haré que tú salgas del agua.

Nora no podía hablar ni moverse.

—¡Tus poderes no son válidos en el Santuario, no puedes hacer nada contra nosotras! ¡Estás acabado, no podrás salir de aquí nunca más! —dijo Iram.

—¡Estúpida! ¿Crees que entraría aquí si supiese que no podría volver a salir?

Entonces, el frío recorrió la estancia y él entró en el cuerpo de Nora.

—Ja, ja, ja. No pensé que sería tan fácil acabar contigo. Realmente me lo has puesto muy fácil.

Resar había tomado el cuerpo de Nora y se dirigía hacia Iram a toda velocidad. Se frenó en seco delante de ella y entonces Iram sacó la imagen de la Diosa en la que Lasir encerró a Nora. Iram pronunció unas palabras en el idioma antiguo y, con los ojos envueltos en lágrimas, atravesó el corazón de Nora con la Daga que tenía guardada bajo la ropa. “La sombra” de Resar salió del cuerpo de Nora y quedó encerrado en la figura de la Diosa.

—¡Rápido, entrad! —Gritó Iram— ¡Traed a la niña!

Detrás de la cascada apareció Naira con Seshat. Tocaron la figura de la Diosa que Verónica les había entregado en Karnak con el hombro iluminado de la niña. La herida y la sangre de Nora desaparecieron. Nora abrió los ojos, confundida y aturdida.

—Lo siento, mi niña. Tenía que matarte para salvarte. Puedes creer que ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida. No podías saber nada. Si no, no habría salido bien. Lo entiendes, ¿verdad?

Naira, que tampoco sabía nada de lo que ocurriría en la cueva, se estremeció ante la confesión de Iram. Ella solo sabía que debía llevar a la niña y la figura gemela de la Diosa a la cascada.

—Iram, esto es lo más grande que nadie ha hecho por mí en toda mi vida. Yo no habría sido capaz de hacer algo así.

Iram y Nora se abrazaron, llorando sin consuelo, y Naira salió de la cueva con la niña. Debía dejarlas llorar en tranquilidad.



Desde aquel día, el Santuario de las Cascadas fue un lugar de veneración para las gentes del pueblo y la historia de lo que ocurrido allí quedó grabado en las paredes de la cueva. La imagen de la Diosa guardaría al Sombra en ella

para siempre. Los hechizos de aquel lugar mágico le mantendrían encerrado en una cárcel de piedra por siempre jamás.

La vida continuó tranquila en Mut, ya con todos a salvo. Naira y Anur encontraron la forma de salir y entrar de Mut para ver a su familia, sin levantar sospechas, pero eso ya forma parte de otra historia.

FIN

Agosto de 2019.
Belén Míguez Ferro.